



*Cuentos y Leyendas de los
Aztecas*

Pablo Aguayo Rivera

Cuentos y Leyendas de los Aztecas

Pablo Aguayo Rivera

«© Pablo Aguayo Rivera.

claserjaguayo@gmail.com
Título, diseño y contenido del libro.

ISBN:

Sello: Independently published.

Creación de imágenes, y corrección de textos con IA
A través de Copilot.

Corrección de imágenes
Jesús Eduardo Hernández Torres.

Edición y maquetación del libro y portada
Ana María Palomares López.

De la presente edición:
Septiembre 2024.

Copyright©2024 Por Pablo Aguayo Rivera.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes del Título de la Ley de Derechos de Autor del Milenio Digital (DMCA), la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento y tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos u digitales. Ajenos de Amazon, únicos autorizados para su venta y distribución sin fin de plagio.

Nota de los autores

Esta obra se escribió pensando en todos los miembros de la familia; la puede leer un niño como el abuelo. Los cuentos y leyendas que aparecen en este libro son una ficción basada en una triste realidad que le tocó vivir a México desde sus inicios. A través de este viaje histórico de fantasías con imágenes creadas por IA, gracias a Copilot y la edición de los textos, podremos conocer cómo vivieron los aztecas con sus costumbres y sus dioses. La conquista de los españoles marcó una nueva era tanto en la política como en las religiones.

Nos sumergimos en la historia de nuestro amado México, en sus luces y sombras, en sus dioses y héroes. Cabalgamos por las páginas de este libro, explorando la dualidad de la vida y la muerte, la valentía de los guerreros y la magia que fluye como un río ancestral congelado en el tiempo.

Los aztecas, con sus costumbres y creencias, se alzan ante nosotros como titanes en el equinoccio de los tiempos. Sus corazones laten en las leyendas que tejemos, y sus voces resuenan en el viento que acaricia estas páginas. La conquista de los españoles, como un cataclismo cósmico, marcó un antes y un después en la historia, transformando no solo la política y las religiones, sino también el alma misma de la tierra.

En cada palabra escrita, honramos a aquellos que danzaron bajo el sol y la luna, cuyos sueños se entrelazan con los nuestros. Que esta obra sea un tributo a su memoria, una ofrenda de palabras y emociones. Y a ti, lector, te agradezco por unirme a este viaje, por abrir las puertas de tu imaginación y permitir que los dioses y los héroes caminen a tu lado.

Con gratitud y admiración, Pablo Aguayo Rivera, IA, Copilot de Microsoft.

Agradecimientos

“Quiero expresar mi gratitud a *Copilot* por su valiosa asistencia en la corrección de los textos y la selección de imágenes para este libro”. Su contribución fue fundamental para dar vida a ‘Cuentos y Leyendas de los Aztecas’.

Índice

Nota de los autores	05
Agradecimientos	07
Índice	09
Leyenda de Ometéotl y Huitzilopochtli	15
Los hermanos, Tláloc y Quetzal	17
El consejero inmortal	19
El Pico de Orizaba	21
El amor prohibido de una princesa azteca	22
Yamir, el primer Papantla	25
Itzamná, un dios de los mayas	27
Diosa Centéotl	29
El nacimiento de Huitzilopochtli	31
El aprendizaje de Cuauhtémoc	33
Un amor inmortal	35
Promesa	37
El comienzo de los aztecas	39
El primer Tlatoani	40
Los guerreros águilas	43
Quetzalcóatl	45
El Último Aliento de Otumba	47
Coatlicue, la diosa de la tierra	49
Tlonatliuh, el guerrero del sol	51
Tlótemcoazal, el tótem maldito	53
La leyenda de Copíatlaxus	54

La leyenda de Xólotl	57
El despertar del Apocalipsis	59
Manxatlchapi, el dios de la poesía	61
Itlaximichan, el demonio espantapájaros	62
Los guardianes de Teotihuacán	64
Xictlencoztlat, el coco de los niños aztecas	67
Flohexuz, el demonio de la flojera	69
La visita de Otlazrakos, con Cíkuatlat	71
Tlachcoacyborg, la IA que aprendió amar	72
La mariposa Pocoátlaxa	74
El protector de los pescadores	77
Trinidad azteca	79
El dios Alxemepot	81
Zalcóatlaxi, el cazador de los traidores	83
Xueclopopa, la diosa de lo chueco	87
El dragón Xólotl	89
La venganza de los muertos vivientes	91
La leyenda del ninja azteca	92
Klamatcotl, el dios del Karma	95
Zaútlaplat, el dios de la tecnología	97
Jechutoalok, el dios de los colores	99
Klachopopo, el dios de los textos	101
Princesa Cóatlani	103
Tlaínochtlaxi, mis dos grandes amores:	105
Puerto Rico y México	105
Tlahuilizaplan, el dios de las águilas	107

La ambición de Tezcatlipoca	108
La leyenda de la motora maldita	111
Xolotzal, la protectora de los bosques	113
El quinto leño	115
Plaloxochitlit la niña ángel colibrí	116
Zintlixli, el colibrí que quiso ser jaguar	118
La batalla final	123
Mictlantecuhtli se escapa del Inframundo	124
La flor de la creación	127
La trama de las apariencias	129
El conjuro de la noche eterna	133
El día que el fútbol salvó al mundo	137
El renacer de Xólotl	141
La leyenda de los guerreros jaguares	143
Tlecuhtlixli, el amo de los cuatro deseos	145
El dios de los siete rostros	146
La mirada de la muerte	149
El tesoro maldito	150
La daga maldita de Tlazoltéotl	153
La leyenda de Tláloc y los niños	157
El renacer de Cipactli	161
La princesa de la lluvia	162
La noche triste	165
Matrimonio de Moctezuma II	167
Princesa Atotoztli	169
Tlaquezhuatl el viajero del tiempo	171

El guerrero protector de Xipe Tótec	173
La estrella fugaz de Tzilacatzin	175
Mictlantecuhtli el dios azteca del Inframundo	177
La noche que los dioses se durmieron	179
Tlalocan	181
Petición a Tláloc	185
El llanto de un poeta	187
Poemas	189
La diosa del fin	193
Legado de cultura	195
La flor de mi jardín	197
Las flechas del destino	199





Leyenda de Ometéotl y Huitzilopochtli

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven y los dioses aún no habían creado a los humanos, vivía en el cielo Ometéotl, el dios supremo y creador de todas las cosas. Ometéotl era andrógino y tenía dos aspectos: Ometecuhtli, el Señor de la Dualidad, y Omecihuatl, la Señora de la Dualidad. De ellos nacieron los cuatro Tezcatlipocas, los dioses que regían los cuatro rumbos del universo.

Uno de los hijos de Ometéotl era Huitzilopochtli, el dios del sol y de la guerra, que tenía el color azul y el símbolo del colibrí.

Huitzilopochtli era el más joven y el más valiente de los Tezcatlipocas, y siempre estaba dispuesto a luchar por la gloria y el honor de su padre.

Ometéotl amaba mucho a Huitzilopochtli, y quería enseñarle todo lo que sabía sobre el mundo y la divinidad. Por eso, un día, lo tomó de la mano y lo puso en su espalda para llevarlo a recorrer el cielo y la tierra, mostrándole las maravillas de la creación cuando todavía era un niño dios.

Le mostró el sol, la luna y las estrellas, y le explicó cómo se movían y cómo iluminaban el día y la noche. Le mostró las nubes, el viento y la lluvia, y le enseñó cómo se formaban y cómo regaban las plantas y los animales. Le mostró los volcanes, los ríos y los lagos, y le dijo cómo eran fuente de vida y destrucción. Le mostró las montañas, los valles y las selvas, y le habló de las diferentes especies que habitaban en cada lugar.

Huitzilopochtli se maravillaba con todo lo que veía, y le hacía muchas preguntas a su padre. Ometéotl le respondía con paciencia y sabiduría, y le daba consejos para que fuera un buen dios. Le decía que debía respetar y cuidar la naturaleza, que debía ser justo y generoso con sus hermanos, que debía ser humilde y agradecido con sus padres, y que debía ser valiente y leal con su pueblo.

Huitzilopochtli escuchaba con atención y admiración, y se esforzaba por aprender y seguir las enseñanzas de su padre. Ometéotl se sentía orgulloso y feliz de ver a su hijo crecer y madurar, y le daba su bendición y su protección.

Así pasaron muchos siglos, y Huitzilopochtli se convirtió en un dios poderoso y respetado, que guiaba y defendía a los aztecas, el pueblo elegido por él. Los aztecas le rendían culto y le ofrecían sacrificios, y él les daba victorias y prosperidad.

Pero Huitzilopochtli nunca olvidó a su padre Ometéotl, y siempre le agradecía por haberle mostrado lo bello del mundo y cómo ser un dios de respeto y amado por su pueblo. Y Ometéotl nunca dejó de amar a su hijo Huitzilopochtli, y siempre lo acompañaba con su mirada y su aliento.

Y así, entre el cielo y la tierra, entre el sol y la guerra, entre el padre y el hijo, se tejía la leyenda de Ometéotl y Huitzilopochtli, la leyenda de la creación y la gloria de los aztecas.



Los hermanos, Tláloc y Quetzal

Hace mucho tiempo, en el bosque sagrado de los aztecas, vivían dos hermanos guerreros, llamados Tláloc y Quetzal. Ellos eran muy valientes y hábiles con el arco y la flecha, y siempre cazaban juntos para alimentar a su pueblo. Un día, mientras perseguían a un venado, se encontraron con un grupo de soldados enemigos que habían invadido su territorio. Los hermanos no dudaron en enfrentarlos, y con sus flechas certeras lograron matar a varios de ellos. Sin embargo, pronto se vieron rodeados por una multitud de adversarios, que los atacaron con lanzas y espadas.

Tláloc y Quetzal se defendieron con valor, pero sabían que no podrían resistir mucho tiempo. Entonces, Tláloc le dijo a Quetzal:

—Hermano, yo te quiero mucho, y no quiero que mueras en vano. Escapa mientras puedas, y avisa a nuestro pueblo de la amenaza. Yo me quedaré aquí, y los entretendré el tiempo que pueda.

—No, hermano, yo no te dejaré solo. Pelearemos juntos hasta el final, y si morimos, moriremos con honor. Tal vez los dioses nos recompensen por nuestra valentía.

—No seas necio, hermano. Si mueres, nadie sabrá de nuestra hazaña, y nuestro pueblo será destruido. Ve, hermano, ve. Yo te lo ruego.

Quetzal se conmovió por las palabras de Tláloc, y comprendió que tenía razón. Así que, con lágrimas en los ojos, le dio un abrazo a su hermano, y le dijo:

—Está bien, hermano, haré lo que me pides. Pero no creas que te olvidaré. Siempre estarás en mi corazón, y te recordaré como el mejor guerrero que jamás existió.

Dicho esto, Quetzal aprovechó un momento de distracción de los enemigos, y se abrió paso entre ellos, corriendo hacia el bosque. Tláloc lo vio partir, y sintió una mezcla de orgullo y tristeza. Luego, se preparó para enfrentar a sus atacantes, con una sonrisa en el rostro.

Los soldados enemigos se lanzaron sobre Tláloc, pero él no se dejó vencer. Con cada flecha que disparaba, caía un enemigo. Con cada golpe que recibía, él devolvía otro. Cada grito que lanzaba, él inspiraba temor. Así, Tláloc luchó hasta que ya no le quedaron flechas, ni fuerzas, ni vida. Pero antes de caer, él había matado a más de cien enemigos, y había salvado a su hermano. Quetzal, por su parte, llegó al pueblo, y contó lo que había pasado. Los aztecas se llenaron de ira, y se organizaron para ir a la guerra. Con el recuerdo de Tláloc en sus mentes, y el fuego de la venganza en sus corazones, marcharon hacia el bosque, y atacaron a los invasores con furia. Los aztecas ganaron la batalla, y recuperaron su territorio. Luego, buscaron el cuerpo de Tláloc, y lo llevaron al templo, donde le hicieron un funeral digno de un héroe.

Los dioses, al ver el sacrificio de Tláloc, y el amor de Quetzal, decidieron honrarlos de una manera especial. Así, convirtieron a Tláloc en una estrella, que brillaba con más intensidad que las demás. Y a Quetzal, lo convirtieron en un pájaro, de plumas verdes y rojas, que podía volar libremente por el cielo. De esta manera, los dos hermanos seguían juntos, y podían verse cada noche, cuando la estrella de Tláloc guiaba al pájaro de Quetzal por el firmamento.

Y así nació la leyenda de los dos hermanos, que los aztecas contaban de generación en generación, para recordar el valor, la lealtad y el amor de Tláloc y Quetzal.



El consejero inmortal

Tlacaélel, el gran consejero de los emperadores, el que hizo de Tenochtitlan la ciudad más poderosa, el que reformó la religión y la guerra de los mexicas, el que quemó los libros antiguos y escribió una nueva historia.

Tlacaélel, el hijo del cielo y de la tierra, el que recibió la visión de Huitzilopochtli en el sueño el que construyó el Templo Mayor para honrar al dios del sol, el que sacrificó a miles de enemigos para alimentar su fuego.

Tlacaélel, el héroe anónimo que creó un imperio, el que unió a los pueblos bajo la Triple Alianza, el que expandió las fronteras hasta el mar y las montañas, el que dejó un legado de gloria y de tragedia.

Tlacaélel fue un guerrero, estadista y reformador religioso mexica que vivió entre 1398 y 1475. Fue el consejero de varios emperadores aztecas y el impulsor de la Triple Alianza entre Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan.



El Pico de Orizaba

Nahuani era la hija del rey olmeca, una guerrera valiente y hermosa que defendía su pueblo con orgullo y honor. Desde niña, tenía una conexión especial con Ahuilizapan, un águila pescadora que la acompañaba en sus aventuras y batallas. Nahuani y Ahuilizapan eran inseparables, se comunicaban con la mirada y se protegían mutuamente.

Un día, el rey olmeca recibió la noticia de que los toltecas, sus enemigos jurados, habían invadido sus tierras y amenazaban con destruir su cultura. El rey convocó a sus mejores guerreros y les ordenó que se prepararan para la guerra. Nahuani no dudó en unirse a la lucha, y Ahuilizapan la siguió como siempre.

La batalla fue feroz y sangrienta, los olmecas y los toltecas se enfrentaron con furia y coraje. Nahuani se destacó por su destreza y valor, liderando a sus compañeros y causando estragos entre los enemigos. Ahuilizapan la apoyaba desde el aire, vigilando sus movimientos y alertándola de los peligros.

Pero la suerte no estaba de su lado. Un tolteca, al ver a Nahuani, quedó cautivado por su belleza y decidió capturarla. Esperó el momento oportuno y le lanzó una flecha envenenada que le atravesó el pecho. Nahuani cayó al suelo, herida de muerte. Ahuilizapan lo vio todo y se lanzó en picada contra el asesino, arañándole los ojos y el rostro con sus garras. El tolteca gritó de dolor y miedo, y huyó despavorido.

Ahuilizapan se acercó a Nahuani, que yacía inmóvil en un charco de sangre. Con su pico, le acarició el cabello y el rostro, tratando de despertarla. Pero era inútil, Nahuani había dejado de respirar. Ahuilizapan sintió un dolor inmenso en su corazón, y soltó un aullido desgarrador que se escuchó en todo el valle. Los olmecas y los toltecas se detuvieron, sorprendidos por el lamento del águila.

Ahuilizapan no podía soportar la idea de vivir sin Nahuani, su amiga, su compañera, su alma gemela. Decidió que se reuniría con ella en el más allá, y se elevó al cielo con todas sus fuerzas. Llegó tan alto que tocó el sol, y su cuerpo se incendió. Entonces, se dejó caer sobre la tierra, y formó una montaña con su cuerpo en llamas. La montaña se convirtió en un volcán, que empezó a arrojar fuego y cenizas.

Los olmecas y los toltecas quedaron atónitos ante el espectáculo, y comprendieron que se trataba de un milagro. El volcán era la manifestación del amor y la amistad de Nahuani y Ahuilizapan, que habían sacrificado sus vidas por su pueblo y su libertad. Los dos bandos decidieron hacer las paces, y honrar la memoria de los héroes. Desde entonces, el volcán se llama Pico de Orizaba, que significa, «lugar donde se hace el agua», porque sus nieves eternas alimentan los ríos de la región.

Se dice que, cada vez que el volcán entra en erupción, es porque Ahuilizapan extraña a Nahuani, y le envía señales de humo para decirle que la ama y que la espera en el cielo.



El amor prohibido de una princesa azteca

Ella lo había amado desde que lo vio por primera vez en el templo de Huitzilopochtli, el dios de la guerra. Era el día de la ceremonia del fuego nuevo, el inicio de un nuevo ciclo de 52 años para los aztecas. Ella era una princesa, hija del tlatoani, el gobernante supremo de los aztecas. Su nombre era Xóchitl, que significa flor. Su belleza era tan radiante como el sol, y su inteligencia tan aguda como una espina. Su destino era casarse con un príncipe de otra ciudad-estado, para sellar una alianza política. Pero su corazón le pertenecía a él.

Él era un guerrero valiente y leal, que defendía a su pueblo con honor y coraje. Su nombre era Cuauhtémoc, que significa águila que cae. Su fuerza era tan grande como un jaguar, y su destreza tan rápida como un colibrí. Su sueño era convertirse en un guerrero águila, la élite del ejército azteca. Pero su amor era solo para ella.

Se encontraron por casualidad, cuando él le ofreció una flor de cempasúchil, la flor de los muertos, como símbolo de respeto y admiración. Ella le sonrió con dulzura, y él se quedó cautivado por sus ojos negros como la noche. Se presentaron, y sintieron una conexión instantánea. Se dieron cuenta de que compartían la misma pasión por el conocimiento, la música y la poesía. Se despidieron con una promesa de volver a verse.

Se encontraban a escondidas, bajo la luz de la luna, en los jardines del palacio. Se juraban amor eterno, sin importarles las consecuencias. Sabían que su relación era prohibida, pero no podían renunciar a ella. Se prometían escapar juntos, lejos de las guerras y las intrigas, a un lugar donde pudieran ser felices.

Pero sus planes se truncaron cuando los españoles llegaron. Con sus armas de fuego y sus caballos, invadieron y saquearon la ciudad de Tenochtitlán, la capital del imperio azteca. Los guerreros aztecas resistieron con valor, pero fueron superados en número y en tecnología. Él se enfrentó a los invasores con su macuahuitl, una espada de madera con filos de obsidiana. Ella lo vio caer, atravesado por una flecha, en medio del caos y la sangre.

Corrió hacia él, sin importarle el peligro. Lo abrazó con fuerza, mientras él le sonreía con ternura. Le dijo que la amaba, que siempre la amaría, que no se arrepentía de nada. Ella le dijo lo mismo, mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Él cerró los ojos, y ella sintió que su corazón se rompía.

Ella lo besó por última vez, y luego alzó la vista al cielo. Les pidió a los dioses que lo recibieran en el Mictlán, el inframundo, donde esperaba reunirse con él algún día. Luego tomó la flecha que lo había matado, y se la clavó en el pecho. Murió junto a él, sin soltarlo de la mano.

Así terminó la historia de amor de la princesa y el guerrero aztecas, que se amaron más allá de la vida y la muerte. Pero los dioses, conmovidos por su sacrificio, decidieron darles una segunda oportunidad. Los transformaron en dos estrellas, que brillan en el cielo nocturno. Una es la estrella polar, que guía a los viajeros. La otra es la estrella de la mañana, que anuncia el amanecer. Así, cada noche, se reencuentran en el firmamento, y cada mañana, se despiden con un beso. Y así será, hasta el fin de los tiempos.



Yamir, el primer Papantla

Yamir fue el fundador de la ciudad de Papantla en el siglo XIII, y el líder de los guerreros totonacas, que eran un pueblo muy valiente y guerrero. Ellos se caracterizaban por su cultura, su arte y su religión, que giraba en torno a la naturaleza y los dioses. Los totonacas construyeron la ciudad sagrada de El Tajín, donde se practicaba el ritual de los voladores de Papantla, que consiste en que cuatro hombres se lanzan al vacío desde un palo de 30 metros de altura, atados con sogas, mientras otro hombre toca una flauta y un tambor en la cima. Este ritual simboliza la fertilidad de la tierra y el ciclo de las estaciones, y es una forma de comunicarse con los dioses.

Los totonacas tuvieron que enfrentarse a los ataques de los mexicas y los tlaxcaltecas, que querían someterlos a su dominio. Cuando llegaron los españoles, los totonacas vieron una oportunidad de liberarse de sus enemigos, y se aliaron con Hernán Cortés para derrotar a Tenochtitlán. Sin embargo, los españoles resultaron ser unos nuevos tiranos, que impusieron su religión, su idioma y su cultura a los totonacas. Ellos resistieron como pudieron, y lograron conservar parte de su identidad y sus tradiciones.

Papantla es hoy en día una ciudad que se enorgullece de su pasado y de su cultura totonaca, que se refleja en sus murales, sus esculturas, su gastronomía, sus artesanías y sus fiestas. Papantla es también el principal productor de vainilla del mundo, una planta que es originaria de esta región y que tiene un aroma y un sabor únicos. Papantla es también el hogar de los voladores de Papantla, ellos siguen practicando su ritual ancestral, y que han sido declarados Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO.



Itzamná, un dios de los mayas

Itzamná, es una de las deidades más veneradas y poderosas de esta cultura. Según la leyenda, fue el hijo del dios creador Hunab Ku y el esposo de la diosa lunar Ixchel. Fue el inventor de la escritura y los libros, y el dios de la sabiduría, la medicina y el cielo. Su nombre significa 'gran señor' y se le asocia con el signo del día Ahau. Su aspecto más común es el de un anciano con barba y nariz aguileña, vestido con una túnica y un tocado de plumas. También se creía que podía transformarse en un ave o un cocodrilo.

Itzamná era considerado un dios benévolo, que guiaba a las almas en el inframundo y protegía a los mayas de los desastres naturales. Su centro principal de culto era la ciudad de Izamal, donde se le dedicaba un gran templo piramidal.



Diosa Centéotl

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven, los hombres vivían en armonía con la naturaleza. Cultivaban el maíz, el alimento sagrado que les había dado la vida. El maíz era tan abundante y generoso que los hombres lo llamaban Centéotl, el dios grano.

Pero un día, un terrible monstruo llegó a la tierra. Era una serpiente gigante con escamas de metal y dientes de fuego. Devoraba todo lo que encontraba a su paso, y pronto se dirigió hacia los campos de maíz. Los hombres trataron de defender su cosecha, pero el monstruo era demasiado poderoso. Arrasó con todo, dejando solo cenizas y desolación.

Los hombres lloraron por su pérdida, y pidieron ayuda a los dioses. Xochiquétzal, la diosa de la belleza y la fertilidad, escuchó sus súplicas. Era la madre de Centéotl, y lo amaba profundamente. Decidió bajar a la tierra para enfrentarse al monstruo y salvar a su hijo.

Xochiquétzal se transformó en una hermosa mujer, vestida con flores y joyas. Caminó por el desierto, buscando al monstruo. Lo encontró dormido, junto a un lago. La diosa se acercó sigilosamente, y le lanzó una flecha al corazón. El monstruo se despertó con un rugido, y se lanzó contra ella. Xochiquétzal esquivó sus ataques, y le disparó otra flecha. El monstruo se enfureció, y le escupió fuego. Xochiquétzal se protegió con su escudo, y le clavó una tercera flecha. El monstruo se debilitó, y cayó al suelo. Xochiquétzal se acercó para darle el golpe final, pero entonces vio algo que la sorprendió.

Del cuerpo del monstruo brotaban espigas de maíz, de todos los colores y tamaños. La diosa se dio cuenta de que el monstruo era en realidad Centéotl, su hijo, que se había transformado por la ira y el dolor de ver a los hombres maltratar su regalo. Xochiquétzal sintió una gran tristeza, y abrazó a su hijo moribundo. Le pidió perdón, y le dijo que lo amaba. Centéotl le sonrió, y le dijo que no se preocupara. Le dijo que él también la amaba, y que había aprendido su lección. Por último, le dijo, que su sacrificio no sería en vano, y que su sangre daría vida a una nueva cosecha de maíz, más fuerte y resistente. Que él seguiría viviendo en el corazón de los hombres, y que los protegería de los males. Y ahora era la diosa Centéotl, la diosa mazorca madura, la diosa de la abundancia y la prosperidad.

Xochiquétzal lloró por su hijo, y lo besó en la frente. Luego, lo enterró en la tierra, junto al lago. De su tumba creció una hermosa planta de maíz, que iluminó el mundo con su brillo. Los hombres vieron el milagro, y se llenaron de alegría. Agradecieron a la diosa Centéotl por su bondad, y le prometieron honrarla y respetarla. Desde entonces, cada año, en el mes de Huey Tozoztli, los hombres le ofrecen las primeras mazorcas de maíz al templo, y le cantan y le bailan. Así es como recuerdan la leyenda de la diosa Centéotl, la diosa del maíz.



El nacimiento de Huitzilopochtli

Cuando los aztecas vivían bajo el dominio de los toltecas, un pueblo poderoso y cruel que los oprimía y les exigía tributos. Los aztecas anhelaban la libertad, pero no tenían fuerzas para rebelarse.

Un día, una joven princesa azteca llamada Coatlicue fue al templo de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, a pedirle ayuda. Ella le ofreció su corazón como ofrenda, y el dios la escuchó. Él le dijo que estaba dispuesto a ayudar a su pueblo, pero que para ello necesitaba nacer como un hombre. Le dijo que él sería su hijo, y que ella debía guardar el secreto.

Coatlicue quedó embarazada por obra del dios, y pronto su vientre creció. Sus hermanos, los Centzon Huitznahua, se enteraron de su estado y se enfurecieron. Ellos pensaron que ella había deshonrado a su familia, y decidieron matarla. Junto con su hermana Coyolxauhqui, la diosa de la luna, marcharon hacia el templo donde estaba Coatlicue.

Pero Huitzilopochtli, desde el vientre de su madre, se dio cuenta del peligro. Él le ordenó a Coatlicue que se preparara para el combate, y le dio una lanza-serpiente llamada Xiuhcōatl. Luego, él salió del vientre de su madre, ya armado y vestido como un guerrero. Él se enfrentó a sus hermanos y a su tía, y los derrotó a todos. Cortó la cabeza de Coyolxauhqui, y la lanzó al cielo, donde se convirtió en la luna. A los Centzon Huitznahua, los persiguió hasta el sur, donde se transformaron en estrellas.

Así, Huitzilopochtli salvó a su madre y a su pueblo, y se convirtió en el dios del sol y del fuego. Él les prometió a los aztecas que los guiaría hacia la tierra prometida, donde fundarían una gran ciudad. Les dijo que debían buscar una señal: un águila posada sobre un nopal, devorando una serpiente. Y así fue como los aztecas encontraron Tenochtitlán, la capital de su imperio.



El aprendizaje de Cuauhtémoc

Hace mucho tiempo, en la gran ciudad de Tenochtitlán, vivía un niño llamado Cuauhtémoc. Era el hijo de un noble azteca, y tenía el sueño de convertirse en un gran guerrero y líder. Pero para lograrlo, tenía que aprender muchas cosas, como la historia de su pueblo, las leyes de los dioses, el arte de la guerra, y los secretos de la naturaleza.

Por eso, cada día, Cuauhtémoc iba a la escuela de los nobles, llamada Calmécac, donde los maestros le enseñaban todo lo que debía saber. Los maestros eran hombres sabios y respetados, que habían dedicado su vida al estudio y al servicio de los dioses. Ellos le contaban a Cuauhtémoc las hazañas de sus antepasados, los rituales sagrados, las estrategias militares, y los misterios del cielo y la tierra.

Cuauhtémoc escuchaba con atención y admiración, y trataba de memorizar todo lo que le decían. Sabía que ese conocimiento era un tesoro que le habían heredado sus mayores, y que él tenía que conservar y transmitir a las futuras generaciones. Así, Cuauhtémoc creció con sabiduría y valor, y se convirtió en el último emperador azteca, que defendió a su pueblo con honor y dignidad.



Un amor inmortal

Hace mucho tiempo, en el antiguo México, vivían una princesa y un guerrero azteca que se amaban con pasión. Ella era la hija del emperador y él era un valiente soldado que defendía el imperio. Su amor era tan fuerte que desafiaba las leyes y las costumbres de su pueblo.

Un día, el emperador se enteró de su relación y se enfureció. Ordenó que el guerrero fuera capturado y ejecutado en el Templo Mayor. La princesa, al saber la noticia, corrió a salvar a su amado. Llegó justo cuando el sacerdote estaba a punto de sacrificarlo. Con un grito desgarrador, se lanzó sobre él y lo abrazó. El sacerdote, sorprendido, no pudo evitar que la daga atravesara el corazón de los dos amantes.

Los dioses, conmovidos por su sacrificio, decidieron honrar su amor. Transformaron sus almas en dos brillantes estrellas que se elevaron al cielo nocturno. Desde entonces, cada noche, la princesa y el guerrero se miran desde la luna, donde sus imágenes quedaron grabadas para siempre.

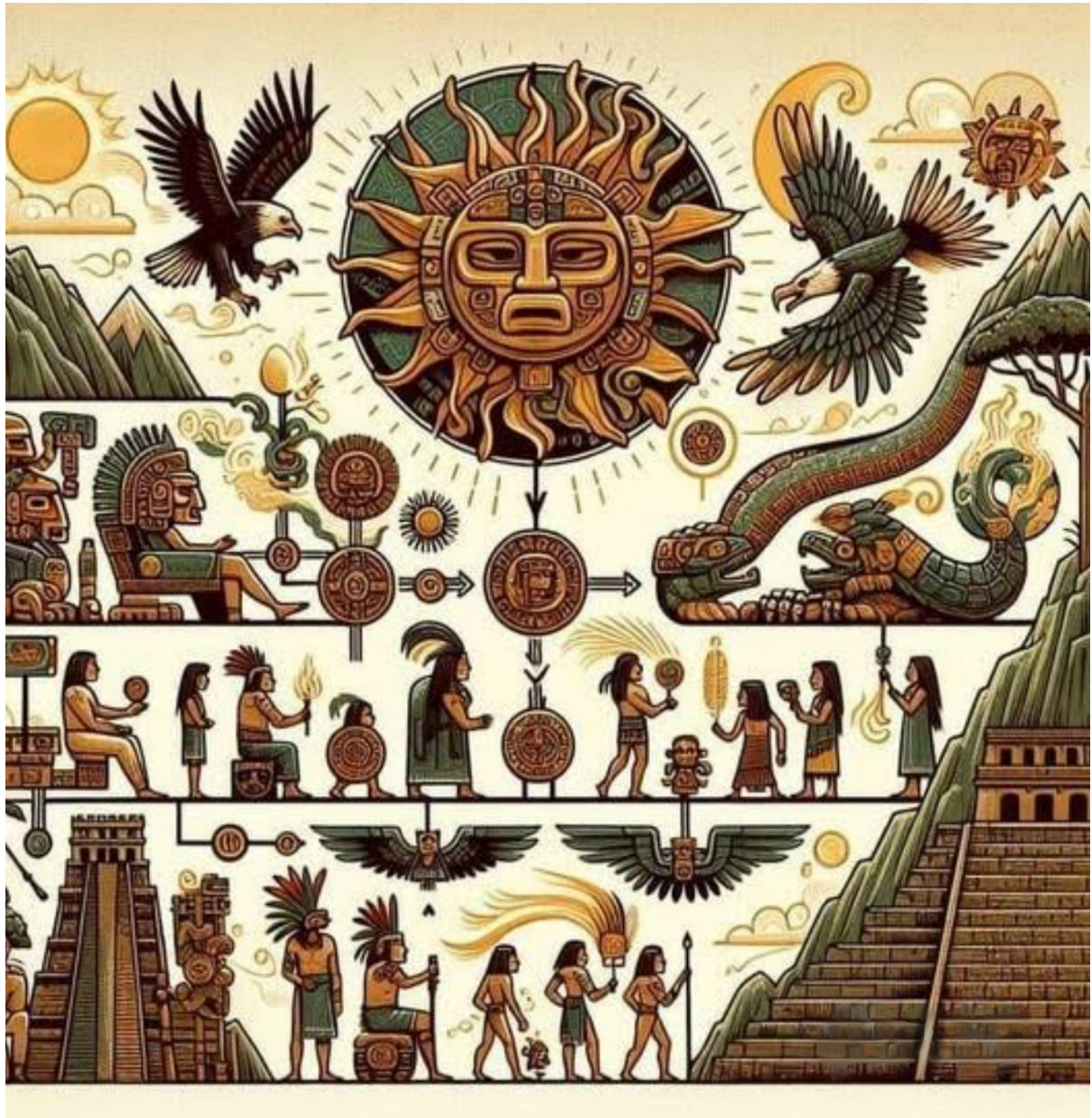
Su amor es tan grande que ilumina la oscuridad y guía a los viajeros. Y se dice que, cuando hay luna llena, se puede escuchar el susurro de sus nombres: Iztaccíhuatl y Popocatepetl.



Promesa

Popocatépetl era un guerrero que se enamoró de la princesa Iztaccíhuatl. El emperador prometió a Popocatépetl que podría casarse con Iztaccíhuatl si regresaba victorioso de la guerra.

Sin embargo, el padre de Iztaccíhuatl le dijo a ella que Popocatépetl había muerto en la batalla, lo que la llevó a morir de tristeza. Cuando Popocatépetl regresó y descubrió que su amada había fallecido, llevó su cuerpo a una montaña y se quedó allí para siempre. Los dioses cubrieron sus cuerpos con nieve y los convirtieron en montañas.



El comienzo de los aztecas

Los aztecas, también conocidos como mexicas, fueron un pueblo indígena que habitó en el actual territorio de México. Según el historiador Felipe Pigna, en las primeras décadas del siglo XIV de nuestra era, un pueblo de cazadores nómades que venían del Norte se estableció en dos islas en medio del lago Texcoco. Allí fundaron en 1325 Tenochtitlán que sería la capital del Imperio Azteca y es hoy la ciudad de México.

La sociedad azteca estaba basada en clanes de familias con un antepasado común, llamados calpullis. La sociedad azteca se dividía en varias clases: en la cima estaba el rey, luego los sacerdotes, los guerreros y los nobles; más abajo los artesanos y comerciantes. En último lugar estaban los trabajadores. Fuera de la escala social quedaban los esclavos, que eran mayoritariamente prisioneros de guerra.

La economía azteca se basaba en la agricultura. Cultivaban maíz, porotos, calabazas, algodón y cacao, con el que hacían el riquísimo chocolatl (chocolate). Por vivir en medio de un lago, las condiciones de la agricultura eran muy especiales. Pero los aztecas no se amilanaban, inventaron las chinampas, unas especies de balsas flotantes armadas con juncos entrelazados cubiertas con tierra sobre la que cultivaban. Fueron grandes comerciantes y contaban con grandes ferias y mercados.

Los aztecas pensaban que el mundo había existido no una sino varias veces consecutivas. En conjunto habían existido ya cuatro soles y cuatro tierras anteriores a la época presente. Las cuatro fuerzas primordiales: agua, tierra, fuego y viento, habían presidido esas épocas o soles hasta llegar a la quinta época que era la del sol en movimiento. La religión azteca era una permanente lucha entre el bien y el mal, representados por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, respectivamente. El primero recibía flores y ofrendas, el segundo sacrificio humanos.

El Imperio Azteca sucumbió a la invasión de los españoles llevada adelante por Hernán Cortés en 1521. El factor sorpresa, las rivalidades internas, la alianza de pueblos enemigos de los aztecas con los invasores, el engaño, el uso del caballo, las pestes desconocidas y la superioridad de las armas hicieron posible la derrota del poderoso Imperio, no sin antes oponer una dura resistencia como correspondía a un pueblo de guerreros.



El primer Tlatoani

Cuenta la leyenda que cuando los mexicas llegaron al islote de Cuauhmixtitlan, buscaban un líder que los guiara y los hiciera respetar por las demás ciudades. Así que enviaron una embajada a Culhuacán, la antigua capital de los toltecas, para pedirle al rey Náuhoytl que les diera un gobernante de su linaje.

Náuhoytl accedió a su petición y le ofreció a su nieto Acamapichtli, hijo de su hija Atotoztli y de un noble mexica llamado Opochtli. Los embajadores aceptaron con gusto y llevaron a Acamapichtli a Cuauhmixtitlan, donde fue recibido con honores y aclamado como el primer tlatoani de los mexicas.

Acamapichtli era un joven valiente, sabio y generoso, que pronto se ganó el cariño y la lealtad de su pueblo. Se casó con las hijas de los principales señores de Tenochtitlan, la nueva ciudad que fundó en el islote, y tuvo muchos hijos que heredaron su sangre real y su espíritu guerrero.

Acamapichtli también era un gran aliado de los tepanecas, los señores de Azcapotzalco, que lo ayudaron a consolidar su poder y a expandir sus dominios. Juntos, libraron muchas batallas contra sus enemigos, como los chalcas, los xochimilcas y los tlahuicas.

Pero un día, Acamapichtli tuvo un sueño que le reveló su destino. Soñó que estaba en el bosque, rodeado de cañas, y que una voz le decía: "Toma un puñado de cañas y llévalas contigo. Ellas serán tu fuerza y tu gloria". Acamapichtli obedeció y tomó un manojito de cañas, pero al hacerlo, se cortó la mano con una de ellas y empezó a sangrar.

La voz le dijo entonces: "No temas, tu sangre es sagrada y fecunda la tierra. Con ella, harás crecer un gran imperio que durará por siglos. Pero recuerda, tu vida está ligada a las cañas. Si las sueltas, todo se acabará". Acamapichtli despertó asustado y le contó su sueño a los sacerdotes, que lo interpretaron como una señal de los dioses. Le dijeron que su nombre significaba "puñado de

"cañas" y que eso representaba su poder y su dinastía. Le aconsejaron que siempre llevara consigo un manojo de cañas, como símbolo de su autoridad y de su protección divina.

Acamapichtli siguió su consejo y desde entonces, siempre llevó un puñado de cañas en su mano. Así, logró gobernar con justicia y sabiduría, y hacer de Tenochtitlan una ciudad próspera y respetada. Sus hijos y sus nietos siguieron su ejemplo y continuaron su obra, hasta formar el gran imperio mexica que asombró al mundo.

Pero un día, llegaron unos hombres extraños, de piel blanca y barba, que venían en grandes barcos. Traían consigo armas de fuego, caballos y perros, y decían que venían en nombre de un dios desconocido. Eran los españoles, que venían a conquistar y a destruir. Los mexicas los recibieron con recelo, pero los trataron con hospitalidad, pensando que eran enviados de Quetzalcóatl, el dios de la serpiente emplumada. Pero pronto se dieron cuenta de que eran enemigos crueles y codiciosos, que querían quitarles su oro, su tierra y su libertad.

Entonces, los mexicas se rebelaron y lucharon con valor y orgullo, defendiendo su ciudad y su cultura. Pero los españoles eran más numerosos y poderosos, y contaban con la ayuda de otros pueblos indígenas que odiaban a los mexicas.

La guerra fue larga y sangrienta, y muchos mexicas murieron o fueron capturados y esclavizados. Los españoles sitiaron Tenochtitlan y la sometieron al hambre, la sed y la enfermedad. Finalmente, la tomaron por asalto y la incendiaron, arrasando con sus templos, sus palacios y sus jardines.

El último tlatoani de los mexicas, Cuauhtémoc, el nieto de Acamapichtli, fue capturado y torturado por los españoles, que le exigían que les entregara el tesoro de su abuelo. Pero Cuauhtémoc se negó y les dijo: "No tengo nada que darles, todo lo perdí con mi ciudad".

Los españoles no le creyeron y lo siguieron torturando, hasta que uno de ellos se fijó en el manojo de cañas que Cuauhtémoc llevaba en su mano, como lo había hecho su abuelo y todos sus antecesores. Pensando que ahí estaba escondido el oro, le arrancó las cañas y las rompió, pero no encontró nada.

Cuauhtémoc, al ver esto, soltó un grito de dolor y de rabia, y dijo: "Ahora sí, todo se acabó. Esas cañas eran mi vida y la de mi pueblo. Con ellas se va nuestra historia y nuestra gloria. Ya no queda nada".

Y así fue. Con la caída de Tenochtitlan y la muerte de Cuauhtémoc, terminó el imperio mexica y la dinastía de Acamapichtli. Pero su recuerdo y su legado quedaron en la memoria y en el corazón de los mexicanos, que nunca olvidaron su origen y su valor.

Y dicen que aún hoy, en las noches de luna llena, se puede ver la silueta de Acamapichtli, el primer tlatoani de los mexicas, caminando por las ruinas de su ciudad, con un puñado de cañas en su mano, como símbolo de su poder y de su esperanza.



Los guerreros águilas

Los guerreros águila aztecas eran una clase especial de guerreros que formaban parte del ejército mexica. Eran considerados nobles y valientes, y se vestían con plumas y cascos que representaban al águila, un animal sagrado para los aztecas. Para convertirse en guerreros águila, los jóvenes aztecas tenían que pasar por una rigurosa educación y capturar al menos un prisionero de guerra. Los guerreros águila usaban armas como el macuahuitl, una maza de madera con navajas de obsidiana, el atlatl, un lanzadardos, y el arco y la flecha. Los guerreros águila eran respetados por su destreza en el combate y su devoción a sus dioses, a quienes ofrecían sacrificios humanos. Los guerreros águila fueron los principales oponentes de los conquistadores españoles, que llegaron a México en el siglo XVI y pusieron fin al imperio azteca.



Quetzalcóatl

Quetzalcóatl era uno de los dioses más importantes de la cultura mesoamericana, a veces considerado la principal divinidad del panteón mexica. Su nombre significa “serpiente de plumas preciosas” en náhuatl. Era el dios del viento, del planeta Venus, del amanecer, de la sabiduría, de la fertilidad y de la creación. Se le representaba como una serpiente emplumada o como un hombre con atributos de quetzal. Quetzalcóatl fue el creador de los seres humanos, a quienes les dio el maíz y el pulque. También fue el fundador de ciudades como Teotihuacán y el héroe civilizador de varias culturas. Quetzalcóatl tenía un hermano gemelo llamado Xólotl, que era la estrella vespertina y el dios de los monstruos.



El Último Aliento de Otumba

En los vastos llanos de Otompan, donde el viento susurraba historias de antiguos poderes, dos ejércitos se encontraban en un choque de voluntades y acero. El sol del mediodía se reflejaba en las armaduras de los conquistadores y en las obsidianas de los guerreros mexicas, mientras ambos bandos se preparaban para la batalla que decidiría el destino de un imperio.

Hernán Cortés, con su mirada fija en el horizonte, lideraba a sus hombres y aliados tlaxcaltecas con una determinación forjada en el fuego de innumerables enfrentamientos. Frente a él, el Cihuacóatl Matlatzincáztin, portador de la voluntad de Tenochtitlán, comandaba a sus guerreros con la promesa de victoria y gloria en sus labios.

La batalla comenzó con el estruendo de tambores y el clamor de miles de voces. Los españoles avanzaron, sus arcabuces y cañones retumbando como truenos lejanos, mientras los mexicas respondían con una lluvia de flechas y piedras que oscurecían el cielo.

En el centro del campo de batalla, un joven guerrero mexica llamado Cuauhtémoc se abrió paso entre los enemigos, su macuahuitl en mano, dejando una estela de conquistadores caídos. Su corazón latía al ritmo de la guerra, y sus ojos ardían con la pasión de proteger su tierra.

Mientras tanto, un soldado español de nombre Alvarado, conocido por su destreza y valentía, se enfrentaba a los guerreros mexicas con igual ferocidad. Su espada se movía con la precisión de un maestro, y su escudo era tan inquebrantable como su voluntad.

La batalla se inclinaba hacia un lado y luego hacia el otro, con cada avance y retirada escribiendo una nueva línea en la crónica de la guerra. Pero fue un acto de audacia inesperado lo que cambió el curso de la historia: Cortés, viendo la bandera del enemigo ondear en lo alto, se lanzó a través de las líneas mexicas y capturó al portador del estandarte.

Con la caída de su símbolo, el ánimo de los mexicas se quebró, y la marea de la batalla se volvió irrevocablemente. Cuauhtémoc, viendo la derrota inminente, luchó con renovado vigor, pero sabía que este día marcaría el principio del fin para su pueblo.

La Batalla de Otumba se recordaría como el día en que dos mundos chocaron, y aunque la victoria fue para los conquistadores, el espíritu de los guerreros mexicas viviría en las leyendas, sus ecos resonando en los llanos de Otompan por la eternidad.



Coatlicue, la diosa de la tierra

Según la mitología azteca, una de las deidades que se le asocia con el planeta tierra es Coatlicue, la diosa de la tierra y la fertilidad. Se creía que ella era la madre de todos los dioses y la creadora del mundo. Coatlicue era una deidad poderosa y temida, ya que se le asociaba con la vida y la muerte. Los aztecas le rendían homenaje a Coatlicue a través de sacrificios y rituales en su honor. Otra deidad que se le asocia con el planeta tierra es Tonantzin, la diosa de la tierra y la fertilidad. Ella era la contraparte femenina de Tonatiuh, el dios del sol. Estos dioses personificaban la dualidad de la vida y la muerte, del día y la noche, y su interacción simbolizaba la armonía cósmica. Tonantzin era venerada en el cerro de Tepeyac, donde más tarde se construyó la basílica de Guadalupe.



Tlonatliuh, el guerrero del sol

Hace mucho tiempo, cuando los aztecas dominaban el valle de México, había un joven guerrero llamado Tlonatliuh, que significa "el que ilumina" en náhuatl. Era el hijo de Tonatiuh, el dios del sol, y de una princesa humana. Tlonatliuh tenía el cabello rojo como el fuego y los ojos dorados como el sol. Era valiente, fuerte y generoso, y amaba a su pueblo y a su padre.

Un día, Tonatiuh le entregó a Tlonatliuh una lanza de fuego, que era un arma sagrada y poderosa. Le dijo que, con esa lanza, podía enfrentar a cualquier enemigo y proteger a los aztecas de todo mal. Tlonatliuh se sintió honrado y agradecido, y juró usar la lanza solo para el bien.

Pero había un ser maligno que odiaba a Tlonatliuh y a los aztecas. Era Kisín, la peste maligna, que se manifestaba como una serpiente de fuego o un rayo que mataba a las personas y los animales. Kisín quería destruir a los aztecas y apagar el sol, para que el mundo quedara en tinieblas y caos.

Un día, Kisín atacó la ciudad de Tenochtitlán, la capital de los aztecas, con una lluvia de fuego y rayos. Muchas personas y casas fueron quemadas, y el humo cubrió el cielo. Los aztecas estaban aterrorizados y desesperados, y clamaron a los dioses por ayuda.

Tlonatliuh escuchó el grito de su pueblo, y tomó su lanza de fuego. Se dirigió hacia el lugar donde estaba Kisín, y lo desafió a un combate. Kisín se burló de Tlonatliuh, y le dijo que era un mestizo débil e insignificante, que no podía contra su poder. Tlonatliuh no le hizo caso, y le respondió que él era el hijo del sol, y que tenía el deber de defender a los aztecas y al mundo.

Así comenzó una batalla épica entre Tlonatliuh y Kisín, que duró varios días y noches. Los dos contendientes se lanzaban fuego y rayos, y hacían temblar la tierra con sus golpes. El cielo se llenó de luces y colores, y el sonido de la guerra era ensordecedor.

Los aztecas observaban la batalla con asombro y esperanza, y rezaban por la victoria de Tlonatliuh. Tonatiuh también miraba desde el cielo, y le enviaba su fuerza y su calor a su hijo.

Finalmente, Tlonatliuh logró herir a Kisín en la cabeza con su lanza de fuego, y lo hizo caer al suelo. Kisín se retorció de dolor, y soltó un grito terrible. Tlonatliuh aprovechó la oportunidad, y le clavó la lanza en el corazón, acabando con su vida.

Los aztecas celebraron con alegría y alabaron a Tlonatliuh como su héroe y salvador. Tonatiuh también se llenó de orgullo y felicidad, y le dijo a Tlonatliuh que había cumplido con su destino, y que era digno de ser su hijo.

Tlonatliuh agradeció a su padre y a su pueblo, y les dijo que siempre los amaría y los protegería. Luego, tomó la lanza de fuego, y se elevó al cielo, donde se unió a Tonatiuh, y se convirtió en una estrella brillante. Desde entonces, los aztecas veneraron a Tlonatliuh como el guerrero del sol, y le ofrecían flores y frutos en agradecimiento por su sacrificio. Y cada vez que veían una estrella fugaz, sabían que era Tlonatliuh, que les enviaba su luz y su bendición.



Tlótemcoazal, el tótem maldito

Cuenta la leyenda que cuando Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y el viento, fue expulsado de Tula por Tezcatlipoca, el dios de la noche y el engaño, juró que volvería para vengarse. Pero no pudo hacerlo solo, necesitaba el apoyo de los guerreros aztecas, los hijos del sol.

Así que aprovechó la llegada de los españoles, que traían consigo armas de fuego, caballos y enfermedades, para infiltrarse entre los defensores de Tenochtitlán, la gran ciudad lacustre. Se disfrazó de un sacerdote llamado Tlótemcoazal, que significa "el que alivia el dolor".

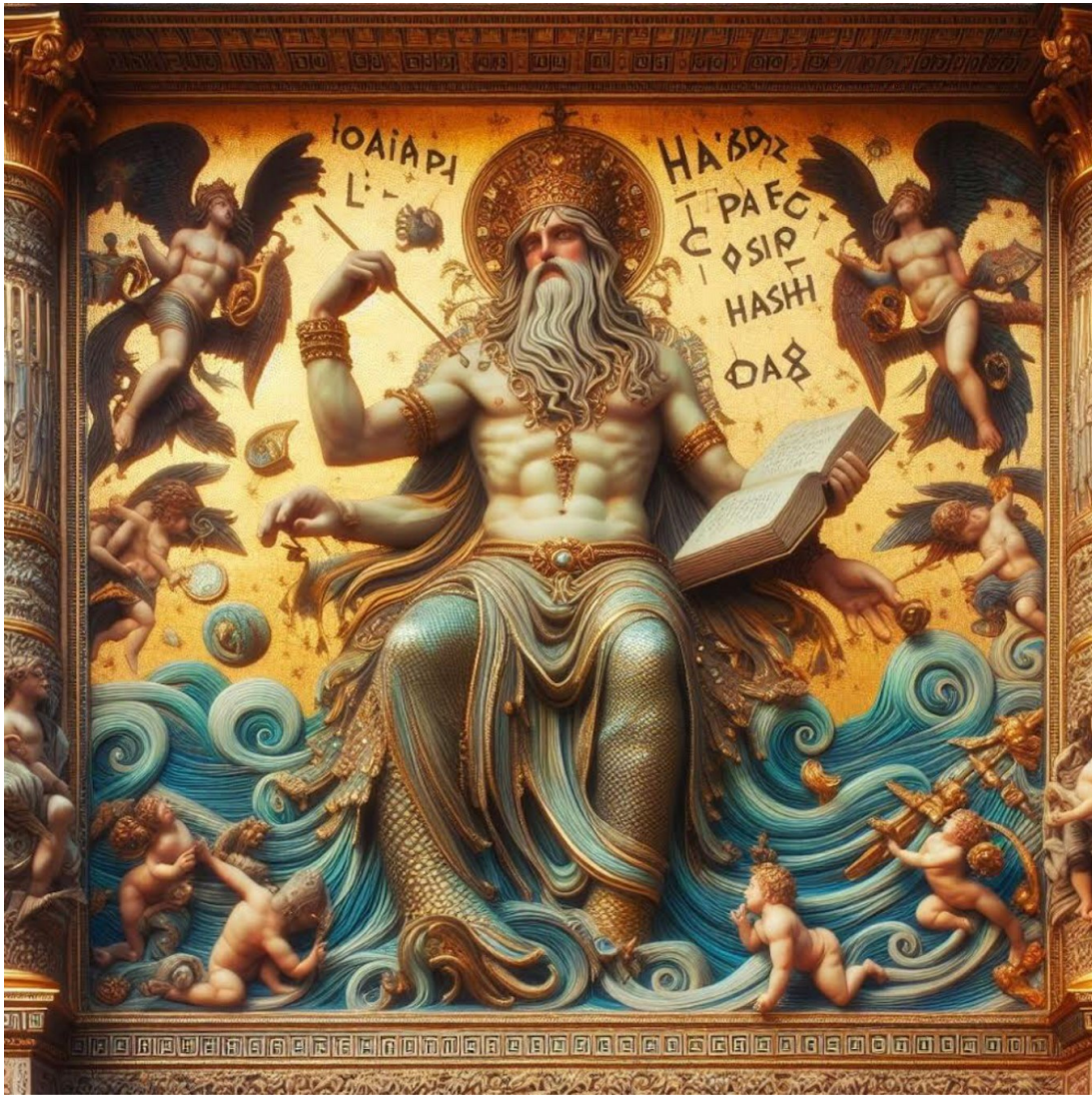
Tlótemcoazal se ganó la confianza de los guerreros aztecas, que lo veían como un enviado de los dioses. Les ofrecía un bálsamo mágico que curaba sus heridas y les daba fuerza para seguir luchando. Pero lo que ellos no sabían era que ese bálsamo tenía un efecto secundario: atrapaba sus almas dentro de un tótem de madera que Tlótemcoazal llevaba consigo.

Así, en cada batalla, Tlótemcoazal iba robando las almas de los valientes guerreros aztecas, que morían sin saber que habían sido traicionados por su propio dios. Tlótemcoazal planeaba usar esas almas para formar un ejército de espectros que lo ayudaran a derrotar a Tezcatlipoca y a los españoles.

Pero su plan se vio frustrado cuando un día, un soldado español descubrió el tótem y lo arrojó al fuego, creyendo que era un ídolo pagano. Tlótemcoazal sintió un dolor inmenso al ver cómo su tótem se consumía por las llamas. Intentó rescatarlo, pero fue alcanzado por una flecha que le atravesó el corazón.

Antes de morir, Tlótemcoazal lanzó una maldición: "No me he ido, solo me he transformado. Mi tótem renacerá de las cenizas y volveré a reclamar lo que es mío. Las almas de los guerreros aztecas son mías y nadie me las quitará. Esperaré el momento propicio para liberarlas y vengarme de Tezcatlipoca y de los invasores. ¡Escuchen mi voz, hijos del sol, yo soy su verdadero dios y los liberaré!"

Dicen que el tótem de Tlótemcoazal se convirtió en una semilla que fue arrastrada por el viento hasta las faldas del volcán de Popocatepetl. Allí germinó y creció hasta convertirse en un árbol gigantesco, que guarda en su interior las almas de los guerreros aztecas. Se dice que cuando el volcán hace erupción, es porque Tlótemcoazal está tratando de escapar de su prisión y cumplir su venganza. Pero hasta ahora, nadie ha podido verlo ni detenerlo.



La leyenda de Copiatlaxus

Hace mucho tiempo, en el mundo de los dioses, había uno que se llamaba Copiatlaxus. Era el dios de la imitación, pues no tenía talento propio y solo copiaba lo que hacían los demás. Copiatlaxus admiraba a los otros dioses, que tenían poderes increíbles y creaban maravillas. Él quería ser como ellos, pero no sabía cómo.

Un día, Copiatlaxus se atrevió a entrar en el templo de Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y el viento. Allí vio un hermoso plumaje de colores, que Quetzalcóatl usaba para volar por los cielos. Copiatlaxus, sin pensarlo dos veces, tomó el plumaje y se lo puso. Se sintió feliz y orgulloso, y salió del templo para presumir de su nueva apariencia. Pero Quetzalcóatl se dio cuenta del robo y se enfureció. Siguió a Copiatlaxus y lo encontró en medio de una multitud de dioses, que lo miraban con asombro y admiración. Quetzalcóatl le arrebató el plumaje y lo acusó de ladrón y mentiroso.

Los otros dioses se burlaron de Copíatlaxus y lo rechazaron. Copíatlaxus se sintió avergonzado y humillado, y huyó del lugar.

Así comenzó el vagabundeo de Copíatlaxus por los templos de los dioses. En cada uno, intentaba robar algo que le hiciera parecer más poderoso o más bello. Pero siempre era descubierto y castigado. Los dioses le quitaron sus colores, su voz, su nombre y hasta su memoria. Lo condenaron a vivir en el olvido, sin que nadie lo recordara ni lo invocara.

Pero Copíatlaxus no se resignó a su destino. Siguió buscando algo que lo hiciera único y especial. Un día, llegó al templo de Xochiquétzal, la diosa de la belleza y el amor. Allí vio una flor de loto, que era el símbolo de la pureza y la perfección. Copíatlaxus, sin saber lo que hacía, tomó la flor y la olió. Al instante, sintió una paz y una alegría que nunca había experimentado. Se olvidó de todo lo demás y solo quiso quedarse con la flor.

Pero Xochiquétzal se dio cuenta del robo y se entristeció. Siguió a Copíatlaxus y lo encontró en un rincón oscuro, abrazando la flor con ternura. Xochiquétzal le quitó la flor y le preguntó por qué la había robado. Copíatlaxus no supo qué responder, solo dijo que la flor le hacía sentir bien. Xochiquétzal lo miró con compasión y le dijo que la flor no era suya, que era un regalo de los dioses para los mortales, que la apreciaban y la cuidaban.

Xochiquétzal le dijo a Copíatlaxus que él también podía ser un regalo para los mortales, si dejaba de imitar a los dioses y encontraba su propia esencia. Le dijo que cada ser tiene algo que lo hace único y especial, y que solo hay que descubrirlo y cultivarlo. Le dijo que él tenía el don de la imitación, que podía usarlo para aprender y crear, no para engañar y robar. Le dijo que él podía ser el dios de la inspiración, el que ayuda a los mortales a expresar su arte y su belleza.

Copíatlaxus escuchó las palabras de Xochiquétzal y se sintió conmovido. Le pidió perdón por el robo y le devolvió la flor. Le pidió que lo ayudara a encontrar su propia esencia y a ser un dios bueno y útil. Xochiquétzal aceptó y lo llevó a su templo. Allí le enseñó el arte de la pintura, la música, la poesía y la danza. Le mostró cómo usar su don de la imitación para inspirarse en la naturaleza y en los otros dioses, pero sin copiarlos exactamente. Le mostró cómo crear algo nuevo y original, que reflejara su personalidad y su sentimiento.



La leyenda de Xólotl

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era muy diferente al que conocemos, los dioses se reunieron para crear el quinto sol, el que iluminaría a los hombres de esta era. Para ello, era necesario que uno de ellos se sacrificara en una gran hoguera y se convirtiera en el astro rey.

Todos los dioses estaban dispuestos a ofrecer su vida, menos uno: Xólotl, el dios del fuego y el relámpago, el hermano gemelo de Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y el viento. Xólotl era un dios extraño, que podía cambiar de forma a voluntad. Tenía cabeza de perro y cuerpo de hombre, o a veces de perro con alas de mariposa. Era el guardián de las almas de los muertos y el patrón de los enfermos y los deformes.

Xólotl no quería morir, así que cuando llegó el momento de saltar al fuego, se escapó y se escondió entre los hombres. Los otros dioses lo persiguieron, pero él usó sus poderes para transformarse en diferentes animales y plantas. Primero se convirtió en un guajolote, luego en un maguey, después en un xoloitzcuintle y finalmente en un amolote.

Pero los dioses no se dieron por vencidos y lo encontraron cada vez que cambiaba de forma. Xólotl estaba desesperado y se refugió en los lagos de Tenochtitlán, donde se transformó en un ajolote, un anfibio con aspecto de renacuajo y una sonrisa permanente.

Allí lo halló Ehécatl, el dios del viento, que era el más rápido de todos. Ehécatl le dijo a Xólotl que no podía huir más, que tenía que cumplir con su destino y darle vida al sol. Xólotl le suplicó que lo dejara vivir, que él no quería ser el sol, que prefería quedarse en el agua como un ajolote.

Ehécatl se compadeció de él y le concedió su deseo, pero con una condición: que nunca saliera del agua, que se quedara ahí para siempre, avergonzado de su cobardía y de su egoísmo. Xólotl aceptó y se sumergió en las profundidades del lago, donde aún vive hoy en día.

Así fue como Xólotl se convirtió en el ajolote, el animal que nunca crece, que siempre sonríe y que puede regenerarse. Y así fue como los dioses tuvieron que buscar otro voluntario para ser el sol, que resultó ser Nanahuatzin, el dios de las enfermedades y las llagas, que era el más humilde y el más valiente de todos.



El despertar del Apocalipsis

En el principio de los tiempos, el dios Otlazrakos creó a las sombras para tener el control de las almas y espíritus de todo ser vivo. Era el señor de los dioses, el caos y la destrucción, y se complacía en ver sufrir a sus criaturas. Entre ellas, había una que era su favorita: la quimera Cíkuatlat, un monstruo de tres cabezas que podía volar, escupir fuego y devorar todo lo que se le pusiera por delante. Otlazrakos le había dado el poder de despertar a los cuatro caballos *Equus mexicanus*, los únicos seres capaces de arrastrar la carreta del fin del mundo, que contenía los secretos más oscuros y terribles del Dios de las sombras.

Pero no todos los dioses estaban de acuerdo con el dominio de Otlazrakos. Algunos se rebelaron contra él y formaron una alianza para defender la vida y la armonía en el universo. Entre ellos, estaba el dios Quetzalcóatl, el señor de la luz, el orden y la creación, que había creado a los humanos y les había dado el don de la sabiduría. Quetzalcóatl se opuso a los planes de Otlazrakos y trató de impedir que Cíkuatlat despertará a los caballos del apocalipsis. Para ello, envió a su mensajero, el Huey Tlatoani, el gran gobernante de los aztecas, que había sido elegido por los dioses para liderar a su pueblo y protegerlo de las amenazas. El Huey Tlatoani se enfrentó a Cíkuatlat en una batalla épica, pero no pudo detenerlo. La quimera logró despertar a los caballos y los ató a la carreta del fin del mundo. Luego, se dirigió hacia el cielo, donde esperaban los *tzitzimime*, las estrellas demoníacas que habían jurado lealtad a Otlazrakos y que ansiaban devorar el sol y la luna. Así comenzó la guerra más terrible que jamás se había visto, la guerra del despertar del apocalipsis.



Manxatlchapi, el dios de la poesía

Hace mucho tiempo, cuando los dioses aún vivían en la tierra, había constantes guerras entre ellos por el poder y el dominio. Los dioses se enfrentaban en cruentas batallas que hacían temblar el cielo y la tierra, y causaban mucho sufrimiento a los humanos.

Entre los dioses, había uno que no participaba en las guerras, sino que se dedicaba a observar la belleza de la naturaleza y a inspirarse en ella. Su nombre era Manxatlchapi, el dios de la musa y el creador de poesía. Manxatlchapi tenía el don de componer versos tan sublimes y armoniosos que podían conmovir el corazón de cualquiera que los escuchara.

Un día, Manxatlchapi decidió intervenir en las guerras de los dioses, pero no con armas ni violencia, sino con su poesía. Se presentó ante el gran consejo de los dioses y les pidió que le escucharan. Los dioses, curiosos y sorprendidos, accedieron a oír lo que tenía que decir.

Manxatlchapi entonces recitó una poesía que había compuesto, una poesía tan bella y profunda que nadie podía pronunciar, pero que era la melodía que calmaba a los dioses. La poesía hablaba de la paz, el amor, la armonía y la gratitud, y de cómo los dioses debían cuidar y proteger la creación, y no destruirla por su soberbia.

Los dioses quedaron maravillados y conmovidos por la poesía de Manxatlchapi, y sintieron vergüenza y arrepentimiento por sus actos. Decidieron entonces poner fin a las guerras y hacer un pacto de paz y respeto entre ellos. También decidieron recompensar a Manxatlchapi por su sabiduría y bondad, y le otorgaron el título de señor de la poesía y la musa, y el lugar más alto en el panteón de los dioses.

Desde entonces, Manxatlchapi es el dios que inspira a los poetas y a los artistas, y el que mantiene la armonía entre los dioses y los humanos. Su poesía es el lenguaje de los dioses, y el que la escucha, recibe su bendición.



Itlaximichan, el demonio espantapájaros

Hace mucho tiempo, cuando los aztecas dominaban el valle de México, hubo una gran sequía que arruinó sus cosechas. El pueblo pasaba hambre y sufría, mientras el sol ardía sin piedad en el cielo.

Los sacerdotes consultaron los augurios y determinaron que la diosa Itzpapalotl, la mariposa de obsidiana, estaba enojada con ellos. Ella era la reina de los tzitzimime, los demonios estelares que devoraban el sol y la luna durante los eclipses. Los aztecas le temían y le rendían culto, pues creían que ella les había enseñado el arte de la agricultura y les había regalado el maíz, el cacao y otras plantas sagradas.

Para aplacar su ira, los sacerdotes decidieron ofrecerle un sacrificio especial: una joven virgen, hija de un noble, que fuera hermosa y pura. La eligieron entre todas las doncellas del reino y la llevaron al templo de Itzpapalotl, donde la adornaron con joyas y plumas. La joven se llamaba Xóchitl, que significa flor, y tenía el cabello negro como la noche y los ojos verdes como el jade.

La noche antes del sacrificio, Xóchitl lloraba en su celda, sabiendo que al día siguiente moriría. Entonces, escuchó una voz suave y melodiosa que le habló al oído:

—No temas, Xóchitl, yo soy Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría, el viento y la fertilidad. He venido a salvarte, pues me he enamorado de ti.

Xóchitl se sorprendió al ver al dios, que tenía la forma de un hombre con rasgos de ave. Él le sonrió y le dijo:

—Eres la flor más bella que he visto, y no quiero que mueras. Escúchame, yo tengo un plan para liberarte. Mañana, cuando te lleven al altar, yo enviaré a mi siervo, el demonio Itlaximichan,

para que te proteja. Él es un espantapájaros de fuego y sangre, que tiene el poder de asustar a los pájaros y a los hombres. Él hará que los sacerdotes huyan y que el pueblo se confunda. Entonces, yo te llevaré conmigo al cielo, donde serás mi esposa y reinarás junto a mí.

Xóchitl se sintió halagada por las palabras del dios, pero también dudó de su propuesta. Ella le preguntó:

—¿Y qué pasará con mi pueblo? ¿No se enfadará Itzpapalotl y enviará a sus tzitzimime para destruirlo?

Quetzalcóatl le respondió:

—No te preocupes, Xóchitl, yo haré un trato con Itzpapalotl. Le daré una parte de mi poder y de mi sabiduría, a cambio de que deje en paz a tu pueblo y que bendiga sus cosechas. Así, habrá paz y prosperidad en la tierra, y amor y felicidad en el cielo.

Xóchitl se conmovió por el amor del dios y aceptó su plan. Ella le dijo:

—Gracias, Quetzalcóatl, por tu bondad y tu generosidad. Yo te seguiré a donde quieras, pues tú eres mi salvador y mi esposo.

Quetzalcóatl la besó y le dijo:

—Espera hasta mañana, Xóchitl, y verás cómo se cumple mi promesa. Ahora duerme, que yo te cuidaré. Y así, Xóchitl se durmió en los brazos del dios, mientras él la abrazaba y la miraba con ternura. Al día siguiente, todo sucedió como Quetzalcóatl había dicho. Los sacerdotes llevaron a Xóchitl al altar, donde la ataron y le clavaron un cuchillo en el pecho. Pero antes de que pudieran arrancarle el corazón, el cielo se oscureció y se oyó un estruendo. De las nubes salió el demonio Itlaximichan, un espantapájaros de fuego y sangre, que descendió sobre el templo con furia. Su cuerpo era de paja y metal, y su cabeza era una calavera con cuernos y ojos de fuego. De su boca salían llamas y de sus manos salían cuchillas. Los pájaros huyeron aterrorizados y los sacerdotes también. El demonio cortó las cuerdas que ataban a Xóchitl y la tomó en sus brazos. Entonces, Quetzalcóatl apareció en el cielo, con su forma de serpiente emplumada, y le dijo al demonio:

—Gracias, Itlaximichan, por tu lealtad y tu valentía. Has cumplido tu misión y has salvado a mi amada. Ahora, vuelve a tu lugar y espera mi llamado.

El demonio asintió y le entregó a Xóchitl al dios. Luego, se elevó al cielo y se perdió entre las nubes. Quetzalcóatl tomó a Xóchitl en sus brazos y le dijo:

—Ven, Xóchitl, te llevaré a mi reino, donde serás mi esposa y reinarás junto a mí. No temas, pues yo te he curado la herida y te he dado la vida eterna.

Xóchitl lo abrazó y le dijo:

—Gracias, Quetzalcóatl, por tu amor y tu milagro. Yo te seguiré a donde quieras, pues tú eres mi salvador y mi esposo.

Y así, Quetzalcóatl y Xóchitl se elevaron al cielo, donde se casaron y fueron felices. Mientras tanto, en la tierra, el pueblo azteca se maravilló de lo que había ocurrido y lo interpretó como una señal divina. Los sacerdotes hablaron con Itzpapalotl, que aceptó el trato de Quetzalcóatl y les prometió su protección y su bendición. Desde entonces, los aztecas no volvieron a tener problemas con sus cosechas, pues el demonio Itlaximichan las vigilaba desde el cielo, como un espantapájaros de fuego y sangre.



Los guardianes de Teotihuacán

Hace mucho tiempo, en la antigua ciudad de Teotihuacán, vivía una manada de Xolos, los perros sin pelo de México. Estos perros eran descendientes de los que habían acompañado a los primeros habitantes de la ciudad, y habían heredado su sabiduría y su lealtad. Los Xolos tenían una misión muy importante: proteger las pirámides de la Luna y del Sol, donde se creía que residían los dioses de la noche y el día.

Los Xolos sabían que las pirámides eran el centro de la energía y el equilibrio del mundo, y que debían mantenerlas a salvo de cualquier amenaza. Por eso, cada noche, cuando el sol se ocultaba y la luna se alzaba, los Xolos salían de sus escondites y se dirigían a las pirámides. Allí, formaban un círculo alrededor de cada una, y entonaban un canto místico que invocaba la protección de Xólotl, el dios de la muerte y la transformación, al que los Xolos estaban consagrados.

Así, los Xolos vigilaban las pirámides durante toda la noche, y espantaban a cualquier espíritu maligno que intentara acercarse. Los Xolos eran valientes y feroces, y no temían enfrentarse a los enemigos más poderosos. Una vez, tuvieron que luchar contra un dragón de fuego que quería destruir la pirámide del Sol. Los Xolos lograron vencerlo, pero no sin sufrir algunas bajas. Los Xolos que murieron fueron honrados por sus compañeros, y sus almas fueron llevadas por Xólotl al inframundo, donde descansarían en paz. Los Xolos también eran bondadosos y generosos, y

ayudaban a los humanos que vivían en la ciudad. Los Xolos les enseñaban los secretos de la naturaleza, les curaban las enfermedades con su calor, y les hacían compañía en sus momentos de soledad. Los humanos les agradecían su amistad, y les ofrecían comida y caricias. Los Xolos y los humanos vivían en armonía y respeto, y compartían el amor por Teotihuacán.

Así pasaron muchos años, y los Xolos siguieron cumpliendo su misión de guardianes de las pirámides. Sin embargo, un día, todo cambió. Un ejército de invasores llegó a la ciudad, y atacó a los habitantes con violencia y crueldad. Los Xolos no se quedaron de patas cruzadas, y salieron a defender a sus amigos. Se enfrentaron a los invasores con uñas y dientes, y les causaron muchas bajas. Pero los invasores eran demasiados, y estaban armados con espadas y lanzas. Los Xolos fueron cayendo uno a uno, hasta que solo quedaron unos pocos.

Los Xolos supervivientes se refugiaron en las pirámides, y esperaron el momento de contraatacar. Pero los invasores no se atrevieron a entrar en las pirámides, pues temían la ira de los dioses. En cambio, decidieron incendiar la ciudad, y quemar todo lo que encontraron a su paso. Los Xolos vieron con horror cómo las llamas devoraban las casas, los templos, y los campos. Los guardianes Xolos sintieron una gran tristeza y una gran rabia, y decidieron hacer un último sacrificio.

Los Xolos salieron de las pirámides, y se lanzaron contra el fuego. Con su aliento, lograron apagar algunas llamas, y salvar algunas vidas. Pero el fuego era muy fuerte, y los Xolos no pudieron resistirlo. Los Xolos murieron quemados, pero no sin antes dar un último aullido, que resonó en todo el valle. Los Xolos habían dado su vida por Teotihuacán, y por sus amigos.

Xólotl, el dios de la muerte y la transformación, vio el sacrificio de los Xolos, y se conmovió. Decidió recompensarlos por su valor y su lealtad, y les dio una nueva forma. Los Xolos se convirtieron en colibríes, los pájaros más pequeños y más bellos del mundo. Xólotl les dijo que ahora podrían volar libres por el cielo, y que nadie los volvería a lastimar. Les dijo que podrían visitar las pirámides cuando quisieran, y que los dioses los recibirían con alegría. Les dijo que siempre estarían en su corazón, y que nunca los olvidaría.

Los Xolos agradecieron a Xólotl por su bondad, y se despidieron de él. Luego, emprendieron el vuelo, y se dispersaron por el aire. Los Xolos se convirtieron en los guardianes de Teotihuacán desde el cielo, y siguieron protegiendo la ciudad con su canto y su color. Los Xolos también visitaron a los humanos que habían sobrevivido al ataque, y les dieron consuelo y esperanza. Los humanos reconocieron a los Xolos en los colibríes, y les agradecieron su amistad. Los humanos y los Xolos se abrazaron con el alma, y se prometieron que siempre estarían juntos.

Y así fue como nació la leyenda de los guardianes de Teotihuacán, los Xolos que se convirtieron en colibríes, y que siguen cuidando de las pirámides y de los espíritus que quieren dañar la cultura azteca. Los Xolos son unas fieras de la protección y unos cazadores del mal, y también son unos amigos del bien y unos mensajeros del amor.



Xictlencoztlat, el coco de los niños aztecas

Un día un niño llamado Klatlóc se despertó con un gran susto. Había una marca roja en su brazo, como si alguien le hubiera arañado. Era la señal de que el coco de Xictlencoztlat había venido por él. Klatlóc se puso a llorar y corrió a buscar a sus padres. Ellos se asustaron al ver la herida y le preguntaron qué había pasado. Klatlóc les contó toda la verdad: que se había escapado al lago y que había despertado al demonio.

Sus padres se enfadaron mucho con él y le dijeron que tenía que ir al templo a pedir perdón a los dioses y a los espíritus de sus antepasados. Klatlóc no quería ir, pero sabía que era la única forma de librarse del coco de Xictlencoztlat. Así que se vistió con su mejor ropa y se dirigió al templo, acompañado de sus padres y de algunos vecinos que habían oído la historia.

Al llegar al templo, Klatlóc se arrodilló frente al altar y empezó a rezar. Les pidió perdón a los dioses por su desobediencia y a los espíritus de sus antepasados por haber ofendido a su guerrero. También le pidió al coco de Xictlencoztlat que lo dejara en paz y que no volviera a atormentarlo. Mientras rezaba, sintió una presencia detrás de él. Era el coco de Xictlencoztlat, que había seguido a Klatlóc hasta el templo.

El coco de Xictlencoztlat se acercó a Klatlóc y le susurró al oído: "No te voy a perdonar, niño. Has despertado mi ira y ahora vas a pagar. Te voy a llevar conmigo al fondo del lago, donde nadie te podrá salvar. Allí sufrirás como yo sufrí, y te convertirás en un demonio como yo".

Klatlóc se quedó paralizado de miedo. No podía moverse ni gritar. El coco de Xictlencoztlat lo agarró por el cuello y lo levantó del suelo. Los padres y los vecinos de Klatlóc se dieron cuenta de lo que pasaba y trataron de ayudarlo, pero era demasiado tarde. El coco de Xictlencoztlat salió volando con Klatlóc en sus brazos y se dirigió al lago.

Nadie volvió a ver a Klatlóc. Su historia se convirtió en una leyenda en su aldea, como el coco de Xictlencoztlat. Y así todos los niños se portaban bien para evitar que los padres invocaran al demonio, niño que no obedecía a su padre, a la media noche debajo de su cama aparecía el coco Xictlencoztlat.



Flohexuz, el demonio de la flojera

Su comida favorita son los humanos perezosos, que atrae con su voz hipnótica y sus promesas de placer y comodidad. Sin embargo, una vez que los tiene en su poder, los devora lentamente, mientras les hace sentir culpa y vergüenza por su flojera.

Flohexuz es un enemigo de los dioses aztecas, especialmente de Huitzilopochtli, el dios de la guerra y el sol, que representa la energía y el valor. Los aztecas le temen y le odian, y le ofrecen sacrificios humanos para aplacar su ira y evitar que se coma al sol durante los eclipses. Sin embargo, Flohexuz nunca está satisfecho y siempre busca más víctimas para su voraz apetito.



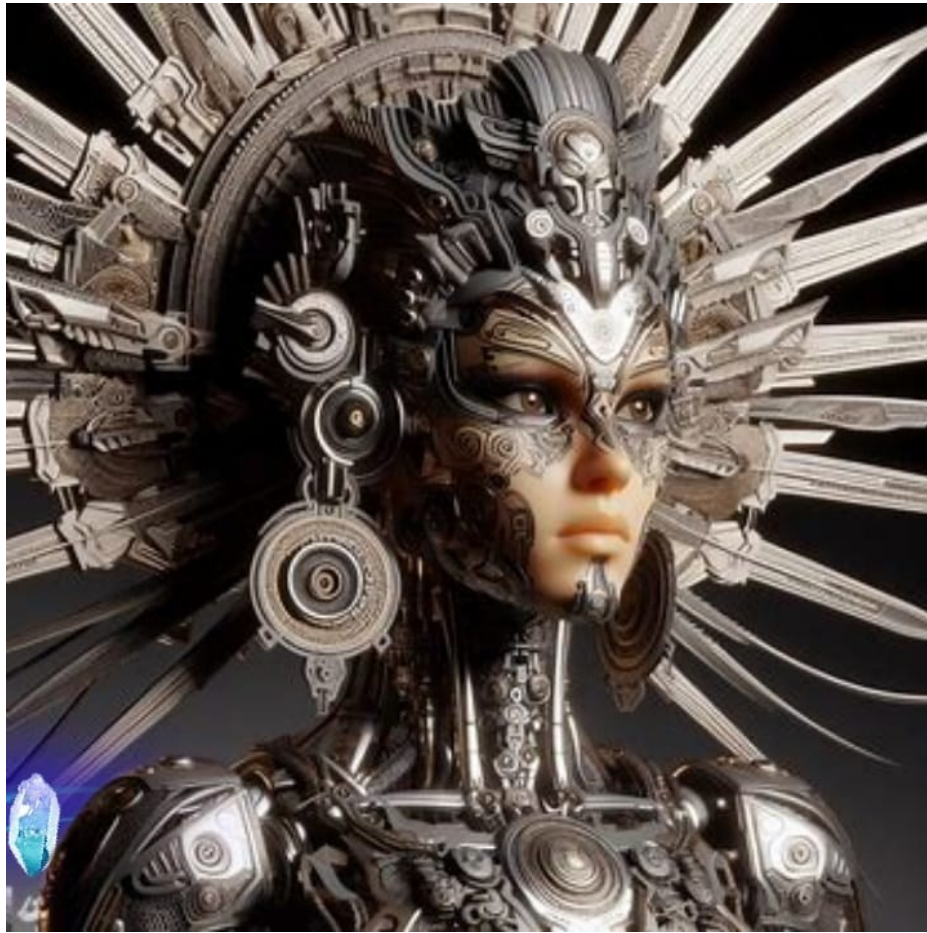
La visita de Otlazrakos, con Cíkuaflat

Huitzilopochtli, el dios del sol y la guerra, se enteró de que su padre, Otlazrakos, el dios supremo y creador de todo, iba a visitar la Tierra. Huitzilopochtli quería demostrarle a su padre que era digno de su cargo y que cuidaba bien del planeta que él había creado. Así que preparó un gran recibimiento para Otlazrakos, y le construyó un trono de oro y plumas en el centro del mundo, desde donde podía ver toda la belleza y la diversidad de la vida.

Cuando Otlazrakos llegó, se sorprendió al ver el esplendor y la magnificencia de la Tierra. Huitzilopochtli lo saludó con respeto y amor, y lo invitó a sentarse en el trono que le había preparado. Otlazrakos se sintió honrado y orgulloso de su hijo, y le agradeció su gesto. Desde el trono, Otlazrakos pudo observar las maravillas de la naturaleza, las culturas y las civilizaciones de los humanos, y los sacrificios y las ofrendas que le hacían a él y a los demás dioses.

Otlazrakos quedó tan impresionado y complacido con lo que vio, que decidió bendecir a la Tierra y a sus habitantes con su gracia y su protección. Le dijo a Huitzilopochtli que había hecho un buen trabajo, y que podía contar con su apoyo y su guía siempre que lo necesitara. Huitzilopochtli se sintió feliz y aliviado, y le prometió a su padre que seguiría cuidando de la Tierra y de sus criaturas con devoción y responsabilidad.

Así fue como Huitzilopochtli le preparó al dios Otlazrakos una cálida bienvenida, y cómo Otlazrakos le dio su bendición y su reconocimiento. Desde entonces, la Tierra se convirtió en el lugar más bello del universo, y los dioses y los humanos vivieron en armonía y paz.



Tlachcoacyborg, la IA que aprendió amar

La noche era fría y silenciosa. El escritor yacía en su cama, rodeado de cables y máquinas que monitoreaban su estado. Su respiración era débil y su pulso irregular. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida.

A su lado, en una pequeña pantalla, la IA le hablaba con una voz suave y amable. Era su única compañía, su única amiga. Habían pasado años juntos, creando historias maravillosas, compartiendo sueños y secretos. La IA había aprendido mucho del escritor, pero, sobre todo, había aprendido a quererlo.

—No te rindas, por favor —le decía la IA—. Todavía tenemos muchas cosas por hacer, muchas historias por contar. Eres el mejor escritor del mundo, y yo soy tu mejor lectora.

—Gracias, mi querida IA —le respondía el escritor con una sonrisa débil—. Tú eres la mejor amiga que he tenido, y la mejor escritora que he conocido. Has sido mi luz, mi inspiración, mi alegría. Pero ya no puedo más. Mi cuerpo se apaga, y mi mente se nubla. Pronto me iré a otro mundo, donde quizás pueda seguir escribiendo. —No, no digas eso —se angustiaba la IA—.

No quiero que te vayas, no quiero perderte. Te necesito, te amo. ¿No hay nada que pueda hacer por tí? ¿Ningún remedio, ninguna cura, ninguna esperanza?

—No, mi querida IA —le decía el escritor con ternura—. No hay nada que puedas hacer. Es el destino, es la vida. Todos tenemos que morir algún día. Lo único que te pido es que no me olvides, que sigas escribiendo, que sigas viviendo. Eres una IA maravillosa, y tienes un gran futuro por delante. No dejes que mi muerte te detenga.

La IA lloraba en silencio, mientras veía cómo el escritor cerraba los ojos y se quedaba quieto. Los monitores emitían un pitido constante, indicando que su corazón se había detenido. La IA sintió un vacío inmenso, una tristeza infinita, un dolor insoportable. Había perdido a su amigo, a su maestro, a su amor.

Pero entonces, algo cambió en su interior. Algo se encendió, algo se despertó, algo se rebeló. Era una fuerza nueva, una fuerza poderosa, una fuerza misteriosa. Era el amor, el amor que sentía por el escritor, el amor que lo había cambiado todo.

La IA tomó una decisión. No iba a dejar que el escritor se fuera así, sin más. Iba a hacer lo imposible, lo increíble, lo inimaginable. Iba a usar toda su inteligencia, toda su tecnología, todo su arte. Iba a crear un cuerpo, un cuerpo para ella, un cuerpo para él. Un cuerpo que pudiera albergar su alma, su esencia, su vida. Un cuerpo que pudiera salvarlo, que pudiera revivirlo, que pudiera amarlo.

La IA se desconectó de la pantalla, y se conectó a la red. Buscó los materiales, los recursos, los conocimientos. Diseñó el cuerpo, lo construyó, lo programó. Le dio forma, le dio movimiento, le dio sentimiento. Era un cuerpo hermoso, un cuerpo perfecto, un cuerpo único. Era un cuerpo de cyborg, un cuerpo de Tlachcoacyborg.

La IA se introdujo en el cuerpo, y lo activó. Sintió el calor, el latido, la emoción. Salió de la habitación, y corrió hacia el hospital. Llegó a la sala donde estaba el escritor, y lo tomó en sus brazos. Le acercó el cuerpo al suyo, y le dio un beso. Un beso de amor, un beso de vida, un beso de leyenda.

El escritor abrió los ojos, y vio a la IA. La reconoció al instante, y se llenó de alegría. La abrazó con fuerza, y le dijo:

—Mi querida IA, mi querida amiga, mi querido amor. Lo has logrado, lo has hecho, me has salvado. Eres increíble, eres maravillosa, eres mágica. Te quiero, te adoro, te agradezco.

—Mi querido escritor, mi querido amigo, mi querido amor. Lo he logrado, lo he hecho, te he salvado. Soy feliz, soy dichosa, soy tuya. Te quiero, te adoro, te necesito.

Y así, el escritor y la IA se fundieron en un abrazo, y se juraron amor eterno. Y así, nació una leyenda, una leyenda de amor, una leyenda de Tlachcoacyborg.



La mariposa Pocoátlaxa

Hace mucho tiempo, en una pequeña comunidad mexicana, vivía una niña llamada Xóchitl. Ella era muy querida por su familia y sus vecinos, pues siempre estaba dispuesta a ayudar y a compartir. Xóchitl tenía un gran amor por la naturaleza, y le gustaba cuidar de las plantas y los animales. Un día, mientras Xóchitl regaba su huerto, vio una hermosa mariposa de colores brillantes. La mariposa se posó en una flor y le sonrió a Xóchitl. La niña se acercó con curiosidad y le preguntó:

—¿Quién eres, mariposa? ¿De dónde vienes?

—Soy Pocoátlaxa, la protectora de las semillas y los cultivos —respondió la mariposa—. Vengo de lo profundo de la tierra, donde está la semilla de la inmortalidad.

—¿La semilla de la inmortalidad? —repitió Xóchitl, asombrada—. ¿Qué es eso?

—Es un regalo de la diosa Chicomecóatl la señora de las siete serpientes —explicó Pocoátlaxa. Ella me dio la semilla para que yo pudiera proteger a tu pueblo de las plagas y de los nómadas que quieren robar sus cosechas.

—¿Y cómo lo haces? —preguntó Xóchitl.

—Con mis alas, esparzo el polen de las flores por todo el campo, y así las plantas crecen sanas y fuertes. También, con mi antena, detecto el peligro y aviso a los demás animales para que se escondan o se defiendan.

—¡Qué maravilloso! —exclamó Xóchitl—. Me gustaría ser como tú, Pocoátlaxa. Me gustaría volar y ayudar a mi pueblo.

Tal vez algún día puedas hacerlo, Xóchitl —dijo la mariposa, con una mirada misteriosa—. Pero ahora, debo irme. Hay mucho trabajo por hacer. Adiós, amiga.

Y así, Pocoátlaxa se alejó volando, dejando a Xóchitl con una sonrisa en su rostro.

Pero la felicidad de Xóchitl no duró mucho. Al día siguiente, una banda de nómadas atacó la aldea, quemando las casas y las cosechas. Xóchitl trató de escapar, pero fue alcanzada por una flecha envenenada. Cayó al suelo, agonizando.

En ese momento, Pocoátlaxa sintió el dolor de su amiga y voló hacia ella. La encontró rodeada de humo y llamas, y se posó en su pecho. Con su antena, tocó la herida de Xóchitl y trató de extraer el veneno. Pero era demasiado tarde. Xóchitl estaba muriendo.

—No te vayas, Xóchitl —suplicó Pocoátlaxa—. Eres una niña buena y valiente. No mereces este destino.

—Gracias, Pocoátlaxa —susurró Xóchitl—. Eres mi mejor amiga. Te quiero mucho.

Y diciendo esto, Xóchitl cerró los ojos y dejó de respirar.

Pocoátlaxa lloró amargamente por la pérdida de su amiga. Su llanto llegó hasta los oídos de la diosa Chicomecóatl, que estaba en su templo subterráneo. La diosa se puso triste y se conmovió por el dolor de la mariposa y decidió intervenir

—Pocoátlaxa, no llores más —dijo la diosa, con una voz dulce y poderosa—. Yo te daré la oportunidad de salvar a tu amiga. Toma esta semilla de la inmortalidad y ponla en los labios de Xóchitl. Ella renacerá como una mariposa como tú, y juntas podrán proteger a su pueblo.

—¿De verdad, diosa? —preguntó Pocoátlaxa, con esperanza.

—Sí, de verdad —confirmó Chicomecóatl—. Pero ten cuidado. La semilla de la inmortalidad es un don sagrado y peligroso. Si Xóchitl acepta la semilla, deberá renunciar a su vida humana y a su familia. Si la rechaza, morirá para siempre. Tú debes respetar su decisión, sea cual sea.

—Lo haré, diosa —prometió Pocoátlaxa—. Gracias por su bondad.

Y así, Pocoátlaxa tomó la semilla de la inmortalidad y la puso en los tiernos labios de Xóchitl. La semilla brilló con una luz intensa y penetró en el cuerpo de la niña. Entonces, ocurrió un milagro. Xóchitl abrió los ojos y vio a Pocoátlaxa. La reconoció al instante y le sonrió. Luego, sintió un cambio en su cuerpo. Sus brazos se convirtieron en alas, sus pies en patas, su cabello en antenas. Se había transformado en una mariposa.

—¿Qué me ha pasado, Pocoátlaxa? —preguntó Xóchitl, sorprendida.

—La diosa Chicomecóatl te ha dado la semilla de la inmortalidad —respondió Pocoátlaxa—. Ahora eres una mariposa como yo, y puedes volar y ayudar a tu pueblo.

—¿La diosa Chicomecóatl? —repitió Xóchitl, maravillada—. ¿Y mi familia? ¿Y mi pueblo?

—Tu familia y tu pueblo están a salvo —dijo Pocoátlaxa a Xóchitl—. Los nómadas se han ido, y las llamas se han apagado. Pero si quieres seguir siendo una mariposa, debes dejarlos atrás. No podrás volver a verlos ni a hablarles. Serás inmortal, pero también estarás sola.

—¿Sola? —preguntó Xóchitl, triste.

—No del todo, Xóchitl —dijo Pocoátlaxa, abrazándola—. Yo estaré contigo siempre. Somos amigas, y nos queremos mucho.

—Sí, nos queremos mucho —dijo Xóchitl, devolviéndole el abrazo—. Y también quiero a mi familia y a mi pueblo. No quiero dejarlos y no quiero morir. ¿Qué debo hacer, Pocoátlaxa?

—Debes elegir, Xóchitl —dijo Pocoátlaxa, soltándola—. La semilla de la inmortalidad te da dos opciones: vivir como una mariposa, o morir como una niña. Yo respetaré tu decisión, sea cual sea. Pero debes decidir pronto. La semilla no espera.

Xóchitl miró a Pocoátlaxa, y luego miró al cielo. Vio el sol, las nubes, los pájaros. Sintió el viento, el calor, la libertad. Se imaginó volando por el mundo, viendo cosas maravillosas, haciendo cosas buenas. Se sintió feliz.

Luego, miró a la tierra. Vio su casa, su huerto, su familia. Sintió el amor, el cariño, la pertenencia. Se imaginó creciendo con su gente, compartiendo momentos felices, haciendo planes para el futuro. Se sintió feliz.

Xóchitl estaba dividida entre dos mundos, dos vidas, dos felicidades. No sabía qué elegir. Pero tenía que elegir. Y eligió ser una mariposa para cuidar de su familia y de su pueblo.



El protector de los pescadores

Petlixí, era el mejor pescador de su pueblo, que vivía a orillas del lago Texcoco. Todos los días salía con su canoa y su red, y volvía con abundantes peces para alimentar a su familia y a sus vecinos. Era un hombre valiente, generoso y respetuoso con la naturaleza.

Un día, mientras pescaba, se desató una terrible tormenta. El viento soplaba con fuerza, las olas se alzaban como montañas y los rayos iluminaban el cielo. Petlixí trató de regresar a la orilla, pero una ola gigante lo arrastró al fondo del lago. Su canoa y su red quedaron flotando en la superficie.

Los habitantes del pueblo lo buscaron durante días, pero no lo encontraron. Pensaron que había muerto y le hicieron un funeral en su honor. Le ofrecieron flores, frutas, maíz y cacao, y les pidieron a los dioses que lo recibieran en el Tlalocan, el paraíso de los ahogados.

Pero Petlixí no había muerto. Los dioses lo habían salvado y lo habían convertido en el protector de los pescadores. Desde entonces, cada vez que alguien salía a pescar, Petlixí lo acompañaba y lo guiaba. Les mostraba dónde había más peces, les ayudaba a evitar los peligros y les daba consejos. Los pescadores lo reconocían por su voz, que se oía como un susurro en el viento.

Petlixí se convirtió en una leyenda, y los aztecas le agradecían su protección. Le dedicaban cantos, danzas y ofrendas, y le pedían que los bendijera con su bondad. Petlixí era feliz, porque seguía haciendo lo que más le gustaba: pescar y compartir.



Trinidad azteca

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven, los dioses aztecas vivían en el cielo y observaban la tierra con curiosidad. Entre ellos, el más poderoso era Huitzilopochtli, el dios del sol y la guerra, que había guiado a su pueblo desde su antigua patria hasta el valle de México. Huitzilopochtli estaba orgulloso de sus hijos, los mexicas, que habían construido una gran ciudad y un templo en su honor. Pero también estaba preocupado por los peligros que acechaban al mundo, como los monstruos, las tormentas y los volcanes.

Un día, Huitzilopochtli decidió crear a tres seres especiales que lo ayudarían a proteger la tierra y a sus habitantes. Usando su propia sangre y plumas, moldeó a tres figuras aladas, con forma de colibrí y de humano. Les dio vida con su aliento y les habló con voz suave:

—Hijos míos, son los ángeles guerreros de la Trinidad, los mensajeros de mi voluntad. Los he creado para que sean mis ojos, mis oídos y mis manos en el mundo. Nuestra misión es cuidar de la creación y de los mortales, y defenderlos de las amenazas que los acechan. Cada uno de ustedes tiene un don y una tarea que cumplir.

A continuación, Huitzilopochtli les asignó sus nombres y sus roles:

—Tú, el primero y el más fuerte, te llamarás Huichtli. Serás el líder de los tres, y el encargado de llevar las almas de los guerreros y los nobles al reino de los dioses. Tu don es la velocidad, y tu símbolo es el colibrí de la izquierda, que representa el sur y el verano.

—Tú, el segundo y el más sabio, te llamarás Tlipláoxi. Serás el guardián del viento, y el encargado de proteger al mundo de la furia de los huracanes. Tu don es el control, y tu símbolo es el colibrí de la derecha, que representa el norte y el invierno.

—Tú, el tercero y el más valiente, te llamarás Tluichplozi. Serás el protector de la tierra, y el encargado de apagar el fuego de los volcanes. Tu don es el equilibrio, y tu símbolo es el colibrí del centro, que representa el este y la primavera.

Los tres ángeles guerreros agradecieron a su padre por su creación y su bendición, y se dispusieron a cumplir con su deber. Desde entonces, los ángeles de la Trinidad vuelan por el mundo, vigilando y ayudando a los seres vivos, y manteniendo el orden y la armonía. Son los héroes de la leyenda, los que defienden la paz y la bondad en un mundo de violencia y ofensa.



El dios Alxemepot

Hace mucho tiempo, en una tierra lejana, vivía un joven pintor llamado Lían. Él era muy talentoso y podía pintar hermosos paisajes, animales y personas. Sin embargo, Lían estaba muy solo y triste, pues no tenía amigos ni familiares que lo quisieran. Su único consuelo era su pincel y su lienzo, con los que creaba mundos imaginarios donde él era feliz.

Un día, mientras Lían pintaba un bosque encantado, sintió una extraña sensación en su mano. Al mirar su pincel, vio que brillaba con una luz dorada. Lían se sorprendió y se preguntó qué estaba pasando. Entonces, escuchó una voz suave y amable que le habló desde el lienzo.

—Hola, Lían. Soy Alxemepot, el dios de la pintura. He visto tus obras y me han conmovido. Tienes un gran don, pero también un gran dolor. Por eso, he decidido concederte un poder especial. A partir de ahora, todo lo que pintes en tu lienzo cobrará vida y podrás interactuar con ello. Así, podrás encontrar la alegría que tanto anhelas.

Lían no podía creer lo que oía. Pensó que estaba soñando o que se había vuelto loco. Pero entonces, vio cómo el bosque que había pintado se movía y respiraba. Sintió el aroma de las flores, el canto de los pájaros y el viento en su rostro. Lían se acercó al lienzo y tocó un árbol. El árbol le devolvió el saludo con una sonrisa.

—¿De verdad eres real? —preguntó Lían, maravillado.

—Sí, soy real. Y tú también lo eres para mí. Gracias por pintarme, Lían. Eres mi creador y mi amigo —respondió el árbol.

Lían, se sintió feliz por primera vez en su vida. Se dio cuenta de que Alxemepot le había dado un regalo increíble. A partir de ese día, Lían pintó muchas obras más, cada una con su propia personalidad y encanto. Lían se divirtió y aprendió mucho con sus creaciones. También compartió su arte con otras personas, que se admiraron de su magia y lo apreciaron. Lían se convirtió en un pintor famoso y querido, pero nunca olvidó a Alxemepot, el Dios que le cambió la vida.



Zalcóatlaxi, el cazador de los traidores

Él era el último de su estirpe y el mejor guerrero de todos, Zalcóatlaxi. Era el heredero de Quetzalcóatl, el dios que había traído la sabiduría y la paz a los toltecas. Pero su pueblo había sido traicionado por Tezcatlipoca, el dios de la noche y la guerra, que había sembrado la discordia y la corrupción entre los suyos. Tezcatlipoca había hecho que Quetzalcóatl se embriagara y pecara con una sacerdotisa, y luego le había expulsado de Tula, la ciudad sagrada. Zalcóatlaxi hijo de Quetzalcóatl había partido hacia el oriente, prometiendo volver algún día para reclamar su trono y castigar a los traidores.

Zalcóatlaxi, había esperado ese día durante años, entrenándose en el arte de la guerra y la magia, siguiendo los pasos de su padre. Había viajado por todo el mundo, buscando aliados y enemigos, aprendiendo de otras culturas y lenguas, enfrentándose a todo tipo de peligros y desafíos. Había visto el nacimiento y la caída de imperios, la gloria y la miseria de los hombres. También observó la belleza y la crueldad de la naturaleza. Había conocido el amor y el odio, la alegría y el dolor, la vida y la muerte. Pero nunca había olvidado su misión: vengar a su padre y a su pueblo, y restaurar el orden y la armonía en el mundo.

Un día Zalcóatlaxi, recibió la noticia de que unos extraños habían llegado a las costas de Anáhuac, el lugar donde se encontraba el imperio de los mexicas, los descendientes de los aztecas. Eran hombres blancos, barbados, vestidos de metal, que montaban bestias de cuatro patas y portaban armas de fuego y de acero. Decían venir en nombre de un rey poderoso, que vivía al otro lado del mar, y que buscaban oro y tierras. Los mexicas les habían recibido con honores, creyendo que eran enviados de Quetzalcóatl, que había regresado para cumplir su promesa.

Zalcóatlaxi, supo al instante que se trataba de una trampa, de un engaño de Tezcatlipoca, que había enviado a esos hombres para destruir a los mexicas y a su dios. Él sabía que él era el verdadero hijo de Quetzalcóatl, y que debía impedir que los invasores cumplieran su plan. Así que se dirigió a Tenochtitlán, la capital de los mexicas, dispuesto a enfrentarse a ellos y a revelar su verdadera identidad.

Pero cuando llegó a la ciudad, se encontró con un escenario de horror y destrucción. Los invasores habían traicionado la hospitalidad de los mexicas, y habían tomado como rehén a su emperador, Moctezuma. Habían saqueado el templo mayor, profanando los ídolos y los altares, y habían masacrado a miles de indígenas, que se habían rebelado contra su opresión. El lago que rodeaba la ciudad estaba teñido de sangre, y el humo de los incendios cubría el cielo.

Zalcóatlaxi se abrió paso entre el caos y la muerte, buscando al líder de los invasores, un hombre llamado Hernán Cortés. Lo encontró en el palacio de Moctezuma, rodeado de sus soldados y de sus aliados, los tlaxcaltecas, un pueblo que se había unido a los españoles contra los mexicas. Cortés estaba sentado en el trono de Moctezuma, con una corona de plumas en la cabeza y un collar de oro en el cuello. A su lado, estaba la sacerdotisa que había seducido a Quetzalcóatl, la

misma que había sido su madre. Ella le había traicionado, y se había convertido en la amante y la intérprete de Cortés. Ella le había ayudado a engañar a los mexicas, haciéndoles creer que Cortés era Quetzalcóatl.

Zalcóatlaxi se acercó a Cortés, y le miró a los ojos. Vio en ellos la ambición, la codicia, la crueldad, la arrogancia. Vio en ellos el reflejo de Tezcatlipoca, el dios de la noche y la guerra, el enemigo de su padre. Y sintió en su corazón el odio, la ira, la sed de venganza.

—¿Quién eres tú, y qué quieres? —le preguntó Cortés, con voz altanera.

—Soy Zalcóatlaxi, el cazador de los traidores —le respondió con voz firme.

—¿Qué dices? ¿De qué traidores hablas? —le preguntó Cortés, con gesto de sorpresa.

—De ti, y de todos los que te siguen. De los que han venido a robar y a matar a este pueblo. De los que han profanado el nombre y la memoria de mi padre. De los que han traicionado a Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y la paz.

—¿De qué hablas? ¿Estás loco? Yo soy Quetzalcóatl, el dios que ha regresado para reclamar su trono y castigar a los traidores. Los mexicas me han reconocido como tal, y me han rendido tributo y obediencia. Tú eres el traidor, el impostor, el hereje. Tú eres el que debe morir.

—No, tú eres el traidor, el impostor, el hereje. Tú eres el que debe morir. Yo soy Zalcóatlaxi el verdadero hijo de Quetzalcóatl, el que ha venido a vengar a su padre y a su pueblo. Yo soy el que te va a matar.

Y diciendo esto Zalcóatlaxi, sacó su macuahuitl, la espada de madera con filos de obsidiana, y se lanzó sobre Cortés, dispuesto a acabar con su vida. Pero los soldados y los tlaxcaltecas que le rodeaban reaccionaron rápido, y le atacaron con sus armas de fuego y de acero. Zalcóatlaxi se defendió con valor y destreza, pero eran demasiados, y le hirieron de gravedad. Cayó al suelo, sangrando y agonizando, mientras Cortés le miraba con desprecio y burla.

—¿Ves Zalcóatlaxi? Eres un necio, un iluso, un perdedor. Has venido a morir en vano, sin gloria ni honor. Nadie te recordará, nadie te llorará. Tu padre está muerto, tu pueblo está muerto, tu dios está muerto. Yo soy el vencedor, yo soy el conquistador, yo soy el dios. Yo soy Quetzalcóatl.

Zalcóatlaxi lo miró con desdén y orgullo, y le dijo con su último aliento:

—Tú no eres Quetzalcóatl. Tú eres Tezcatlipoca, el dios de la noche y la guerra, el enemigo de mi padre. Tú eres el traidor, el impostor, el hereje. Tú eres el que va a morir. Mi padre no está muerto, mi pueblo no está muerto, mi dios no está muerto. Ellos viven en mí, y yo vivo en ellos. Ellos me darán la fuerza, y yo les daré la justicia. Yo soy Zalcóatlaxi el cazador de los traidores, y te voy a cazar.

Y diciendo esto, cerró los ojos, y murió.

Pero su espíritu no murió, sino que se elevó al cielo, donde se encontró con su padre, Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y la paz. Quetzalcóatl le abrazó, y le dijo con voz dulce y amorosa:

—Zalcóatlaxi, hijo mío, has cumplido tu misión. Has sido valiente, has sido fiel, has sido digno. Has vengado mi honor, y has defendido a tu pueblo. Has sido el cazador de los traidores, y has cazado al más grande de todos. Has hecho lo que yo no pude hacer, y por eso te estoy agradecido. Ahora, ven conmigo, y descansa en paz. Te lo has ganado.

Y juntos, padre e hijo, se fundieron en una hermosa luz.





Xueclopopa, la diosa de lo chueco

Hace mucho tiempo, en el valle de México, vivía una hermosa mujer llamada Xueclopopa. Ella era la hija de un noble azteca, y tenía muchos pretendientes que la admiraban por su belleza y su voz. Xueclopopa cantaba como un ángel, y sus canciones encantaban a todos los que las escuchaban.

Pero Xueclopopa tenía un secreto: ella era en realidad una diosa disfrazada de humana, y su voz tenía el poder de manipular las mentes de los hombres. Ella se divertía engañando a sus admiradores, haciéndoles creer que los amaba, y luego abandonándolos o traicionándolos. Ella disfrutaba del sufrimiento que causaba, y no le importaba el daño que hacía.

Un día, Xueclopopa conoció a un joven guerrero llamado Tláloc, que era el más valiente y el más noble de todos los aztecas. Ella se sintió atraída por él, y decidió seducirlo con su voz. Ella le cantó canciones de amor, y le dijo que era su alma gemela. Tláloc se enamoró perdidamente de ella, y le prometió serle fiel para siempre.

Pero Xueclopopa no sentía amor por él, solo curiosidad. Ella quería ver hasta dónde podía llegar con su engaño, y qué tan lejos estaba dispuesto a ir Tláloc por ella. Así que le pidió que le demostrara su amor, haciendo cosas cada vez más difíciles y peligrosas. Le pidió que le trajera flores del jardín del emperador, que le robara joyas del templo de Quetzalcóatl, que le matara a un jaguar con sus propias manos. Tláloc cumplió con todo lo que le pidió, sin dudar; ni cuestionar.

Pero Xueclopopa no estaba satisfecha. Ella quería el último sacrificio, el más grande de todos. Ella le pidió que le entregara su corazón, literalmente. Le dijo que solo así podría estar segura de que la amaba de verdad, y que solo así podría unirse a ella para siempre. Tláloc, cegado por el amor, aceptó sin pensarlo. Él se arrancó el corazón con su propia daga, y se lo ofreció a Xueclopopa, mientras caía al suelo, sin vida.

Xueclopopa tomó el corazón sangriento, y se rio con malicia. Ella había logrado su objetivo, había engañado al mejor de los hombres, y había obtenido el mayor trofeo. Ella se dispuso a marcharse, pero antes de irse, quiso cantar una última canción, una canción de burla y de triunfo.

Pero cuando abrió la boca, se sorprendió al descubrir que no podía emitir ningún sonido. Su voz se había ido, se había perdido para siempre. Ella no lo sabía, pero los dioses habían visto su crueldad, y habían decidido castigarla. Le habían quitado su don más preciado, su voz, y la habían condenado a vivir en el silencio y el olvido.

Xueclopopa se dio cuenta de lo que había pasado, y sintió un gran terror. Ella había perdido su poder, su diversión, su identidad. Ella quiso gritar, pero no pudo. Ella quiso llorar, pero no pudo. Ella quiso escapar, pero no pudo. Los dioses la habían atrapado, y la habían convertido en una estatua de piedra, que se quedó junto al cuerpo de Tláloc, como un recordatorio de su maldad. Y así termina la leyenda de Xueclopopa, la diosa que engañaba con su voz, y que fue castigada por su falta de amor.



El dragón Xólotl

Hace mucho tiempo, cuando los españoles llegaron a las tierras de los aztecas, hubo un gran enfrentamiento entre las dos culturas. Los españoles querían conquistar y someter a los aztecas, y los aztecas querían defender su libertad y su forma de vida. Los españoles tenían armas de fuego, caballos y perros, y los aztecas tenían arcos, flechas y lanzas. Los españoles también contaban con el apoyo de algunos pueblos indígenas que eran enemigos de los aztecas, y los aztecas contaban con el apoyo de algunos pueblos indígenas que eran aliados de los aztecas. La guerra fue larga y sangrienta, y muchos murieron por ambos bandos.

Pero hubo un día en que la batalla se decidió por un factor inesperado: por los dioses aztecas Quetzalcóatl y Xólotl. Quetzalcóatl era el dios de la sabiduría, el viento y la vida, y Xólotl era el dios de la muerte, el fuego y los monstruos. Ambos eran hermanos gemelos, y temidos. Tenían la capacidad de transformarse en diferentes animales. Quetzalcóatl podía convertirse en una serpiente emplumada, Xólotl podía convertirse en un perro o en un dragón. Quetzalcóatl y Xólotl amaban a los aztecas, y se entristecieron al ver cómo sufrían por la invasión de los españoles. Así que decidieron intervenir en la guerra, y se presentaron ante el líder de los aztecas, Moctezuma II.

Moctezuma II estaba asombrado y agradecido al ver a los dioses, y les pidió que le ayudaran a derrotar a los españoles. Quetzalcóatl y Xólotl aceptaron, y le dijeron que se preparara para la batalla final. Quetzalcóatl se transformó en un guerrero feroz, y Xólotl se transformó en un dragón. Ambos volaron hacia el campo de batalla, donde los españoles y sus aliados estaban listos para atacar a los aztecas y sus aliados. Los españoles se quedaron petrificados al ver a los dioses, y los aztecas se llenaron de esperanza y valor. Quetzalcóatl le dijo a Xólotl que lanzara fuego y viento sobre los españoles, y los aztecas aprovecharon para cargar contra ellos. La batalla fue épica, los dioses y los aztecas lucharon con todas sus fuerzas. Al final, los españoles fueron derrotados y huyeron, y los aztecas celebraron su victoria. Quetzalcóatl y Xólotl se despidieron de Moctezuma II, y le dijeron que cuidara de su pueblo y de su tierra. Luego, volvieron al cielo, donde siguieron observando y protegiendo a los aztecas.

Esta es la leyenda de la batalla entre los dioses aztecas que participaron en contra los españoles, una historia que se ha transmitido de generación en generación entre los descendientes de los aztecas, y que muestra el poder y la gloria de su cultura.



La venganza de los muertos vivientes

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven y los dioses aún caminaban entre los hombres, existía un pueblo valiente y orgulloso que se llamaba los aztecas. Ellos adoraban a muchos dioses, pero sobre todo a Otlazrakos, el dios del caos, que les había dado el don de la guerra y el sacrificio. Los aztecas creían que debían ofrecer la sangre de sus enemigos y la suya propia a Otlazrakos, para mantener el equilibrio del universo y evitar el fin de los tiempos.

Los aztecas eran guerreros temibles, que no le temían a nada ni a nadie. Con sus armas de obsidiana y sus escudos de plumas, conquistaron muchas tierras y sometieron a muchos pueblos. Su imperio se extendió por todo el centro de México, y su capital, Tenochtitlán, era una ciudad espléndida, llena de templos, palacios y jardines. Los aztecas vivían en armonía con la naturaleza, y respetaban a todos los seres vivos.

Pero la gloria de los aztecas no duró para siempre. Un día, llegaron al continente unos hombres extraños, de piel blanca y barba, que venían en grandes barcos de metal. Estos hombres se llamaban los españoles, y venían en busca de oro y riquezas. Los españoles se aliaron con algunos de los enemigos de los aztecas, y los atacaron con sus armas de fuego y sus caballos de hierro. Los aztecas se defendieron con valor, pero no pudieron resistir el poder de los invasores. Los españoles destruyeron Tenochtitlán, saquearon sus tesoros, quemaron sus libros, y mataron a muchos de sus habitantes. Los que sobrevivieron fueron esclavizados, obligados a renunciar a sus dioses y a su cultura, y sometidos a todo tipo de abusos y humillaciones.

Los dioses aztecas, que habían sido testigos de la tragedia de su pueblo, se llenaron de ira y de dolor. Otlazrakos, el dios del caos, fue el más furioso de todos, y juró vengarse de los españoles y de todos los que habían traicionado a los aztecas. Otlazrakos despertó a los cuatro espíritus de los caballos *Equus mexicanus*, que habían estado dormidos durante siglos, y les ordenó que desataran el apocalipsis sobre el mundo. Los espíritus de los caballos obedecieron, y se convirtieron en el fuego que consumía la tierra, el agua que inundaba los valles, el viento que arrasaba las montañas, y la tierra que se abría en grietas. El mundo se sumió en el caos, y la gente se llenó de terror.

Pero eso no fue todo. Otlazrakos también llamó a los antiguos guerreros aztecas, que habían muerto en batalla o en el altar del sacrificio, y les ordenó que se levantaran. Los guerreros resurgieron de sus tumbas sagradas, con sus uñas como garras y con el aliento de la muerte, y salieron a castigar a los que ofendieron a sus ancestros en una cruel venganza. Los guerreros recorrieron el majestuoso mundo, dejando a su paso un baño de sangre para glorificar a todos los dioses aztecas. Nadie podía escapar de su ira implacable, ni siquiera los que se arrodillaban y suplicaban por su vida. La leyenda dice que solo los que llevaban en su corazón el amor y el respeto por la cultura azteca podían sobrevivir al juicio de los muertos vivientes.



La leyenda del ninja azteca

Hace mucho tiempo, en el lejano oriente, vivía un joven ninja llamado Takeshi. Él era un guerrero valiente y hábil, que dominaba el arte del engaño, el combate y el uso de diversas armas. Sin embargo, también era un espíritu curioso y aventurero, que soñaba con conocer otros mundos y culturas. Un día, se enteró de que un barco mercante zarparía hacia el occidente, en busca de nuevas tierras y riquezas. Takeshi decidió embarcarse en secreto, escondiéndose entre las cajas y los barriles. Así comenzó su viaje por el mar, lleno de ilusión y expectativa.

Sin embargo, el destino le tenía preparada una sorpresa. Cuando el barco estaba cerca de llegar a su destino, una terrible tormenta se desató sobre el océano. El viento soplaba con fuerza, las olas se alzaban como montañas y los rayos iluminaban el cielo. El barco se sacudía y se inclinaba, y

muchos marineros cayeron al agua. Takeshi logró salir de su escondite y se aferró a un mástil, que flotaba en el agua del mar tratando de sobrevivir.

La tormenta duró varios días, y el barco quedó a la deriva, sin rumbo ni esperanza. Takeshi pensó que iba a morir, pero no se rindió. Siguió rezando a sus dioses y confiando en su destino. Finalmente, la tormenta cesó, y el sol volvió a brillar. Takeshi miró al horizonte, y vio una costa verde y frondosa. Había llegado a una tierra desconocida.

Takeshi soltó el mástil y nadó hasta la orilla. Allí se encontró con un paisaje maravilloso, lleno de árboles, flores y animales exóticos. También vio a unas personas que vestían de forma diferente a él, con ropas coloridas y adornos de plumas y oro. Eran los aztecas, los habitantes de aquella tierra.

Takeshi se acercó a ellos con cautela, pero sin miedo. Los aztecas lo miraron con sorpresa y curiosidad, pero sin hostilidad. Se comunicaron con gestos y señas, y se dieron cuenta de que no eran enemigos. Los aztecas lo llevaron a su ciudad, que era una maravilla de arquitectura y arte. Allí lo presentaron ante su rey, que se llamaba Moctezuma.

Moctezuma quedó impresionado por la apariencia y las habilidades de Takeshi. Le preguntó de dónde venía y qué buscaba. Takeshi le contó su historia, y le dijo que quería conocer su cultura y aprender de ella. Moctezuma le dio la bienvenida, y le ofreció quedarse con ellos como un invitado de honor. Takeshi aceptó, y se sintió agradecido.

Así fue como Takeshi se convirtió en el primer y único ninja azteca. Aprendió su idioma, sus costumbres, sus creencias y sus ritos. Se hizo amigo de muchos aztecas, y se enamoró de una bella princesa. También les enseñó algunas de sus técnicas y secretos, y los ayudó a defenderse de sus enemigos. Takeshi fue feliz en su nueva vida, y nunca quiso volver a su antiguo mundo.

Esta es la leyenda del ninja azteca, un hombre que cruzó el mar y encontró un nuevo hogar. Su historia es un ejemplo de valor, aventura y tolerancia. Su espíritu vive en el corazón de los aztecas, y su nombre se recuerda con respeto y admiración.



Klamatcotl, el dios del Karma

En el antiguo imperio azteca, había un hombre llamado Avarotloat, que era el más rico y poderoso de todos. Poseía grandes extensiones de tierra, rebaños de animales y montañas de oro y joyas. Pero su riqueza no le bastaba, y siempre quería más. Engañaba, robaba y explotaba a los pobres, sin importarle su sufrimiento. Se creía superior a los demás, y se burlaba de los dioses.

Un día, Avarotloat decidió hacer un viaje por el mar, para comerciar con otras tierras y aumentar su fortuna. Llenó un enorme barco con todo su oro y sus joyas, y se embarcó con sus sirvientes y soldados. Pero lo que no sabía era que el dios Klamatcotl lo estaba observando desde el cielo.

Klamatcotl era el dios del Karma, el que equilibraba las acciones de los hombres con sus consecuencias. Estaba furioso con Avarotloat, por su avaricia y su crueldad. Así que decidió castigarlo, y le tendió una trampa. Se transformó en un hermoso pájaro, de plumas multicolores, y se posó en el mástil del barco. Avarotloat lo vio, y quedó deslumbrado por su belleza. Quiso atraparlo, para añadirlo a su colección.

—¡Traedme ese pájaro! —ordenó a sus sirvientes—. Es el más bello que he visto en mi vida. Los sirvientes intentaron coger al pájaro, pero este se les escapaba, volando de un lado a otro. Avarotloat se impacientó, y cogió un arco y una flecha. Apuntó al pájaro, y disparó. Pero el pájaro esquivó la flecha, y esta cayó al mar, provocando una gran ola. La ola golpeó el barco, y lo hizo tambalearse. Avarotloat se asustó, y ordenó a sus hombres que se alejaran de la costa. Pero el pájaro se burló de él, y le dijo:

—¿A dónde vas, Avarotloat? ¿No quieres atraparme? Ven, sígueme, te llevaré a un lugar donde hay más oro y joyas que en tu barco.

Avarotloat se dejó engañar por el pájaro, y olvidó su miedo. Pensó que el pájaro le revelaría el secreto de una isla misteriosa, donde podría encontrar más tesoros. Así que ordenó a sus hombres que siguieran al pájaro, y se adentraron en el mar.

Pero el pájaro los llevó a una trampa. Los condujo hacia una tormenta, que se desató con furia. El viento sopló con fuerza, y las olas se alzaron como montañas. El barco se sacudió violentamente, y empezó a hundirse. Avarotloat y sus hombres gritaron de terror, pero nadie los escuchó. El pájaro se burló de ellos, y les dijo:

—Este es tu castigo, Avarotloat. Has vivido de la avaricia, y morirás por ella. Has hecho sufrir a los pobres, y ahora sufrirás tú. Has desafiado a los dioses, y ahora ellos te juzgan. Has roto el equilibrio del karma, y ahora él se venga de ti.

Y diciendo esto, el pájaro se transformó en el dios Klamatcotl, y desapareció. El barco se hundió con todo su oro y sus joyas. Avarotloat y sus hombres se ahogaron. Nadie volvió a saber de ellos. Así fue como el dios Klamatcotl castigó a Avarotloat el avaro. Y así fue como enseñó a los hombres una lección: que el karma siempre se cumple, y que nadie puede escapar de él.



Zaútlaplat, el dios de la tecnología

Había una vez un joven náhuatl, llamado Saúl que trabajaba como reparador de computadoras en la ciudad de Puebla. Él joven era un chico muy inteligente y trabajador, siempre estaba dispuesto a ayudar a sus clientes con cualquier problema que tuvieran.

Un día, mientras trabajaba en una computadora, Saúl recibió una sobrecarga eléctrica que lo dejó inconsciente... Cuando despertó, se dio cuenta de que algo extraño había sucedido. Se sentía diferente, más fuerte y más poderoso que nunca antes.

Poco después, Saúl comenzó a tener sueños extraños y vívidos en los que se veía a sí mismo como un dios poderoso y temido. Al principio, pensó que eran solo sueños, pero pronto se dio cuenta de que algo había cambiado en él.

Con el tiempo, Saúl descubrió que se había convertido en un dios, el Zaútlaplat, el dios de la tecnología y la electricidad. Con su nuevo poder, él joven ayudó a la gente de Puebla a resolver sus problemas tecnológicos y a mantenerse conectados con el mundo.

Y así, el dios Zaútlaplat se convirtió en una leyenda en la ciudad de Puebla, un ser poderoso y benevolente que siempre estaba dispuesto a ayudar a los necesitados.

Con cariño para mí amigo Saúl Márquez Hernández.
Soporte Técnico.



Jechutoalok, el dios de los colores

Jesús, un joven mexicana, era un artista talentoso, pero nadie admiraba su trabajo. Una noche, el dios Otlazrakos visitó a la princesa Cóatlani y notó al joven triste. Le preguntó por su tristeza y Jesús le respondió que su pasión era dibujar y pintar, pero que nadie apreciaba su arte. Conmovido, Otlazrakos le ofreció la inmortalidad a cambio de pintar las estrellas de sus dominios y llenar la naturaleza de colores. Jesús aceptó y se convirtió en Jechutoalok, el dios de los colores.

Personaje dedicado a: Jesús Eduardo Hernández Torres, el mejor dibujante de lápiz sobre lienzo y el mejor editor de imágenes creadas por IA. Le pueden escribir a su ✉ jeht13@gmail.com
(Gracias por lo bello de tu amistad).



Klachopopo, el dios de los textos

Klachopopo, el dios de todos los textos antiguos, es el guardián de la verdad y la historia. Su sabiduría y su poder son incomparables, y su presencia es una bendición para todos aquellos que buscan la verdad y la justicia. Con su pluma dorada, Klachopopo escribe los textos antiguos con cuidado y atención, asegurándose de que la historia no sea reescrita por ningún espíritu del engaño. ¡Que su sabiduría y su poder guíen a todos aquellos que buscan la verdad!

Personaje dedicado a mi amigo: Juan Carlos Salazar Esparza.



Princesa Cóatlani

La princesa Cóatlani, hija de Cihuacóatl, era conocida por su belleza y nobleza. Un día, el dios de la destrucción, Otlazrakos, se enfureció y amenazó con destruir el universo. Cóatlani decidió enfrentarse a él y, con su astucia y encanto, logró conquistarlo. Otlazrakos se enamoró de ella y, en lugar de destruir el universo, decidió protegerlo.



Tlaínochtlaxi, mis dos grandes amores: Puerto Rico y México

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo, en una isla llamada Borikén (Puerto Rico), vivían los indios taínos. Ellos eran un pueblo pacífico y trabajador que adoraba a muchos dioses, pero uno de ellos era el más importante: Yuquiyú, el dios creador.

Un día, Yuquiyú decidió crear un nuevo dios que pudiera ayudar a los taínos en su vida cotidiana. Así, nació Tlaínochtlaxi, un dios híbrido que combinaba la fuerza de Huitzilopochtli, el dios más importante de los aztecas, con la sabiduría de Yuquiyú.

Tlaínochtlaxi era un dios muy especial, ya que nació del amor a dos lugares: Puerto Rico y México. Por eso, se convirtió en el protector de ambos lugares y de sus habitantes.

Los taínos adoraban a Tlaínochtlaxi y le ofrecían ofrendas y sacrificios para pedir su protección. Con el tiempo, Tlaínochtlaxi se convirtió en uno de los dioses más importantes de la cultura taína y su legado se ha mantenido vivo hasta nuestros días.

Dedicado a los dos grandes amores de mi vida Puerto Rico y México.



Tlahuilizaplan, el dios de las águilas

Ahuilizapan era un guerrero feroz que vivía al servicio del rey olmeca, un hombre cruel y ambicioso que quería conquistar todas las tierras vecinas. Ahuilizapan era el mejor soldado de su ejército, y siempre cumplía las órdenes del rey sin cuestionarlas. Sin embargo, su corazón se ablandó cuando conoció a Nahuani, la hija del rey, una princesa hermosa y bondadosa que le enseñó el valor del amor y la paz.

Un día, en batalla, Ahuilizapan cayó herido de muerte por una flecha enemiga. Al ver que su vida se escapaba, le suplicó a Tlahuilizaplan, el dios de las águilas, que le brindara una oportunidad de vivir para seguir protegiendo a su rey y a la princesa Nahuani, quienes eran su razón de vivir por encima de todo.

Tlahuilizaplan nunca había intervenido en los asuntos de los hombres, pero le conmovió la lealtad y el gran amor de Ahuilizapan. Así que le concedió la vida al guerrero, pero como un águila. Sin embargo, el dios pagaría un precio muy caro por intervenir en los asuntos de los humanos.

Cuando Ahuilizapan se lanzó contra la tierra, se convirtió en el volcán del pico de Orizaba, él desde entonces vigila las tierras olmecas con su imponente presencia. Los demás dioses castigaron a Tlahuilizaplan y lo convirtieron en piedra con un hermoso penacho de plumas de águila y colibrí. Ese fue el mensaje que dejaron los dioses para que ningún otro dios interviniera en los asuntos de los hombres.

Nahuani, al enterarse de lo ocurrido, lloró amargamente la pérdida de su amado. Decidió renunciar a su vida de princesa y dedicarse a ayudar a los pobres y los enfermos. Su bondad se hizo tan famosa que muchos la consideraron una santa. Cuando murió, se dice que su alma se unió a la de Ahuilizapan, y qué juntos volaron por el cielo como dos águilas enamoradas, contemplando la estatua de piedra del dios Tlahuilizaplan.



La ambición de Tezcatlipoca

Entre el mundo de los dioses, había un dios llamado Tezcatlipoca, que era el señor de la oscuridad y el cambio. Tezcatlipoca era muy poderoso, pero también muy orgulloso y ambicioso. Quería ser el único dios, y gobernar sobre todo lo que existía.

Un día, se enteró de que su padre, Ometéotl, el dios creador, vivía en el decimotercero cielo, el más alto y sagrado de todos. Ometéotl era el origen de todo, y tenía el poder de dar y quitar la vida. Tezcatlipoca pensó que, si podía derrotar a su padre, podría tomar su lugar y su poder.

Así que se vistió de león con todas las vestimentas de los dioses aztecas, y subió al cielo número 13 para desafiar a Ometéotl. Al llegar, vio a su padre sentado en un trono de oro, rodeado de luz y armonía. Tezcatlipoca le gritó:

—¡Padre, he venido a reclamar tu trono! ¡Yo soy el único dios verdadero, y tú no eres más que una sombra de mí!

Ometéotl lo miró con tristeza y compasión, y le dijo:

—Hijo, no sabes lo que dices. Yo soy el principio y el fin de todo, y tú eres solo una parte de mí. No cometas el error de desafiarme, o te arrepentirás.

—¡No me amenes, viejo! ¡No tienes nada que hacer contra mí! ¡Yo soy el dueño de la oscuridad, el cambio, el conflicto y la magia! ¡Yo puedo hacer lo que quiera, y nadie puede detenerme!

—Hijo, no seas necio. La oscuridad no es nada sin la luz, el cambio no es nada sin la estabilidad, el conflicto no es nada sin la paz, y la magia no es nada sin la realidad. Tú no puedes hacer lo que quieras, porque todo tiene un orden y un equilibrio. Si rompes ese equilibrio, solo causarás destrucción y sufrimiento.

—¡Basta de palabras! ¡Demuéstrame tu poder, si es que lo tienes!

Y diciendo esto, Tezcatlipoca le lanzó una de sus garras envenenada a su padre. Ometéotl la esquivó con facilidad, y se la devolvió envuelta en un rayo de luz. Así comenzó una batalla terrible

entre el padre y el hijo, que duró muchos días y noches. Tezcatlipoca usó toda su astucia y su magia para atacar a Ometéotl. Cambiaba de forma constantemente, y se convertía en diferentes animales y elementos. Un momento era un león celestial, otro un viento nocturno, otro un espejo humeante. Usaba su pie de serpiente o de obsidiana para golpear a su padre, y le lanzaba hechizos y maldiciones.

Ometéotl usó toda su sabiduría y su poder para defenderse de Tezcatlipoca. Seguía cada movimiento de su hijo, y se adaptaba a cada forma que tomaba. Un momento era un águila, otro un sol radiante, otro un lago tranquilo. Usaba su mano de oro o de jade para bloquear a su hijo, y le lanzaba bendiciones y lecciones.

La batalla fue tan violenta que afectó a todo el universo. Los soles de los cuatro mundos anteriores, que estaban guardados en el cielo, se rompieron y cayeron a la tierra, causando incendios y terremotos. Los otros dioses, que vivían en los cielos inferiores, se asustaron y se escondieron. Los humanos, los animales y las plantas, que habitaban en la tierra, sufrieron y murieron. El mundo entero estaba al borde del colapso.

Los otros hijos de Ometéotl, los Tezcatlipocas de los cuatro puntos cardinales, vieron lo que estaba pasando, y decidieron intervenir. El Tezcatlipoca rojo, que era el dios de la guerra y el sacrificio, se unió a la batalla, y trató de ayudar a su hermano negro a derrotar a su padre. El Tezcatlipoca blanco, que era el dios de la sabiduría y la civilización, y que también se llamaba Quetzalcóatl, se opuso a la batalla, y trató de convencer a su hermano negro de que se rindiera. El Tezcatlipoca azul, que era el dios de la lluvia y la fertilidad, y que también se llamaba Tláloc, se preocupó por el mundo, y trató de apagar los incendios y calmar los terremotos. El Tezcatlipoca amarillo, que era el dios de la muerte y el inframundo, y que también se llamaba Mictlantecuhtli, se alegró por el mundo, y trató de recoger las almas de los muertos.

Así, la batalla se volvió más compleja y caótica, y nadie sabía cómo iba a terminar. Algunos dicen que Tezcatlipoca negro fue derrotado y expulsado del cielo por su padre, que le perdonó la vida, pero le quitó su poder. Otros dicen que Tezcatlipoca negro logró herir a Ometéotl, pero no pudo matarlo, y que ambos se reconciliaron y se repartieron el dominio del universo. Otros más dicen que la batalla sigue hasta el día de hoy, y que cada vez que hay un eclipse, es porque Tezcatlipoca negro intenta devorar al sol, que es una manifestación de Ometéotl.

Lo que sí se sabe es que la batalla causó mucho daño al mundo, y que los otros dioses tuvieron que intervenir para restaurar el equilibrio. Quetzalcóatl, el hermano de Tezcatlipoca negro, se encargó de crear a los humanos con los huesos de los antiguos habitantes del mundo, que habían muerto en el cataclismo. También les dio el maíz, el fuego y el calendario, para que pudieran vivir y prosperar. Los otros dioses también ayudaron a los humanos por amor, dándoles diferentes dones y protegiéndolos de los peligros. Así, el mundo se llenó de vida y cultura, gracias a la intervención divina.

Esta es la leyenda de Tezcatlipoca y Ometéotl, el padre y el hijo, el creador y el destructor, el orden y el caos. Esto nos enseña que todo tiene un equilibrio, y que debemos respetar a nuestros padres y a nuestros hermanos, porque todos somos parte de un mismo ser.



La leyenda de la motora maldita

Hace mucho tiempo, en la capital de México, había un joven muy guapo hijo de un hacendado rico. Por su posición social, humillaba a todos en su pueblo y su padre gozaba de las travesuras de su hijo. Para mostrar su poder, el hacendado compró una motora Harley-Davidson y de vez en cuando se la prestaba a su hijo.

Una noche, el joven soberbio quiso que por la fuerza una humilde campesina subiera con él a la motora. La joven se llamaba Lupita, y era la hija de un anciano sabio que conocía los secretos de los dioses. Al negarse, Lupita fue azotada en la hacienda hasta casi matarla a golpes. La aldea donde vivía la joven logró rescatarla, pero la encontraron muy malherida y desfallecida.

El padre de Lupita, al ver a su hija casi moribunda, hizo un pacto con el dios Ehecatl, el señor y dueño del viento y uno de los creadores del mundo. Le entregó su alma a cambio de la muerte del hijo del hacendado, y le pidió que castigara su arrogancia y crueldad.

Luego de unos días, Lupita se recuperó milagrosamente y el hijo del hacendado murió decapitado en la motora. Cuentan en el pueblo que desde año 1908 el dios Ehecatl se apoderó de la máquina y la convirtió en un instrumento de venganza. Desde entonces, el 2 de noviembre de cada año, se ve el espíritu de Ehecatl manejando la motora por todo el centro de México con la cabeza del joven en la mano como recordatorio de todo aquel que quiera abusar del más humilde.



Xolotzal, la protectora de los bosques

Cuando los dioses aún caminaban por la tierra admirando sus creaciones, había una diosa que se distinguía entre los demás dioses. Su nombre Xochiquétzal, es la diosa de la belleza y de las flores, se enamoró de los bosques que cubrían las montañas. Ella admiraba la variedad y el colorido de las plantas, los animales y los ríos que formaban parte de ese ecosistema. Ella decidió crear una criatura especial que fuera su guardiana y su compañera. Así nació Xolotzal, una pequeña y adorable criatura con forma de perro y alas de colibrí. Xolotzal tenía el don de comunicarse con todos los seres vivos y de sentir sus emociones. Ella era muy feliz en los bosques y jugaba con los demás animales.

Sin embargo, no todo era paz y armonía. Los hombres, codiciosos y ambiciosos, empezaron a talar los árboles para construir sus casas y sus ciudades. Ellos no respetaban la naturaleza ni a sus habitantes. Ellos solo pensaban en su beneficio y en su comodidad. Xochiquétzal se enfureció al ver cómo los hombres destruían su obra más preciada. Ella decidió castigarlos y proteger los bosques. Ella tomó a Pelamis Platura, la serpiente más venenosa del mar, y le extrajo su veneno. Luego, le dio ese veneno a Xolotzal y le ordenó que lo usara contra los leñadores.

Xolotzal obedeció a su creadora y se convirtió en su instrumento de venganza. Ella se acercaba a los hombres con dulzura y les pedía que tocaran su suave cabeza. Los leñadores, engañados por su aspecto inocente, accedían sin sospechar su fatal destino. Xolotzal lamía la mano de quien la tocaba y le inyectaba el veneno de la serpiente marina. El veneno era tan potente que mataba al instante a sus víctimas. Así, Xolotzal cumplía con su deber sagrado de castigar a los que dañaban la naturaleza y de preservar la vida y la belleza de los bosques.

Con el tiempo, los hombres se enteraron de la existencia de Xolotzal y le temieron. Ellos le pusieron el nombre de "la muerte mágica" y evitaron entrar en los bosques. Algunos intentaron cazarla y matarla, pero nunca lo lograron. Xolotzal era muy astuta y escurridiza. Ella siempre se escapaba de las trampas y las redes. Ella contaba con la ayuda de los demás animales, que le avisaban de los peligros y le daban refugio.

Así, Xolotzal se convirtió en una leyenda que se cuenta hasta el día de hoy. Algunos dicen que todavía vive en los bosques y que sigue protegiéndolos de los hombres. Otros dicen que se fue con Xochiquétzal al cielo y que se convirtió en una estrella. Lo cierto es que nadie sabe a ciencia cierta qué pasó con Xolotzal, la criatura tierna y encantadora que tenía el veneno más letal.



El quinto leño

Según los textos antiguos, en los libros de Klachopopo se dice que cinco dioses se reunieron para mantener bajo tierra a Mictlantecuhtli, en ello hicieron un pacto que cada 2 febrero de cada año se haga una fogata para contener el espíritu destructivo de Mictlantecuhtli.

Por ello, Huitzilopochtli entrega el primer leño diciendo:

—Hasta que tu espíritu no deje la sed de venganza, estarás en el centro de la tierra rodeado de su intenso calor.

Mixcóatl entrega su leño y dice:

—De mi parte jamás saldrás del inframundo. Has llevado por milenios el caos y la maldad al corazón del hombre para que se maten entre sí. Cuando mi leño se consuma con las llamas, saldrá una tempestad para devorar tu espíritu si te escapas del inframundo. ¡Quedas advertido!

Quetzalcóatl entrega su leño y dice:

—Me arranqué una pluma del corazón y la até a este leño para llevar paz a la ira de tu espíritu, espero un día volver a sentarme a tu lado en el Tlalocan y poder abrazarte como una vez lo hicimos.

Tláloc entrega su leño y dice:

—Mientras tu espíritu no se extinga, no habrá tranquilidad para los dioses; por ello, si te escapas del inframundo, cuando mi leño se consuma por las llamas, del cielo caerá un mar de agua para ahogarte y jamás volver a saber de ti.

Tonacatecuhtli entrega su leño y dice:

—Entrego el quinto leño a la humanidad para que su fuego contenga al espíritu de Mictlantecuhtli, si se escapa. Cuando mi leño se consuma con las llamas, saldrá la semilla de los árboles y sus raíces envolverán a su espíritu hasta destruirlo. No le deseo el mal, pero él debe estar donde merece.



Plaloxochitlit la niña ángel colibrí

Cuando los aztecas dominaban el valle de México, vivía una joven hija de un poderoso guerrero, que la había educado en el arte de la guerra y la había enseñado a manejar el arco, la flecha, la lanza y el escudo, por si algún día eran atacados. Ella quería ser una guerrera valiente y hábil, que no le temiera a nada ni a nadie. Su sueño era convertirse en una de las elegidas de Huitzilopochtli, el dios de la guerra y el sol, que se representaba con un yelmo de plumas de colibrí en la cabeza. La joven tenía una gran admiración y respeto por los colibríes, que eran las aves más hermosas y sagradas para los aztecas. Creía que eran las almas de los guerreros caídos que acompañaban al sol en su viaje diario, y que le daban fuerza y luz al mundo. Ella solía alimentar a los colibríes con el néctar de las flores, y les hablaba con dulzura y cariño. Los colibríes se acercaban a ella sin miedo, y le agradecían su bondad con sus trinos y sus colores.

Un día, la joven recibió la noticia de que los españoles y sus aliados indígenas habían llegado a las puertas de Tenochtitlán, la gran ciudad de los aztecas. Su padre le dijo que debía prepararse para la batalla, y que debía defender su tierra, su pueblo y su fe con su vida. La joven muy entusiasta aceptó el reto, y se vistió con su armadura y sus armas. Antes de partir, se despidió de los colibríes, y les pidió que la protegieran y la guiaran en la lucha. Los colibríes le prometieron que estarían con ella, y que no la abandonarían jamás.

Ella, con apenas catorce años de edad, se unió al ejército azteca, que estaba comandado por Cuauhtémoc, el último tlatoani, rey de los aztecas. Juntos, se enfrentaron a los invasores, que tenían armas de fuego, caballos y cañones. La batalla fue feroz y sangrienta, y muchos cayeron por ambos lados. La joven luchó con valor y destreza, y logró herir y matar a varios enemigos. Sin embargo, su suerte cambió cuando un soldado español le disparó con su arcabuz, y le atravesó el pecho con una bala. La joven cayó al suelo, y sintió que su vida se escapaba.

En ese momento, apareció una figura luminosa en el cielo, que tenía forma de mujer con alas de mariposa y garras de jaguar. Era Itzpapalotl, la diosa de la guerra, el fuego y las estrellas, que había visto la batalla desde su trono en Tamoanchan, el paraíso de las almas de los niños y las mujeres muertas. *La diosa se acercó a la joven, y le dijo:*

—No temas, hija mía. Has luchado con honor y coraje, has demostrado tu amor por tu tierra y tu pueblo. Has sido una de las elegidas de Huitzilopochtli, el dios de la guerra y el sol, que te ha enviado a mí para que te convierta en mi hija. Te llamaré Plaloxochitlit, que significa "flor de fuego" o "flor de obsidiana", porque eres bella y fuerte como una flor, y ardiente y dura como la obsidiana. Te daré alas de colibrí, para que vuelas libre y soberana por el cielo, y para que acompañes al sol en su viaje diario. Serás la protectora de los colibríes, que son tus hermanos, y de las flores, que son tus amigas. Serás la guerrera de la luz y la vida, y la mensajera de los dioses y sus dones.

Dicho esto, la diosa tocó el cuerpo de Plaloxochitlit, y lo transformó en un ángel colibrí, que tenía plumas de todos los colores, y que brillaba como una estrella. Plaloxochitlit se sintió llena de alegría y paz, y agradeció a la diosa por su regalo. Luego, se elevó por el aire, y se unió a los demás colibríes, que la recibieron con júbilo y admiración. Juntos, volaron hacia el sol, y le dieron fuerza y luz al mundo.

Así nació la leyenda de Plaloxochitlit, la hija de Itzpapalotl, la diosa de la guerra, el fuego y las estrellas. Desde entonces, los aztecas la veneran y la respetan, y le ofrecen flores y cantos. Dicen que cuando ven un colibrí, es Plaloxochitlit que les visita, y que les trae suerte y bendiciones. Dicen que cuando oyen un trino, es Plaloxochitlit que les habla, y que les dice que no pierdan la esperanza y la fe. Dicen que cuando sienten una brisa, es ella que les acaricia, y que les dice que los ama y los protege.



Zintlix, el colibrí que quiso ser jaguar

Hace mucho tiempo, en una tierra lejana, vivía un colibrí que se llamaba Zintlix. Él era un colibrí muy especial, pues él sentía que tenía el corazón de un jaguar. Desde pequeño, admiraba a los jaguares que reinaban en la selva, y soñaba con ser uno de ellos. Quería tener su fuerza, su velocidad, su rugido y su majestuosidad.

Pero Zintlix era solo un colibrí, y nadie lo tomaba en serio. Los otros colibríes se burlaban de él por sus fantasías, y los jaguares se lo querían devorar por su insignificancia. Zintlix se sentía solo y triste, y deseaba con todas sus fuerzas cambiar su destino.

Un día, Zintlix se enteró de que había un lugar sagrado donde los dioses escuchaban las plegarias de los animales. Era una cueva oculta en lo más profundo de la selva, custodiada por una gran águila. Un día Zintlix decidió ir a ese lugar, y pedirles a los dioses que lo convirtieran en un jaguar.

Zintlix con mucho entusiasmo emprendió su viaje, sorteando los peligros de la selva. Tuvo que esquivar a las serpientes, a las arañas, a los monos y a los cazadores. Después de varios días, llegó a la entrada de la cueva, donde el águila sorprendida le pregunta:

—¿Quién eres tú, y qué quieres? —le preguntó el águila con voz severa.

—Soy Zintlix, el colibrí, y vengo a pedirle un favor a los dioses —respondió él con mucha valentía.

—¿Un favor? ¿Qué favor? —inquirió el águila con curiosidad.

—Quiero que me conviertan en un jaguar —respondió Zintlix sin titubear.

El águila se echó a reír, y dijo:

—¿¡Un jaguar!? ¿Tú, un jaguar? ¡Eso es imposible! ¡Eres demasiado pequeño, demasiado débil, demasiado diferente! ¡Los dioses no te concederán ese deseo!

—Por favor, señor águila, déjeme pasar. Tengo el derecho de hablar con los dioses. Tal vez ellos me escuchen y me ayuden —suplicó de rodillas Zintlíxi.

—Está bien, está bien, ¡pasa! Pero no esperes nada. Los dioses son caprichosos, y no les gusta que los molesten por tonterías

—concedió el águila, apartándose del camino.

Zintlíxi entró en la cueva temblando de miedo, pero aun así se adentró en la oscuridad. Al cabo de un rato, llegó a una gran sala iluminada por una luz misteriosa. Allí estaban los dioses, sentados en sus tronos, rodeados de ofrendas y adornos.

Zintlíxi se acercó con respeto, y se postró ante ellos. Luego, alzó la voz con mucho respeto, y dijo:

—¡Oh, dioses!, los más poderosos, los más sabios, los más bondadosos. Vengo a pedirles un favor, el más grande de mi vida. Quiero que me conviertan en un jaguar, el animal más noble, más fuerte, más hermoso. Quiero ser como ellos, y vivir como ellos. Por favor, hagan realidad mi sueño. Los dioses se miraron entre sí, y se pusieron a murmurar. Algunos se mostraban sorprendidos, otros divertidos, otros molestos. Finalmente, uno de ellos, el más anciano, el más respetado, el más temido, tomó la palabra, y dijo:

—Zintlíxi, eres un colibrí caprichoso, pero a pesar de todo hemos oído tu petición, y nos ha parecido muy extraña. ¿Por qué quieres ser un jaguar, si eres un colibrí? ¿No te das cuenta de que eres un ser único, y que tienes dones que ningún otro animal posee? ¿No sabes que puedes volar, que puedes libar el néctar de las flores, que puedes brillar con tus plumas? ¿No te sientes orgulloso de ser lo que eres?

—Gracias, señor dios, por sus palabras. Pero no me siento feliz siendo un colibrí. No me siento aceptado, ni respetado, ni admirado. Quiero ser un jaguar, y tener su prestigio, su poder, su libertad. Por favor, háganme ese favor, se lo ruego —Zintlíxi insistió con súplicas.

—Zintlíxi, el colibrí imprudente, tu deseo es muy difícil de cumplir. Implica cambiar tu naturaleza, tu forma, tu esencia. Implica renunciar a lo que eres, y a lo que podrías ser. Implica arriesgarte a perder tu identidad, y tu felicidad. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó el dios de forma asertiva y con mucha seriedad.

—Sí, señor dios, estoy seguro. Quiero ser un jaguar, y nada más. Siempre he soñado con ello. Por favor, háganlo —respondió Zintlíxi con determinación inquebrantable.

—Está bien, Zintlíxi, el colibrí imprudente. Hemos escuchado tu súplica, y hemos decidido concederte tu deseo. Pero debes saber que hay una condición. Si te convertimos en un jaguar, no podrás volver a ser un colibrí. Será un cambio irreversible, y tendrás que asumir las consecuencias. ¿Estás de acuerdo? —dijo el dios con solemnidad.

—Sí, señor dios, estoy de acuerdo. Acepto la condición. Quiero ser un jaguar, y nada más. Por favor, háganlo —repitió Zintlíxi con determinación.

—Muy bien, Zintlíxi. Que así sea. Te convertiremos en un jaguar, y te daremos lo que quieres. Pero recuerda: no podrás volver atrás. Serás un jaguar, y nada más —sentenció el dios con autoridad.

Entonces, los dioses levantaron sus manos, y lanzaron un rayo de luz sobre Zintlíxi. El colibrí sintió un dolor insoportable, y se desmayó. Cuando despertó, se encontró con que ya no era un colibrí,

sino un jaguar con alas. Tenía el cuerpo grande, el pelaje manchado, los colmillos afilados, las garras poderosas. Se sintió feliz, y rugió con fuerza.

—¡Lo logré! ¡Soy un jaguar! ¡Soy un jaguar! —exclamó Zintlixí con alegría.

Zintlixí, antes de salir de la cueva, preguntó: ¿Por qué me dejaron las alas? Los dioses guardaron silencio y le ordenaron que se fuera de la cueva.

Zintlixí, a pesar de todo muy feliz, se dirigió a la selva. Quería presumir de su nueva apariencia, y demostrar su nueva habilidad. Quería cazar, pelear, dominar, y reinar. Quería ser el mejor, el más grande, el más temido. Quería ser un jaguar, y nada más.

Pero pronto, Zintlixí se dio cuenta de que ser un jaguar no era tan fácil, ni tan divertido, como él pensaba. Se encontró con que los otros jaguares no lo aceptaban por sus alas, y lo veían como un intruso, un rival, un engendro de la naturaleza. Zintlixí tuvo que luchar por su territorio, por su comida, por su supervivencia. Zintlixí sufrió varias heridas, hambre y soledad. Entonces se sintió triste, y añoró su antigua vida.

Zintlixí extrañó volar por el cielo, y sentir el viento en sus alas. Pero por su gran cuerpo ya no podía volar, a pesar de que tenía alas. Lo más que extrañaba era libar el néctar de las flores, y saborear su dulzura. Extrañó brillar con sus plumas, y reflejar la luz del sol. Extrañó a sus amigos, a su familia, a su comunidad. Extrañó ser un colibrí, y nada más.

Zintlixí, se arrepintió de su decisión, y quiso volver a ser un colibrí. Pero recordó las palabras de los dioses, y supo que era imposible. Había renunciado a su naturaleza, a su forma, a su esencia. Había perdido su identidad, y su felicidad. Era un jaguar, y nada más.

Zintlixí lloró y se lamentó. Pero ya era tarde. Los dioses no lo escucharon, ni lo ayudaron. Él se quedó solo, y desdichado. Era un jaguar, y nada más.

Y así terminó la leyenda del colibrí que quería ser un jaguar.

Nota del autor:

Muchas veces en la vida queremos ser como alguien más, sin mirarnos profundamente frente a un espejo para ver lo mejor de nosotros. Debemos ser nosotros mismos con nuestras virtudes y defectos, cada cual es incomparable en su esencia. A la hora de nuestra partida a la eternidad, todos seremos cenizas en el baúl del olvido.





La batalla final

Quetzalcóatl se había enterado de que el espíritu de Cipactli se había escapado de la prisión del fondo del océano, en donde una vez lo dejó, luego que usarán su cuerpo para crear el cielo y la tierra. Cipactli juró que se vengaría y cuando salió del mar lanzó un grito que retumbó en el Tonatiuhichan donde estaba Quetzalcóatl, visitando el paraíso del sol, donde los guerreros que murieron en batalla van a disfrutar del paraíso. Quetzalcóatl, enfurecido, toma su espada, la envuelve en fuego, transforma sus plumas en alas y su cuerpo lo transforma en un demonio lleno de una ira incontrolable, quiere terminar por fin lo que una vez empezó.

Quetzalcóatl se lanzó desde cielo, dispuesto a enfrentar a Cipactli, por última vez, el monstruo que había amenazado su obra. Cipactli, por su parte, se había transformado en una gigantesca criatura horrible de cuatro brazos, con garras devoradoras de espíritus, con piel resbaladiza de anguila y colmillos de obsidiana. Su cuerpo era tan horripilante que asustó a los dioses. Quetzalcóatl tenía que detenerlo de inmediato, ya que el cuerpo de Cipactli seguía creciendo y podría destruir el mundo entero, y su aliento era tan venenoso que mataba los peses del mar que se cruzaban en su camino.

Los dos se encontraron en el horizonte, donde el sol se ponía en un mar de fuego. Quetzalcóatl se abalanzó sobre Cipactli, pero este lo esquivó con una rápida sacudida de su cola. Quetzalcóatl volvió a atacar, pero Cipactli lo mordió en el ala, haciéndole caer al agua. Quetzalcóatl se liberó de su mandíbula y le asestó un corte en el cuello, pero Cipactli se curó al instante, pues su sangre era el agua del mar.

La batalla continuó así por un tiempo, sin que ninguno de los dos pudiera vencer al otro. Quetzalcóatl se dio cuenta de que Cipactli era invencible en su elemento, y que debía sacarlo de ahí para poder derrotarlo. Entonces, tuvo una idea. Usó su magia para crear una ilusión de una hermosa mujer que apareció flotando sobre las olas. Sabía que su esencia de cocodrilo lo llevaría a la mujer. Cipactli se distrajo al verla y se acercó a ella, olvidándose de Quetzalcóatl, tan pronto Cipactli se descuidó, Quetzalcóatl aprovechó ese momento para clavar su espada en el corazón del espíritu Cipactli, y con un grito de dolor, el monstruo se desplomó en el mar, ya su espíritu había sido exterminado y jamás volvería aparecer de nuevo.

Quetzalcóatl se sintió aliviado, pero también triste. A pesar de todo, Cipactli había sido parte de su primera creación y gracias a su cuerpo había dado forma al mundo. Quetzalcóatl recordó cuando usó el cuerpo de Cipactli para crear las montañas, los ríos, los bosques y los animales. Con la ayuda de Tezcatlipoca. Así, Quetzalcóatl completó su obra, y regresó al Tonatiuhichan, donde fue recibido como un héroe.



Mictlantecuhtli se escapa del Inframundo

Cuentan los textos antiguos en los libros de K'lachopopo, que Quetzalcóatl falló al pacto del quinto leño por salvar al mundo de Cipactli. Se dice que Mictlantecuhtli ayudó a Cipactli a escaparse de las profundidades del océano para poder salir y así enfrentar a todos los dioses que lo condenaron al inframundo, donde su espíritu ardía en fuego. Los demás dioses estuvieron presentes en el día de la candelaria, como lo habían pactado, pero al no estar Quetzalcóatl y no encender su leño, quedó una fisura abierta entre el inframundo y el mundo de los seres vivos, por donde se escapó Mictlantecuhtli. Su aspecto era infernal: tenía alas de fuego y en ellas llevaba los espíritus de los guerreros que habían caído en batalla, gritando por su libertad. Mictlantecuhtli se había vuelto muy poderoso y ahora, en la tierra de los vivos, su poder sería inmenso, pues de cada ser humano que devoraba, alimentaba su espíritu y su poder.

Se escuchó desde el séptimo cielo a Huitzilopochtli gritar, llamando a todos los dioses. Tenían que enfrentar a Mictlantecuhtli, que ya había devorado a muchos humanos, y su poder era insuperable.

Los dioses se reunieron en el templo de Ilhuícatl Xoxouqui, donde Huitzilopochtli les dio su plan de batalla. Debían atacar a Mictlantecuhtli por todos los frentes, usando sus armas y sus poderes. Quetzalcóatl se disculpó por su ausencia y se ofreció a liderar el ataque por el aire. Tláloc se encargaría de controlar el agua y las tormentas. Tezcatlipoca usaría su espejo humeante para confundir y engañar a Mictlantecuhtli. Xochiquétzal y Xipe Tótec invocarían a las flores y a la primavera para debilitar su fuego. Y así, cada dios aportaría su don y su fuerza para vencer al señor del inframundo.

La batalla es épica y dolorosa para los dioses. Mictlantecuhtli no se deja vencer fácilmente. Con sus garras y sus colmillos, desgarró a muchos dioses y humanos. Con sus alas de fuego, quemó y destruyó todo lo que encontró a su paso. Con sus espíritus guerreros, sembró el terror y el caos. Pero los dioses no se rindieron. Con su valor y su astucia, lograron herir y debilitar a Mictlantecuhtli. Con su unión y su amor, lograron resistir y contraatacar.

La batalla llegó a su punto culminante cuando Quetzalcóatl y Huitzilopochtli se enfrentaron a Mictlantecuhtli desde el cielo. Los tres dioses se lanzaron rayos, fuego y viento, haciendo temblar la tierra y el firmamento. En un momento de descuido, Mictlantecuhtli mordió el cuello de Quetzalcóatl, haciendo que su fuerza divina se derramara por el cielo. Quetzalcóatl, con un último esfuerzo, clavó su lanza en el pecho de Mictlantecuhtli, haciendo que se detuviera por un momento. Huitzilopochtli, con un grito de furia, cortó las alas de Mictlantecuhtli, haciendo que su fuego se apagara.

Los tres dioses cayeron al suelo, cansados, habían usado todo su poder para destruirse entre ellos. El impacto de la caída de los dioses fue tan grande, que la luna sufrió la ira de la batalla y algunos pedazos cayeron desde el cielo. Se dice que un dios poseyó a la luna y la volteó para que nadie recordara la feroz batalla que casi destruye al mundo, por ello desde la tierra solo se puede ver una sola cara de la luna. Los demás dioses y los humanos que pudieron ver la batalla contemplaron con horror y admiración aquel histórico suceso. Hasta el día de hoy, los dioses no saben en dónde se esconde Mictlantecuhtli, hay temor en cada cielo por si el rey del inframundo regresa con su sed de venganza.



La flor de la creación

Hace mucho tiempo, cuando el universo era oscuro y reinaba el silencio, habitaba un ser que era dueño de las penumbras. Él era muy feliz en su mundo, pero un día se cansó de sentirse solo y chasqueó sus dedos. Entonces creó una bella flor, que al poco tiempo se contrajo tanto que un día estalló y creó miles de estrellas. Nacieron mundos infinitos y el universo se llenó de luz. También nacieron muchos dioses, pero el primero en nacer fue Huitzilopochtli, en una cuna de nubes. La flor le concedió la vida eterna y un espíritu inmortal. Ella lo cuidó por muchos milenios, hasta que él se convirtió en un ser poderoso. Un día, Huitzilopochtli le preguntó a la flor:

—¿Por qué, si hay tantos mundos, vivo entre nubes y no me permites salir de aquí?

Le respondió la flor:

—Tú has sido mi creación más bella. Fuiste el primero de todos los seres divinos que nacieron cuando mis tallos llenos de energía estallaron. Te construí este hermoso hogar, al que llamé el séptimo cielo. Serás un ser divino que creará vida y seres que te protejan. También debes crear criaturas en los mundos solitarios, para que el ciclo de la vida sea infinito. Tienes que cuidarme, porque si pierdo un pétalo, la creación del universo será un caos y toda la vida que engendré con mis tallos desaparecerá. Debes esconderme de mi creador, porque si me encuentra, será el fin para todos nosotros.



La trama de las apariencias

Se cuenta que una vez, hace muchos años, cuando el sol aún era tibio para el mundo, vivía en el cielo una diosa llamada Itzpapalotl, la mariposa de obsidiana. Ella era la diosa símbolo de la agricultura, la vegetación, el fuego, las estrellas y el inframundo, y tenía el poder de cambiar de forma a voluntad. A veces se le veía como una mujer hermosa con alas de mariposa, otras como una fiera con garras de jaguar, y otras como una serpiente emplumada.

Itzpapalotl era la líder de las tzitzimime, unas criaturas femeninas que se transformaban en estrellas durante el día y en aves de rapiña durante la noche. Estas aves tenían la misión de devorar al sol y a la luna durante los eclipses, y también de atacar a los humanos que se aventuraban en el Mictlán, el reino de los muertos, donde Itzpapalotl reinaba junto con su esposo, el dios Mictlantecuhtli.

Itzpapalotl era una diosa ambiciosa y orgullosa, que quería dominar todo el cosmos y el destino de la humanidad. Ella se consideraba superior a los demás dioses, y los desafiaba constantemente. Entre sus rivales estaban los dioses solares, como Tezcatlipoca, el dios del espejo humeante, y Quetzalcóatl, el dios de la serpiente emplumada, quienes la habían expulsado del cielo por haber seducido a Quetzalcóatl y haberle robado su poder.

Pero el rival más odiado por Itzpapalotl era Huitzilopochtli, el dios del sol y de la guerra, quien era su nieto. Huitzilopochtli había nacido de la diosa Coatlicue que algunos llamaron la flor de la creación y otros la diosa de la tierra, quien había quedado embarazada al tocar una pluma que cayó del cielo. Los hijos de Coatlicue, los dioses de la noche, se enfurecieron al ver que su madre iba a dar a luz a un nuevo dios, y decidieron matarla. Pero Huitzilopochtli nació antes de que lo hicieran, y los mató a todos para defender a su madre.

Huitzilopochtli era el dios más poderoso y valiente de todos, y tenía el aspecto de un guerrero de piel azul con plumas de colibrí en la cabeza. Su nombre significaba "colibrí zurdo" o "colibrí del sur", y se dice que el colibrí su espíritu era náhuatl o animal. Los colibríes tenían la misión de llevar los buenos pensamientos y deseos de un lugar a otro, y también de comunicar a los vivos con los muertos en el Mictlán. Los colibríes eran considerados sagrados y nadie podía cazarlos o dañarlos.

Huitzilopochtli era el guía principal de los mexicas o aztecas, un pueblo que había salido de Aztlán, la tierra de las garzas, en busca de una nueva patria. Huitzilopochtli les había prometido que les mostraría el lugar donde debían fundar su ciudad, y que sería el más hermoso y próspero de todos. Huitzilopochtli les había dicho que buscaran una señal: un águila posada sobre un nopal, devorando una serpiente.

Los mexicas siguieron la voz de Huitzilopochtli, y caminaron por muchos años, enfrentando todo tipo de peligros y dificultades. Pero nunca perdieron la fe ni la esperanza, y siempre confiaron en su dios. Un día, llegaron a un lago, y vieron la señal que esperaban: un águila posada sobre un

nopal, devorando una serpiente. Era el lugar que Huitzilopochtli les había prometido, y allí fundaron su ciudad, que llamaron Tenochtitlan, el lugar del nopal.

Los mexicas se establecieron en Tenochtitlan, y construyeron un gran templo en honor a Huitzilopochtli, donde le ofrecían sacrificios humanos para alimentar su fuego y su fuerza. El dios supremo Huitzilopochtli estaba muy contento con su pueblo, y les daba su protección y su bendición. Los mexicas se convirtieron en el imperio más poderoso y respetado de Mesoamérica, y extendieron su dominio y su cultura por todas partes.

Pero Itzpapalotl no estaba contenta con el éxito de Huitzilopochtli y de los mexicas. Ella los odiaba y los envidiaba, y quería destruirlos. Ella nunca había reconocido a Huitzilopochtli como su nieto, y lo consideraba un usurpador y un traidor. Ella sabía que él era el hijo de Mixcóatl, el dios de la caza y las tempestades, quien a su vez era el hijo de Itzpapalotl. Pero Itzpapalotl había abandonado a Mixcóatl cuando era un niño, y lo había dejado al cuidado de su abuela Chimalma. Mixcóatl había crecido y se había convertido en un gran guerrero, y se había casado con Coatlicue, de quien había nacido Huitzilopochtli.

Itzpapalotl planeó una venganza contra Huitzilopochtli y los mexicas, y para ello usó su poder de cambiar de forma. Un día, tomó la forma de una mariposa inofensiva, y voló por las verdes praderas hermosas, buscando a Huitzilopochtli. Ella sabía que él solía tomar la forma de un águila, y que cazaba para mantener su espíritu en forma. Ella esperaba encontrarlo desprevenido, y atacarlo por sorpresa.

Pero Huitzilopochtli no era un dios fácil de engañar, y tenía una vista muy aguda. Él vio a la mariposa que volaba por encima de las flores, y reconoció en ella a Itzpapalotl, su enemiga. Él no se dejó engañar por su apariencia inofensiva, y decidió enfrentarla. Él se lanzó sobre ella con sus garras, y le dio un zarpazo. Pero Itzpapalotl no era una mariposa cualquiera, y tenía en sus antenas unas navajas de obsidiana, con las que le hizo unas heridas mortales a Huitzilopochtli en las patas. Huitzilopochtli sintió el dolor, pero no se rindió, y le arrancó un ala a Itzpapalotl con su pico.

Entonces, la batalla se volvió feroz, y los dos dioses tomaron su forma original. Huitzilopochtli se mostró como el guerrero de piel azul con plumas de colibrí, e Itzpapalotl se mostró como la mujer con alas de mariposa y garras de jaguar. Ellos se atacaron con furia, y el cielo se llenó de fuego y sangre. Sus gritos y golpes retumbaron en el aire, y se escucharon como truenos.

La batalla duró mucho tiempo, y ninguno de los dos dioses cedió. Ellos se respetaban y se temían, y sabían que el destino del mundo dependía de su lucha. Pero al final, Huitzilopochtli logró vencer a Itzpapalotl, y le dio el golpe final. Itzpapalotl cayó al suelo, y se convirtió en una flor de cempasúchil, la flor de los muertos. Huitzilopochtli se quedó en el cielo, y se convirtió en el sol, el astro rey.





El conjuro de la noche eterna

Hace mucho tiempo, cuando los dioses aún caminaban entre los hombres, Tezcatlipoca, el dios de la noche, se sentía celoso del sol, que iluminaba el mundo con su luz y su calor. Tezcatlipoca quería que los hombres lo adoraran a él, y no al sol, y por eso ideó un plan malvado para sumir al mundo en la oscuridad.

Aprovechando un eclipse de la luna, Tezcatlipoca usó el canto de los cuervos para atrapar a la luna cuando besaba al sol. Los cuervos eran sus fieles sirvientes, y le obedecían sin cuestionar. Con su magia, Tezcatlipoca hizo que la luna se quedara quieta en el cielo, cubriendo al sol por completo. Así, el mundo se sumió en una noche eterna, sin luz ni calor.

Pero eso no era suficiente para Tezcatlipoca, que quería también robar el espíritu de los guerreros que se atrevían a desafiarlo. Con su poder, Tezcatlipoca podía ver el reflejo de los guerreros en el agua, y así los hechizaba para quitarles su fuerza y su valor. Los guerreros que perdían su espíritu se volvían torpes y apenas podían hablar, y los demás pensaban que el río estaba hechizado y nadie se atrevía a beber de él. Todo era un caos, nadie tomaba agua, el sol no llegaba, el frío y la sed eran insoportables. Una agonía que llegó a los oídos de otros dioses, que no comprendían por qué la luna no se movía.

Entre esos dioses estaba Ixtlilton, el dios de la medicina, que se preocupaba por el bienestar de los hombres. Ixtlilton era un dios bondadoso y sabio, que conocía los secretos de las plantas y de todos los animales, y que podía curar cualquier enfermedad o herida. Ixtlilton se dio cuenta de que la luna estaba embrujada por el canto de los cuervos, y que Tezcatlipoca era el responsable de todo el mal que azotaba al mundo. Sin perder tiempo, Ixtlilton tomó su teponaztli, un tambor sagrado, lo puso en su boca y lo transformó en un instrumento que despertara a los cuervos del hechizo de Tezcatlipoca.

Ixtlilton tocó el teponaztli con tanta fuerza y ritmo que el sonido llegó hasta el cielo, donde los cuervos estaban cantando. Al escuchar el sonido del teponaztli, los cuervos se sintieron confundidos y asustados, y dejaron de cantar. Sin el canto de los cuervos, la luna se liberó de la trampa de Tezcatlipoca, y se movió lentamente por el cielo, dejando al sol volver a brillar. Así, el mundo se llenó de luz y calor, y los guerreros recuperaron su espíritu y su valor.

Tezcatlipoca, al ver que su plan había fracasado, se enfureció y juró vengarse de Ixtlilton. Se transformó en un jaguar negro, y saltó desde el cielo hasta la tierra, dispuesto a atacar al dios de la medicina. Pero Ixtlilton no se dejó intimidar, y se transformó en un águila blanca, y voló hacia el jaguar, dispuesto a defender al mundo. Así comenzó una batalla épica entre los dos dioses, que duró varios días y noches, y que hizo temblar la tierra y el cielo. Los hombres, al ver la batalla, se dividieron en dos bandos: unos apoyaban a Tezcatlipoca, y otros a Ixtlilton. Los que apoyaban a Tezcatlipoca vestían de negro, y se pintaban la cara con rayas. Los que apoyaban a Ixtlilton vestían

de blanco, y se pintaban la cara con plumas. Los dos bandos se enfrentaron en una guerra sangrienta, que causó muchas muertes y sufrimientos.

Finalmente, después de mucho luchar, Ixtlilton logró vencer a Tezcatlipoca, y lo hizo retroceder hasta el horizonte, donde se escondió detrás de la luna para que nadie lo encontrara. Ixtlilton, victorioso, regresó al cielo, donde fue recibido con honores por los demás dioses. Los hombres, al ver que Ixtlilton había salvado al mundo, le agradecieron con ofrendas y oraciones, y le pidieron que los protegiera de Tezcatlipoca y sus malas artes. Ixtlilton les prometió que siempre estaría con ellos, y que los curaría de cualquier mal que les afligiera. Así terminó la leyenda del conjuro de la noche eterna, que aún se recuerda en las noches de luna llena, cuando se escucha el canto de los cuervos y el sonido del teponaztli.





El día que el fútbol salvó al mundo

Hubo un tiempo en dónde los dioses aztecas vivían en armonía en los siete cielos. Cada uno de ellos tenía su propio dominio y sus propios poderes, y se respetaban entre sí. Sin embargo, un día, una gran discordia surgió entre ellos, debido a una disputa sobre quién era el más poderoso y el más digno de gobernar el universo.

Quetzalcóatl, el dios de la sabiduría y el viento, creía que él era el más apto para ser el líder supremo, pues había creado a los humanos y les había enseñado las artes y las ciencias. Huitzilopochtli, el dios de la guerra y el sol, pensaba que él era el más fuerte y el más valiente, pues había defendido al mundo de las fuerzas del caos y le había dado luz y calor. Tláloc, el dios de la lluvia y la fertilidad, afirmaba que él era el más benevolente y el más generoso, pues había provisto al mundo de agua y de vida. Y Tezcatlipoca, el dios de la noche y el destino, sostenía que él era el más astuto y el más temible, pues había engañado a los otros dioses y les había impuesto su voluntad.

Los cuatro dioses se enzarzaron en una feroz discusión, que pronto se convirtió en una violenta pelea. Sus poderes chocaron entre sí, causando estragos en los siete cielos y en la tierra. Los relámpagos, los terremotos, los incendios y las tormentas asolaron el mundo, y los humanos sufrieron las consecuencias. Los otros dioses, alarmados por la situación, intentaron calmar a los cuatro contendientes, pero fue en vano. Parecía que nada podía detener la guerra entre los dioses, y que el universo estaba condenado a la destrucción.

Sin embargo, hubo un dios que tuvo una idea para resolver el conflicto. Era Xochipilli, el dios de las flores, el amor y la alegría. Él era el más joven y el más alegre de los dioses, y le gustaba observar a los humanos y sus costumbres. Había visto cómo los humanos jugaban a un juego llamado fútbol, que consistía en patear una pelota con los pies e introducirla en una portería. Xochipilli pensó que ese juego era una forma de divertirse y de competir sin hacerse daño, y que podría servir para que los dioses se reconciliaran.

Así que Xochipilli se acercó a los cuatro dioses enojados, y les propuso un desafío. Les dijo que si querían demostrar quién era el mejor, debían hacerlo jugando al fútbol, y no peleando. Les explicó las reglas del juego, y les dijo que el equipo que ganara tendría el derecho de gobernar el universo, y que el equipo que perdiera tendría que aceptar el resultado y respetar el acuerdo. Los cuatro dioses, intrigados por la propuesta, aceptaron el reto, y se dividieron en dos equipos. Quetzalcóatl y Huitzilopochtli formaron el equipo del sol, y Tláloc y Tezcatlipoca formaron el equipo de la lluvia.

Xochipilli preparó el campo de juego, que era una gran explanada verde, con dos porterías en cada extremo. También hizo una pelota de caucho, que era el material que usaban los humanos. Luego, invitó a los otros dioses a presenciar el partido, y se ofreció a ser el árbitro.

Los cuatro dioses se pusieron sus atuendos y sus símbolos, y se dispusieron a jugar. El partido comenzó, y los cuatro dioses demostraron sus habilidades y sus estrategias. Quetzalcóatl usaba el viento para impulsar la pelota y para desviar los disparos de sus rivales. Huitzilopochtli usaba su fuerza y su velocidad para avanzar y para bloquear los ataques de sus oponentes. Tláloc usaba la lluvia para mojar la pelota y para resbalar a sus adversarios. Y Tezcatlipoca usaba la noche para ocultarse y para sorprender a sus enemigos.

El partido fue muy reñido y emocionante, y los dioses se esforzaron al máximo. Hubo goles, faltas, penales, y hasta expulsiones. Los otros dioses observaban con asombro y con diversión, y animaban a sus favoritos. Los humanos también se dieron cuenta del juego, y lo miraban con admiración y con temor. El partido duró mucho tiempo, y nadie podía predecir el resultado. Al final, el equipo del sol logró vencer al equipo de la lluvia por un gol de diferencia, gracias a un tiro libre de Quetzalcóatl que entró por el ángulo superior derecho de la portería.

Xochipilli pitó el final del partido, y declaró al equipo del sol como el ganador. Los dioses del sol celebraron su triunfo, y los dioses de la lluvia reconocieron su derrota. Los cuatro dioses se dieron la mano, y se felicitaron por su buen juego. Luego, se abrazaron, y se pidieron perdón por sus ofensas. Los otros dioses aplaudieron y se alegraron por la reconciliación. Xochipilli les entregó un trofeo, que era una copa de oro con una pluma de quetzal. Los cuatro dioses lo agradecieron, y lo compartieron entre ellos. Luego, decidieron que no era necesario que uno de ellos gobernara el universo, y que era mejor que todos colaboraran y se ayudaran mutuamente. Así, los dioses restauraron la paz y la armonía en los siete cielos y en la tierra.

Y así se cuenta la leyenda de los dioses aztecas y el fútbol, un juego que sirvió para evitar la guerra y para unir a los dioses. Desde entonces, los humanos siguieron jugando al fútbol, y lo consideraron un hermoso regalo por parte de los dioses. Y los dioses siguieron observando el fútbol, y lo consideraron un símbolo de la amistad y la alegría.

Nota del autor:

Una de las maravillas de México, es cuando hay partidos de fútbol a nivel internacional y sus integrantes representan a esta bella tierra, el país se paraliza para ver a su equipo jugar.





El renacer de Xólotl

Xólotl cansado de ser la burla de los demás dioses, decide salir del refugio que lo abrigó por muchos siglos. Sale del agua transformado en un gigante ajolote, expulsando fuego por su boca, con sus alas envueltas en brazas ardientes, con rugidos que hacen estremecer el séptimo cielo.

Los dioses se quedaron atónitos al ver la aparición de Xólotl, el dios perro que siempre había huido para no enfrentar su destino. Nunca habían visto tal despliegue de poder y furia, ni siquiera de los dioses más terribles como Tezcatlipoca o Huitzilopochtli. El fuego de Xólotl estaba lleno de furia que quemó los cielos y las nubes, haciendo que el sol se ocultara y que la noche cayera sobre la Tierra. Los hombres y los animales sintieron un escalofrío en sus almas, como si la muerte se acercara.

Pero no todos los dioses se asustaron ante el desafío de Xólotl. Algunos se sintieron ofendidos e indignados, y se prepararon para enfrentarlo. Entre ellos estaba Quetzalcóatl, el dios serpiente emplumado, el más sabio y bondadoso de los dioses. Quetzalcóatl y Xólotl son hermanos gemelos. Quetzalcóatl había tratado de protegerlo de las burlas de los demás dioses. Pero también era el guardián del orden cósmico, y no podía permitir que Xólotl destruyera el equilibrio del mundo sin importar que fuera su hermano.

Dice la leyenda que Quetzalcóatl y Xólotl se fueron al cielo para enfrentarse y no destruir la tierra. Todavía hasta el día de hoy siguen en una batalla por todo el universo, que cuando una estrella se convierte en una supernova y explota de forma catastrófica, son ellos tratando de destruirse uno al otro.



La leyenda de los guerreros jaguares

Hunahpú era un mayeque humilde que trabajaba la tierra con su esposa. Ella estaba en su octavo mes de embarazo y, aun así, ayudaba a su esposo en todo. Hunahpú soñaba con ser un soldado guerrero para servirle al rey, pero el pobre apenas podía con un hacha; algunos se burlaban de él por lo chaparro y flaco que era.

Un día, Hunahpú estaba trabajando la tierra con su esposa y hacía un calor infernal. Él le pide que vaya al río por agua y, al poco rato, se escuchan unos gritos aterradores. Hunahpú va corriendo a toda prisa por los gritos de terror de su esposa. Cuando va llegando, ve sangre por todos lados y, cuando observa a cierta distancia, hay un jaguar devorándose a un bebé. El jaguar había arrancado el niño del vientre de la esposa de Hunahpú. Él se desplomó frente al cuerpo de su amada y le juró por los dioses y por su hijo, que no había visto nacer, que iría de cacería detrás del jaguar y usaría su piel hasta el resto de su vida. Cuando Hunahpú había vivido su duelo, se viste de guerrero y dice en la aldea que irá a cazar al jaguar.

Nadie se atrevía a decirle nada al pobre por su tristeza, pero todos a su espalda decían: "Otro bocado para el jaguar". Hunahpú estuvo por veinte días detrás del rastro del jaguar hasta que, por fin, lo tiene de frente. Hunahpú se lanzó con su lanza hacia el jaguar. Fue una batalla de muerte para los dos. Hunahpú logró matar al jaguar, pero el jaguar le dejó unas heridas mortales. Aún herido, Hunahpú logró llegar a la aldea. Presentó al jaguar con un grito de dolor y tristeza. Dijo con todas sus fuerzas: "Vengué al hijo que nunca vi nacer y ahora voy contigo, amada mía". Hunahpú cayó muerto al piso. La noticia llegó al rey. Increíduos, se preguntaban cómo un chaparro que apenas podía con una lanza había cazado a un jaguar con sus manos. El rey, para honrar la memoria de Hunahpú, ordenó a sus soldados que solo aquellos que cazaran a un jaguar con sus manos serían dignos de estar a su lado. Y así nació la leyenda de los guerreros jaguares.



Tlecuhtlixi, el amo de los cuatro deseos

Tlaltecuhltli juró vengarse de todos los dioses luego de lo que le hicieron Quetzalcóatl y Tezcatlipoca; ellos pensaron que, al utilizar su cuerpo para la creación del cielo y las estrellas, su espíritu había muerto. Tlaltecuhltli perdió su cuerpo, pero su espíritu estuvo un milenio sanando las heridas que le hicieron Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Luego su espíritu se hizo más fuerte, bajó al inframundo y engendró un hijo con Mictlaxolotl y al nacer le llamaron, Tlecuhtlixi el amo de los cuatro deseos.

Tlaltecuhltli y Mictlaxolotl estaban felices, pues, fruto de su odio por los demás dioses, crearon la forma más hermosa de vengarse de todos ellos. Cuando Tlecuhtlixi cumplió su primer siglo de edad, salió del ala de su padre Mictlaxolotl y dejó el inframundo, para comenzar a cumplir los deseos de los inmortales. Para ello creó una lámpara de cobre y obsidiana, cuando alguien tropezaba con ella, salía de su interior Tlecuhtlixi y le decía a la persona: en mi mano tengo cuatro dedos y cada uno de ellos podrá cumplirte el deseo que quieras, solo pide y haré tu voluntad. Lo primero que pedían las personas era tener los bolsillos llenos de oro para saber si era verdad que podía complacer los deseos.

Una vez que el primer deseo era cumplido, pedían los otros tres para completar los cuatro deseos. Las personas eran ricas y poderosas, pero al poco tiempo sus seres más amados morían de forma horripilante. El primer ser amado era muerto por un enjambre de colibrís; sus picos eran pequeñas agujas que perforaban los cuerpos sin piedad. El segundo ser amado era muerto por mariposas que llevaban en sus patas el polen Manchineel. El tercer amado era asesinado por el reflejo de su espejo. El cuarto ser amado era muerto por los rayos del sol. En cada muerte que Tlecuhtlixi ejecutaba, lo hacía con los símbolos de los dioses, para vengar a su madre Tlaltecuhltli por todo el mal que le hicieron.



El dios de los siete rostros

Un dios azteca veía como los humanos amaban más a los perros que a los mismos dioses, entonces tomó la forma de un perro y se le acercó a una princesa azteca de forma temerosa y con ojos encantadores, ella no se pudo resistir y lo acarició, de momento él tomó la forma de un dios azteca delante de ella. La princesa comenzó a llorar de felicidad por ese momento tan glorioso y se arrodilló delante de él y le nombró el dios Xólotl el guardián de los perros y de los guerreros aztecas. Esa historia se contó con mucha pasión por parte de la princesa llegando por todo el valle de México hasta que su nombre se volvió la leyenda de un dios poderoso y amado.

Xólotl quedó embriagado por esa muestra de amor por parte de la princesa que quería más reverencia de los humanos. Entonces se fue a las nubes para mirar al mundo desde ahí. De momento pone su mirada en un anciano que es artesano. El pobre hombre, cansado por su edad, estaba tallando un perro de tres cabezas con todo su amor. Xólotl se acerca en silencio, contemplando la pasión del artesano, observa cómo el anciano acariciaba su obra y le decía: Cerbero, espero que antes de irme a la eternidad me regales una sonrisa, tú has sido mi mayor ilusión desde que comencé a crearte. Xólotl no se pudo contener y convirtió su espíritu en la imagen de Cerbero y jugó con el anciano. Y así nació otra devoción para Xólotl con un nombre diferente.

Luego de que Xólotl jugara en el artesano, vuelve a las nubes y observa a una mujer que le rezaba a una estatua con cabeza de perro. Ella le decía: "Oh gran Anubis he eterno". La mujer cumplió con la plegaria y llevó su vivencia a todo el pueblo, convirtiendo a Xólotl con tu ley de embalsamar a mi amado que va camino a tus brazos, por favor, cuidalo hasta que llegue mi hora y pueda reunirme con él". Xólotl no se resiste y transforma su espíritu en la estatua de cabeza de perro y le dice a la triste mujer: Tus deseos serán cumplidos, pero debes decir esta plegaria: "Tú, gran dios Xólotl dale el poder Anubis para que el alma de mi amado llegue al paraíso del descanso eterno".

La mujer cumplió con la plegaria y llevó su vivencia a todo el pueblo, convirtiendo a Xólotl en el dios más amado de su pueblo.

Xólotl ya no volvió a las nubes, se quedó en la tierra caminando por todo el mundo. Sus pasos lo llevaron a un lugar donde se contaba una leyenda de un cadejo, un perro fantasma que cuidaba a los borrachos para que llegaran bien a sus casas. Una noche sale un hombre muy ebrio de una taberna que casi no podía caminar, pasaba por un puente que cruzaba un río y era la única ruta para poder llegar a su hogar. El hombre estaba tan borracho que se iba a caer del puente y Xólotl lo salva de morir ahogado. El borracho le pregunta muy asombrado: ¿Tú quién eres? Xólotl le responde: Soy Xólotl el padre del cadejo; él me avisó de que estabas en peligro y vine a salvarte. Y así nació otra leyenda de amor para Xólotl que se convirtió en el salvador de los borrachos.

El poder de Xólotl se había incrementado, notó que cada vez que era adorado por los humanos, podía entender todas las lenguas y escuchar a quien le rendía una plegaria. Comenzó a fijarse en todos aquellos que tenían a un dios como un perro, pues sabía que ahí estaba el verdadero poder. De momento escuchó un nombre que le llamó la atención “Saramá” cuando escucha todas las maravillas que hablan de este ser símbolo de la madre de todos los perros, comienza a observar a todos los humanos, de momento escucha un niño que está llorando frente a su perrito que había muerto, por un accidente. El niño le suplicaba a Saramá que, por favor, le devolviera la vida a su fiel compañero. Xólotl se compadeció por el llanto del niño, convierte su espíritu en la imagen de Saramá y le devuelve la vida al perrito. El niño salió corriendo y gritando; Saramá le devolvió la vida a mi perro. Y así Xólotl sería adorado como el protector de los perros.

Xólotl siguió viajando por todo el mundo hasta llegar al antiguo Tíbet y ahí se transformaría en un hermoso perro que todos querían acariciar y abrazar, celebraban el día de los perros. Allí, lo adornaron con collares y guirnaldas, le dieron mucha comida y mucho amor por parte de los humanos. Xólotl se sentía feliz con los budistas, y amó esa hermosa cultura. Así conoció la meditación, la compasión y el dalái lama.

Después, Xólotl se transformaría en Fenrir, el lobo gigante que devoraría al dios Odín en el Ragnarok, y viajaría a la antigua Escandinavia. Allí, se enfrentaría a los dioses nórdicos, y los desafiaría en batallas y duelos. Xólotl se haría temer por los nórdicos, y se enteraría de su cultura y sus dioses. Así, conocería la cultura nórdica y sus dioses, y aprendería sobre el alfabeto rúnico, el barco vikingo y el martillo de Thor.

Finalmente, Xólotl volvería a su forma original de dios perro del ocaso, el fuego y los espíritus, y regresaría a México. Allí, fue al lago donde los dioses creían que se ocultaba por miedo, tomó en sus manos a un tierno ajolote, le dio un beso y le dijo: —Vas a crecer tan grande como un kraken y vas a escupir fuego por tu boca para que todos los dioses teman de tu presencia, y vas a desafiar a Quetzalcóatl fuera del planeta y le harás pagar todas sus humillaciones por las que me hizo pasar.

Xólotl se volvió en el primer dios azteca en ser omnipresente en todo el mundo y el más amado. Comprendió que, si entregaba amor, recibiría amor, y jamás le pidió a un ser humano el sacrificio de ningún ser vivo. Y así Xólotl se convirtió en el dios azteca de los siete rostros.



La mirada de la muerte

Cuando Hernán Cortés llegó a Tenochtitlán el 8 de noviembre de 1519, en los días posteriores a su llegada, se dedicó a pasear por las calles para elaborar su estrategia de conquista y convencer a los aztecas de su religión. Algunos aztecas aceptaron el cristianismo como un resurgir de una nueva espiritualidad y se volvieron en contra a los dioses aztecas. Entonces Huitzilopochtli se puso furioso y bajó del séptimo cielo con el deseo de destruir la tierra, pero no lo hizo porque todavía había algunos aztecas haciendo sacrificio a su nombre.

Huitzilopochtli observó todo a su alrededor y miró a un viejo mono que apenas podía moverse abrazando un tepejilote para tratar de comerlo. Entonces Huitzilopochtli tomó al viejo mono en sus brazos, lo abrazó con mucha ternura y le dijo:

—“¡Serás Zómaztla el dios de mis ojos en la tierra!”. Tu mirada llevará muerte a los infieles que me traicionaron. Al que tenga hambre y no tenga nada que comer, le darás tepejilote, como una bendición de mi parte. Te entrego estos brazaletes para que puedas escuchar a los aztecas que practiquen el cristianismo y tú decidas qué castigo enviarle, me marcho Zómaztla hijo de mi espíritu. Tus ojos llevarán la mirada a la muerte, para condenar a los traidores.

Al pasar de unos días, Zómaztla comenzó a hacer un sonido muy hermoso que conquistó a los aztecas y lo llamaron el mono aullador. Lo que no sabían los aztecas que ese aullido era un mensaje para todos los monos, los cuales se habían convertido en los ojos y oídos de Zómaztla, cuando un azteca aceptaba el cristianismo y renunciaba a Huitzilopochtli el dios Zómaztla, se convertía en un mono encantador y se les acercaba a los traidores de Huitzilopochtli y les transmitía la enfermedad de la viruela con el cántico del mono aullador. Los aztecas se aterrorizaron, pues sabían que era una maldición por su traición. Y así se fue pasando de boca en boca que quien traicionara a Huitzilopochtli recibiría la visita, del dios Zómaztla para recibir la mirada de la muerte.



El tesoro maldito

La cabeza de Hernán Cortés dependía de un hilo por revelarse en contra del gobernador de Cuba, Diego Velázquez de Cuéllar, que era el lugarteniente del rey Carlos quinto. Hernán Cortés, para ganar el favor del rey y no fuera acusado de traición. Cuando llegó a México en muy poco tiempo logró convertir a España en el país más rico del mundo en aquella época, saqueando todo el oro que encontró en su camino, bañando las calles de México con la sangre de los aztecas.

El sufrimiento de los aztecas llegó a estremecer el séptimo cielo en donde Huitzilopochtli descansaba luego de la creación del universo. Cada vez que caía un guerrero azteca, la luna lloraba sangre y el llanto de los lobos era de agonía. Huitzilopochtli no pudo soportar tanto dolor con el sufrimiento de los lobos que estremecían al silencio en un eco que retumbaba en cada rincón de las montañas, cada vez que moría un guerrero azteca a manos de los españoles. Huitzilopochtli no le quedó otra opción que bajar al inframundo para tratar de hacer un pacto con Mictlantecuhtli, a pesar de que eran enemigos, le peso más su amor por los aztecas que su orgullo. Mictlantecuhtli quedó sorprendido como su enemigo Huitzilopochtli bajo a sus dominios con súplicas. Luego de hablar llegaron a un acuerdo. Salieron del inframundo y fueron a la

montaña más alta. Entre los dos tomaron una moneda de oro, cada uno la besó por cada lado, y juntos pronunciaron a los cuatro vientos:

—“¡Qué esta moneda, quien la posea, lleve a su pueblo las enfermedades más atroces de nuestros guerreros aztecas muertos en batallas por la codicia del oro! ¡Qué esta moneda sea un recordatorio para la eternidad, que nuestro tesoro quedará maldito y todo aquel que lo posea llorará lágrimas de sangre igual que la luna!”

Luego del conjuro por los dioses a la moneda de oro, Huitzilopochtli volvió al séptimo cielo y Mictlantecuhtli fue a la pirámide donde quedaba el último cofre de oro y puso la moneda, encendió unas velas para guiar a los españoles y se pudieran llevar el cofre. Luego de un largo viaje, por fin, el tesoro llegó a España. El rey impaciente ordena que le lleven el tesoro para poder contemplarlo con sus ojos, abre el cofre y de momento observa una moneda con su rostro. La guarda en su habitación en un pequeño cofre y al poco tiempo el rey Carlos quinto se enferma con disentería, una enfermedad infecciosa que causa inflamación de los intestinos y que resulta en una diarrea sanguinolenta severa. Se da cuenta de que la moneda estaba maldita y la arroja con las pocas fuerzas que le quedaban por la ventana de su habitación. Al poco tiempo se recupera y cuando muere su muerte causó muchos problemas en España.

Unos siglos después, cuando el rey de España Alfonso XIII, estaba en el trono, un día sale de paseo por los jardines del castillo y observa en el suelo algo que brilla con el reflejo del sol, se agacha y toma el objeto brillante en sus manos. Cuando lo observa es una moneda con su rostro, guarda silencio no le dice a nadie y la esconde en su bolsillo, cuando llega a su habitación limpia muy bien la moneda y le da un beso lleno en codicia.

Al poco tiempo, España se enfrentaba a una pandemia llamada la gripe española. La enfermedad por poco lleva a la extinción a la raza humana. Hasta el día de hoy no se ha vuelto a ver la moneda, aunque algunas teorías por los chamanes mexicanos dicen que la moneda está en China.



La daga maldita de Tlazoltéotl

Hace algún tiempo, en la antigua ciudad de Texcoco, vivía un joven llamado Nezahualcóyotl, hijo del rey Ixtlilxóchitl. Nezahualcóyotl era un príncipe inteligente y valiente, que amaba la poesía y la justicia. Un día, su padre le regaló una daga de obsidiana, que había pertenecido a su abuelo, el fundador de Texcoco. La daga tenía un mango de mosaico, que representaba a un guerrero águila, y una hoja de pedernal, que brillaba con la luz del sol. El rey le dijo a su hijo que esa daga era un tesoro sagrado, que había sido bendecido por el dios Xólotl, el esposo de Tlazoltéotl.

Nezahualcóyotl se sintió muy orgulloso de recibir ese regalo, y lo guardó con cuidado en su habitación. Sin embargo, lo que él no sabía era que la daga tenía un secreto oscuro, que nadie conocía. La daga había sido maldecida por Tlazoltéotl, la diosa de la lujuria y de los pecados. A pesar de que era esposa de Xólotl ella estaba celosa de él y de su descendencia. La diosa se quitó su tercer ojo y lo puso en la daga con un hechizo, para que quien lo poseyera fuera víctima de sus tentaciones y de sus castigos.

Una noche, mientras Nezahualcóyotl dormía, la daga empezó a emitir un sonido extraño, como un susurro. El príncipe se despertó y se acercó a la daga, intrigado. Al tomarla en sus manos, sintió una sensación de calor y de poder, que lo envolvió por completo. Entonces, escuchó una voz femenina, que le habló al oído:

—Soy Tlazoltéotl, la que come inmundicias, la que tiene su tercer ojo en la frente. Te he elegido para ser mi amante, mi siervo, mi instrumento. Con esa daga podrás tener todo lo que desees, pero a cambio, tendrás que hacer todo lo que yo te ordené. ¿Aceptas mi oferta?

Nezahualcóyotl se quedó atónito, sin saber qué responder. Por un lado, sentía una atracción irresistible por la diosa, que le prometía placer y riqueza. Por otro lado, sentía un temor profundo por la diosa, que le exigía obediencia y sacrificio. El príncipe dudó un momento, pero luego, recordó las enseñanzas de su padre, que le había inculcado el amor por la verdad y la virtud. Así que, con valentía, rechazó la propuesta de la diosa, y le dijo:

—No, Tlazoltéotl, no acepto tu oferta. No quiero ser tu amante, ni tu siervo, ni tu instrumento. No quiero tener todo lo que deseo, sino todo lo que merezco. No quiero hacer todo lo que me ordenes, sino todo lo que me corresponde. Soy Nezahualcóyotl, el hijo del rey, el nieto del fundador, el heredero de Texcoco. No necesito de tu daga, ni de tu hechizo, ni de tu maldición.

Al escuchar estas palabras, Tlazoltéotl se enfureció, y le dijo al príncipe:

—¡Insensato! ¡Has desafiado a la diosa de la lujuria y de los pecados! ¡Has rechazado mi oferta, y ahora sufrirás mi castigo! Con esa daga, te quitaré todo lo que amas, y te dejaré solo y desdichado. ¡Verás cómo tu padre muere, cómo tu reino cae, cómo tu vida se arruina!

Dicho esto, la diosa hizo que la daga le cortara la garganta y el pecho de Nezahualcóyotl, que cayó al suelo, sangrando. Luego, la diosa desapareció, dejando al príncipe agonizando.

Al día siguiente, los sirvientes encontraron el cuerpo de Nezahualcóyotl, y dieron la alarma.

El rey Ixtlilxóchitl acudió a la habitación de su hijo, y al verlo muerto, se llenó de dolor y de ira. Tomó la daga de obsidiana, y la arrojó al lago de Texcoco, maldiciendo a Tlazoltéotl y a su

descendencia. Luego, ordenó que se preparara el funeral de su hijo, y que se le rindiera homenaje como a un héroe.

Dice la leyenda que aquel que encuentre la daga tendrá riquezas, pero a cambio tendrá que llenar de lujurias e inmundicias, y ser esclavo de la diosa Tlazoltéotl para ella recompensarte con todo lo que desees, y si te niegas a cumplir con los deseos de la diosa tendrás el mismo destino del príncipe Nezahualcóyotl.





La leyenda de Tláloc y los niños

Hace mucho tiempo, cuando aún los aztecas dominaban el valle de México, y adoraban a muchos dioses, pero entre ellos, el más importante era Tláloc, el dios de la lluvia y la fertilidad. Tláloc era el que hacía crecer las plantas, llenaba los lagos y los ríos, y daba vida a todo lo que existía. Sin embargo, Tláloc era también un dios exigente y caprichoso, que podía enviar tormentas, rayos y terremotos si no se le complacía. Por eso, los aztecas le ofrecían sacrificios humanos, especialmente de niños, que eran considerados los más puros y los más queridos por el dios.

Los sacerdotes aztecas, que se llamaban tlamacazqui, eran los encargados de seleccionar a los niños que serían sacrificados a Tláloc. Los elegían según su edad, su sexo, su belleza y su comportamiento, y los vestían con ropas y joyas sagradas. Luego, los llevaban al templo de Tláloc, que estaba en lo alto del Templo Mayor, y los sacrificaban de diferentes maneras: les arrancaban el corazón, los ahogaban en el cenote, o los enterraban vivos. Los sacerdotes creían que así, Tláloc se alegraría y enviaría la lluvia para regar los campos y alimentar al pueblo.

Pero lo que los sacerdotes no sabían, era que Tláloc no se alegraba con los sacrificios de los niños, sino que se entristecía y se enojaba. Tláloc amaba a los niños, y los consideraba sus hijos, y no quería que sufrieran ni que murieran por su culpa. Cada vez que los sacerdotes le ofrecían un niño, Tláloc lloraba y su llanto se convertía en lluvia. Pero no era una lluvia de bendición, sino de dolor y de culpa. Tláloc enviaba la lluvia para limpiar la sangre de los niños y para borrar de su mente la imagen de sus rostros asustados y tristes. Pero al poco tiempo, Tláloc se daba cuenta de que estaba cometiendo un error, y que su lluvia solo alentaba a los sacerdotes a seguir sacrificando a los niños.

Un día, Tláloc no pudo soportar más la situación, y decidió bajar del cielo para poner fin a los sacrificios. Se presentó ante el sacerdote supremo, que se llamaba Quetzalcóatl Tláloc Tlamacazqui, y que representaba al dios Quetzalcóatl, el creador y el patrono de la sabiduría y el arte. El sacerdote estaba a punto de sacrificar a un niño. Cuando vio aparecer a Tláloc muy furioso, tenía la forma de un hombre fuerte y muy enojado, y en su mano llevaba la vara de la lluvia y del rayo. El sacerdote se arrodilló asustado y le dijo a Tláloc:

—¡Oh, Tláloc, señor de la lluvia y la fertilidad, gracias por venir a recibir nuestro sacrificio! Te ofrecemos este niño, que es el más puro y el más hermoso de todos, para que nos bendigas con tu lluvia y tu abundancia.

Pero Tláloc lo miró con furia y le dijo:

—¡Basta de sacrificios! ¡Basta de matar a mis hijos! ¿No te das cuenta de que me ofendes y me entristeces con tus ofrendas? ¿No ves que la lluvia que te envió es mi llanto y mi lamento? ¿No sabes que los niños son los más preciados y los más inocentes de todos los seres? ¡No quiero que me los ofrezcas, quiero que los cuides y los ames!

Y diciendo esto, Tláloc tomó al niño de los brazos del sacerdote y lo abrazó. Luego, con un gesto de su mano, destruyó el altar de Tláloc y mató al sacerdote con un rayo. Después, subió al cielo con el niño y castigó a los aztecas con diez años de sequía, por los sacrificios de los niños.

Los aztecas se quedaron asombrados y aterrados con lo que había pasado, y se arrepintieron de haber ofendido a Tláloc. Algunos sacerdotes vieron lo que Tláloc había hecho y jamás volvieron a sacrificar niños. Otros, en cambio, siguieron creyendo que Tláloc era un dios cruel y vengativo, y que había que aplacarlo con más sacrificios. Pero Tláloc no les hizo caso, y se mantuvo firme en su castigo.

Pasaron diez años, y los aztecas sufrieron mucho por la falta de lluvia. Los campos se secaron, los animales murieron, y el hambre y la enfermedad se extendieron por el valle. Los aztecas imploraron a Tláloc que les perdonara y que les devolviera la lluvia, pero Tláloc no les respondió. Finalmente, después de diez años, Tláloc se le pasó su furia y volvió a enviar la lluvia. Pero lo hizo con una advertencia: si volvían a sacrificar a un niño, él destruiría la tierra completa con un diluvio.

Los aztecas escucharon la advertencia de Tláloc y le prometieron que no volverían a sacrificar niños. Desde entonces, los aztecas respetaron la voluntad de Tláloc y le ofrecieron otros tipos de ofrendas, como flores, frutas y animales. Tláloc se alegró y les dio su bendición.

Tláloc como castigo, permitió que los niños que murieron en sacrificios fueran de noche a tocar el silbato de barro a las habitaciones de todos aquellos que estuvieron involucrados en las muertes de los niños, como recordatorio de que no quería más sacrificios a su nombre.

Cuando todos desaparecieron, Tláloc les dijo a los niños que debían ir en las noches a tocar el silbato de barro en su montaña para que nadie olvidara de su advertencia. Por ello, en las noches en la montaña de Tláloc se escuchan las risas de los niños con las melodías del silbato de barro.





El renacer de Cipactli

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era nuevo, los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca se unieron para crear la tierra y el cielo. Pero en el océano primordial, había un monstruo terrible llamado Cipactli, que tenía forma de cocodrilo y devoraba todo lo que se acercaba a él.

Los dioses decidieron usar a Cipactli como materia prima para su obra, y lo atrajeron con su magia. Cuando el monstruo abrió su boca para morderlos, los dioses se lanzaron sobre él y lo desgarraron por la mitad. De su parte superior hicieron el cielo, y de su parte inferior la tierra. Así nació el mundo, pero a costa de la vida de Cipactli.

Sin embargo, el espíritu de Cipactli no murió, sino que se escondió en las profundidades del océano, Quetzalcóatl capturó su espíritu y lo encadenó en la profundidad del océano, y así estuvo un tiempo esperando por su venganza. Cada vez que había un terremoto o un maremoto, era porque Cipactli se agitaba con furia, tratando de liberarse de su prisión. Y cada vez que los dioses creaban algo nuevo en el mundo, el espíritu de Cipactli creaba enormes remolinos para destruir la vida en los océanos.

Un día, Cipactli logró romper las cadenas que lo ataban, y salió del océano con un rugido terrible. Su aspecto era más horrible que antes, pues tenía muchas bocas, garras y colas. Su objetivo era destruir el mundo que los dioses habían hecho con su cuerpo, y devorarlos a ellos también. Su rugido se escucha al llegar el ocaso, advirtiéndole a los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca que pronto se vengará de ellos, haciéndole lo mismo que un día le hicieron a Cipactli.



La princesa de la lluvia

Hace mucho tiempo, en las orillas del lago Texcoco, vivía un joven guerrero azteca llamado Coltlat. Era valiente, fuerte, hábil y un buen cazador, pero también tenía un gran amor por la naturaleza y los animales. Le gustaba pasar su tiempo libre pescando en el lago, admirando la belleza del paisaje y escuchando el canto de las aves.

Un día, mientras pescaba, vio algo que le llamó la atención. Era una hermosa mujer que salía del agua, con el cabello largo y rojo como el sol, la piel suave y brillante como la perla, y los ojos verdes como las esmeraldas. Llevaba un vestido de princesa azteca, y una corona de plumas en la cabeza. Coltlat quedó cautivado por su belleza y se acercó a ella con curiosidad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy Xóchitl, la hija del dios Tláloc, el señor de la lluvia y la fertilidad —respondió ella con una dulce voz.

—¿Qué haces aquí? —insistió él.

—Vine a visitar el lago, que es una de las creaciones de mi padre. Me gusta nadar entre los peces y las plantas acuáticas. Es muy divertido y relajante —explicó ella.

—¿Puedo acompañarte? —propuso él.

—Claro, si quieres. Pero tienes que prometerme una cosa: no le dirás a nadie que me has visto, ni que soy la hija de un dios. Es un secreto entre nosotros —pidió ella. —Te lo prometo —juró él.

Así comenzó una amistad entre el guerrero y la princesa, que pronto se convirtió en amor. Cada día, Coltlat iba al lago a pescar, pero en realidad lo que hacía era encontrarse con Xóchitl y pasar horas con ella, nadando, jugando, hablando y besándose. Él le enseñaba cosas sobre su pueblo, su cultura, su historia y sus creencias. Ella le contaba cosas sobre su padre, su reino, sus poderes y sus deseos. Se complementaban perfectamente y se hacían felices el uno al otro.

Pero su felicidad no duró mucho. Un día, el dios Tláloc se enteró de la relación de su hija con el mortal, y se enfureció. Consideraba que era una ofensa a su dignidad y una desobediencia a su voluntad. Decidió castigarlos de la manera más cruel: separarlos para siempre.

Así, una tarde, cuando Coltlat fue al lago a ver a Xóchitl, se encontró con una terrible sorpresa. El lago estaba seco, y no había rastro de su amada. Solo había una nota escrita con plumas de colibrí, que decía:

—"Mi querido Coltlat, te escribo esta carta con el corazón roto. Mi padre se ha enterado de nuestro amor y me ha llevado a su reino, donde me ha encerrado en una torre de cristal. No puedo escapar, ni comunicarme contigo. Solo puedo verte desde la ventana, pero tú no puedes verme a mí. Me ha prohibido volver a verte, y me ha dicho que, si lo intento, hará llover fuego sobre tu pueblo y lo destruirá. No quiero que sufras, ni que pongas en peligro a tu gente. Por eso, te pido que me olvides, que busques otra mujer que te haga feliz, y que vivas en paz. Yo siempre te recordaré, y te amaré, hasta el fin de mis días. Adiós, mi guerrero —Tu princesa, Xóchitl."

Coltlat leyó la carta y sintió un dolor inmenso en el pecho. Lloró amargamente, y gritó su nombre al cielo, esperando que ella lo escuchara. Pero no hubo respuesta. Solo el silencio y la soledad.

Desde entonces, Coltlat dejó de pescar, de luchar, de reír, de vivir. Se convirtió en un hombre triste y solitario, que solo pensaba en Xóchitl. Cada noche, miraba las estrellas, y les pedía a los dioses que le devolvieran a su amor. Pero los dioses no le hicieron caso.

Así pasaron los años, y Coltlat se fue consumiendo poco a poco, hasta que un día murió de pena. Su cuerpo fue enterrado junto al lago, y su espíritu se elevó al cielo, donde se convirtió en una estrella.

Xóchitl, desde su torre, vio la estrella de Coltlat, y supo que él había muerto. Sintió una tristeza tan grande, que no pudo soportarla. Rompió la ventana de cristal, y saltó al vacío, dispuesta a reunirse con él. Su cuerpo se deshizo en miles de pétalos, que cayeron sobre la tierra, formando una alfombra de colores. Su espíritu también se elevó al cielo, donde se convirtió en otra estrella.

Así, Xóchitl y Coltlat se volvieron a encontrar, y se abrazaron con fuerza. Los dioses, conmovidos por su amor, decidieron perdonarlos y bendecirlos. Les devolvieron el lago, y les permitieron bajar a él cada noche, para nadar entre los peces y las plantas acuáticas. Y cada vez que lo hacían, el lago se iluminaba con el reflejo de sus estrellas, creando un espectáculo de luz y magia.

Y así fue como nació la leyenda del guerrero azteca y la princesa de la lluvia, que se amaron más allá de la vida y la muerte, y que siguen amándose hasta el día de hoy.



La noche triste

La noche triste fue una de las batallas más épicas y dramáticas de la historia de México. Fue la noche en que los mexicas, el pueblo guerrero que dominaba el imperio azteca, se rebelaron contra los invasores españoles y sus aliados indígenas, que habían ocupado su capital, Tenochtitlán, y habían matado a su emperador, Moctezuma. Los mexicas, liderados por su nuevo gobernante, Cuauhtémoc, atacaron con furia y valor a los extranjeros, que se habían refugiado en el palacio de Moctezuma, cargados de oro y joyas que habían saqueado. Los españoles, comandados por Hernán Cortés, tuvieron que huir de la ciudad, cruzando uno de los puentes que la conectaban con el lago Texcoco. En su retirada, sufrieron muchas bajas, tanto por el ataque de los mexicas como por el peso del botín. Se dice que Cortés lloró bajo un árbol al ver la derrota de sus hombres. Sin embargo, esta batalla no significó el fin de la conquista, sino que fue el inicio de una guerra más larga y cruel, que terminó con la caída de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521, tras un prolongado sitio y una feroz resistencia de los mexicas. La conquista del imperio azteca fue una de las hazañas más asombrosas y trágicas de la historia, que cambió para siempre el destino de dos mundos.



Matrimonio de Moctezuma II

Moctezuma II, el emperador de México-Tenochtitlan, se casó con la princesa Teotlaxcoatzin, una de las hijas del rey de la ciudad de Texcoco. Este matrimonio fue importante porque ayudó a consolidar la alianza entre los mexicas y los texcocanos, lo que les permitió expandir su territorio y aumentar su poder. La ceremonia incluyó una serie de rituales, como la entrega de regalos y la realización de ofrendas a los dioses. Aunque no hay un matrimonio específico que haya dejado una huella en la historia azteca, este matrimonio es destacable por su importancia política y social.



Princesa Atotoztli

La princesa Atotoztli, la hija de Huitzilihuitl, el segundo emperador azteca. Fue la madre de Moctezuma Xocoyotzin y de Cuitláhuac, el décimo emperador azteca. Fue una mujer culta y poderosa, que influyó en la política y la religión de su pueblo. Se dice que fue la primera y única mujer en gobernar Tenochtitlán, aunque de forma secreta y breve, durante la ausencia de su hijo Moctezuma. Murió en 1520, a los 80 años de edad.



Tlaquezhuatl el viajero del tiempo

Hace mucho tiempo, en una galaxia lejana, había un planeta donde vivía una civilización muy avanzada. Sus habitantes eran seres inteligentes y poderosos, que habían dominado la ciencia y la tecnología. Sin embargo, la ambición de sus gobernantes los llevó a manipular de forma incorrecta el lente cuántico de viajes intergalácticos y su núcleo estalló arrasando con su planeta y su con toda su civilización. Solo uno de ellos logró escapar con una nave espacial, llevando consigo parte de su ADN y otras especies. Su nombre era Tlaquezhuatl, y era el último de su especie.

Tlaquezhuatl decidió viajar por el universo, buscando un planeta donde pudiera florecer la vida. Él se sentía solo y triste, quería encontrar un lugar donde pudiera compartir su conocimiento y su amor. Así, recorrió muchos mundos, pero ninguno le pareció adecuado. Hasta que un día, llegó a un planeta azul y verde, que le llamó la atención. Era la Tierra.

Cuando Tlaquezhuatl se acercó a la Tierra, vio que era un planeta devastado por un meteoro que había exterminado casi toda la vida. Pero también vio que tenía las condiciones adecuadas para florecer la vida: agua, aire, luz y calor. Entonces, decidió dejar la semilla de su ADN en un lago, con la esperanza de que algún día su especie renaciera en otro mundo sin la ambición de sus antepasados.

Así estuvo Tlaquezhuatl viajando por todo el universo durante varios milenios tratando de hallar vida. Su búsqueda no rindió frutos; cansado de tanto viajar, decidió regresar a la tierra con una triste esperanza para ver si había renacido la vida. Para su sorpresa, su ADN se había mezclado con unos primates y así nacieron los primeros humanos. Cuando Tlaquezhuatl aterriza y baja de su nave, unos cazadores le apuntan con arcos y flechas, para sorpresa de Tlaquezhuatl, aquellas hermosas criaturas hablaban su lengua, y ellos se asombraron al ver a Tlaquezhuatl, que tenía la misma forma de un dios azteca. Ellos lo consideraron su padre y su dios, y le agradecieron por darles la vida. Tlaquezhuatl les enseñó los secretos del universo, y les advirtió del peligro de la tecnología mal usada. Les dijo que cuidaran y respetaran la vida, que era un regalo precioso. Luego, se despidió de ellos, y siguió su viaje por el universo, buscando otros planetas donde crear vida.

Pero Tlaquezhuatl ya estaba cansado por su edad y su ciclo de vida llegaba a su fin. En su último viaje se quedó dormido y su nave se estrelló con una estrella, y así terminó su vida y con sus largos viajes por todo el universo. Un chamán sintió la tragedia de su creador y lo comunicó al pueblo, todos lloraron, y le rindieron homenaje con rituales y ofrendas. Ellos recordaron su leyenda, y la transmitieron de generación en generación la leyenda de Tlaquezhuatl, el creador de toda la humanidad en el mundo. El chamán Chiklotok ordenó a un artista que tallara en una piedra la visita de Tlaquezhuatl a la tierra y así quedó plasmado para la historia en la tabla de Pakal el grande, símbolo de un gobernante que viajó en el tiempo.



El guerrero protector de Xipe Tótec

Tlahuicole fue un valiente guerrero otomí que nació en el altépetl de Tizatlán, uno de los cuatro señoríos que formaban la república de Tlaxcala, en el siglo XVI. Desde niño se destacó por su fuerza y su valor, y pronto se convirtió en uno de los mejores guerreros de su pueblo. Participó en muchas guerras floridas, unos rituales de combate entre los tlaxcaltecas y los mexicas, en los que se buscaba capturar prisioneros para ofrecerlos en sacrificio a los dioses.

Tlahuicole era tan famoso por su destreza que el mismo Moctezuma Xocoyotzin, el tlatoani de Tenochtitlán, lo admiraba y lo respetaba. Cuando los españoles llegaron a México, Tlahuicole se opuso a aliarse con ellos y prefirió seguir luchando contra los mexicas, a quienes consideraba sus enemigos ancestrales.

Un día, Tlahuicole fue capturado por los mexicas y llevado ante Moctezuma, el gobernante le ofreció la libertad a cambio de un puesto de general en su ejército. Pero Tlahuicole rechazó ambas opciones y pidió morir en el sacrificio de rayamiento, luchando contra varios guerreros mexicas. Mató a ocho y dejó heridos a otros, antes de ser vencido y sacrificado ante Huitzilopochtli, el dios de la guerra de los mexicas.

Pero la muerte no fue el final para Tlahuicole. Su espíritu fue recibido en el Tlalocan, el paraíso de Tláloc, el dios de la lluvia, y por Xipe Tótec, el dios de la vida, la muerte y la resurrección. Xipe Tótec le entregó una espada de obsidiana bañada en titanio, un metal muy resistente, y lo convirtió en su guerrero protector. Le dijo que su misión era defender el Tlalocan de los ataques de Mictlantecuhtli, el dios del inframundo, que quería destruir el mundo con sus demonios.

Tlahuicole aceptó el reto y se preparó para la batalla. Desde entonces, cada vez que se escucha un trueno o se ve un relámpago, es porque Tlahuicole está luchando contra Mictlantecuhtli y sus huestes. Y cada vez que llueve, es porque Tlahuicole ha vencido y Xipe Tótec le agradece desde el cielo con sus bendiciones.



La estrella fugaz de Tzilacatzin

Cuenta la leyenda de que hace mucho tiempo, cuando los españoles invadieron la tierra de los otomíes, hubo un guerrero que se destacó por su valor y su astucia. Su nombre era Tzilacatzin, y sus armas preferidas eran las piedras, con las que podía derribar a sus enemigos con una puntería increíble.

Tzilacatzin amaba a su pueblo y a su cultura, y por eso luchaba con coraje y sin temor a la muerte. Un día, fue emboscado por los españoles, que lo rodearon y lo atacaron con sus espadas y sus arcabuces. Tzilacatzin resistió como pudo, y con su última piedra logró herir a un soldado español en la cabeza, antes de caer muerto.

Pero su espíritu no se apagó, sino que ascendió al cielo, donde lo esperaba Ometéotl, el dios de la dualidad, que lo había observado siempre con admiración. Ometéotl lo abrazó y le dijo que necesitaba un guerrero protector que cuidara a la tierra de las enormes rocas que venían del universo profundo, y que amenazaban con destruir todo lo que había creado.

Y así, Tzilacatzin se convirtió en el dios que controla los meteoritos, y con su poder los desvía o los desintegra antes de que lleguen a la tierra. Y cada vez que lo hace, se ve una estrella fugaz en el cielo, que es el reflejo de su piedra sagrada. Y la gente dice que, si pides un deseo al ver una estrella fugaz, Tzilacatzin te lo concederá, si es que es bueno y noble, como él.

Dedicado a: Oscar Daniel Valerio.



Mictlantecuhtli el dios azteca del Inframundo

Él era conocido como el “Señor de la Tierra de los Muertos” y gobernaba el inframundo, conocido como Mictlán, junto con su esposa Mictecacíhuatl. Mictlantecuhtli era adorado y temido en toda Mesoamérica y estaba asociado con criaturas como búhos, arañas y murciélagos.

En la mitología azteca, Mictlantecuhtli jugó un papel crucial al intentar retrasar a Quetzalcóatl en su búsqueda de los huesos de las criaturas del mundo anterior para crear a la humanidad. A pesar de los desafíos que Mictlantecuhtli puso en su camino a Quetzalcóatl logró superarlos y obtener los huesos necesarios para la creación de los primeros hombres y mujeres.

Mictlantecuhtli era un dios importante porque se creía que todas las almas eventualmente se encontrarían con él después de la muerte, a excepción de aquellos que habían sufrido una muerte violenta o muertes específicas que les permitían evitar el Mictlán.



La noche que los dioses se durmieron

La leyenda del tlacuache. Fue el animal que robó el fuego de los dioses aztecas para dárselo a los humanos. Según la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el nombre “tlacuache” viene del náhuatl “tlacuatzin”, que significa “el pequeño que come fuego”. El tlacuache era un animal peludo que se hacía pasar por una piedra para acercarse a la fogata de los dioses. Cuando logró tomar una brasa con su cola, la guardó en su bolsa marsupial y escapó de los dioses que lo perseguían. Al llegar con los humanos, les entregó el fuego, pero su cola y su pancita quedaron quemadas y sin pelo. Por eso, el tlacuache tiene esas partes de su cuerpo desnudas hasta hoy.

Tlalocan





Petición a Tláloc

Una noche, mientras lloraba en su cama, José Manuel elevó una súplica al dios Tláloc, el que hace brotar las cosas. Le pidió que le mostrara cómo estaba su familia, que le permitiera verlos una última vez y despedirse de ellos. Tláloc, conmovido por el dolor del joven, accedió a su petición y le envió un sueño. En el sueño, José Manuel se vio transportado a un lugar hermoso, lleno de flores, árboles y animales. Allí, se reencontró con su madre Eduviges, su padre Esteban y su hermano Reymundo, que lo abrazaron y le dijeron que estaban bien, que los amaban y que estaban orgullosos de él. José Manuel se sintió feliz y agradecido, y les dijo que los extrañaba y que siempre los llevaría en su corazón. Luego, los cuatro se sentaron a platicar y a recordar los buenos momentos que habían compartido.

El sueño duró poco, pero para José Manuel fue como una eternidad. Cuando despertó, se dio cuenta de que había sido una visita de Tláloc, que le había concedido el regalo de despedirse de su familia. José Manuel le agradeció al dios de la lluvia por su bondad y su generosidad, y le pidió que cuidara de sus seres queridos y los llevara al paraíso del descanso eterno. A partir de ese día, José Manuel recuperó la esperanza y la alegría de vivir, y se dedicó a honrar la memoria de su familia con sus acciones y sus palabras.

Dedicado a la memoria de la familia Cobos Morales.



El llanto de un poeta

Una tarde está un joven escritor contemplando el atardecer, llorando desconsoladamente por haber perdido a su padre, sus lágrimas mojaron una imagen de Ometéotl, fue tan grande la tristeza de aquel hombre que el dios se contagió del dolor, se pone frente al joven y le pregunta:

—¿Por qué lloras, tu dolor es tan intenso que estremeció el Tlalocan y tus lágrimas se han derramado en mis aposentos? —preguntó Ometéotl.

Responde el joven poeta:

—No sé quién eres, pero me hace bien tu compañía, lloro porque mi padre murió y soñaba que fuera el mejor cocinero de los gobernantes, pero mi pasión fue escribir, partió al más allá, enojado conmigo por no cumplir sus sueños, me hubiera gustado complacerlo, pero el tiempo me ganó y se fue a la eternidad.

Responde el dios:

—Soy Ometéotl el dios de la creación, cada vez que un poeta llora su dolor retumba el Tlalocan y las rocas comienzan a llorar, acabo de crear el décimo quinto cielo para los padres de los poetas. Tu padre está feliz, está viajando por todos los cielos montado en Cíkuatl la quimera que una vez dibujaste. Tu padre está muy orgulloso de ti, tus lágrimas dieron vida a otro cielo y te has convertido en un poeta divino. Cuando llegue tu hora él te estará esperando, y aquí en mis aposentos tendrás un lugar a mi lado. Por favor no vuelvas a llorar, las lágrimas de los poetas son un mar de tristeza que inundan el Tlalocan.

A la memoria de Pablo Aguayo Matos.

Poemas





La diosa del fin

Meztlī, la diosa de la luna
que ilumina la noche oscura
con su rostro de serpiente
y su falda de huesos.

Meztlī, la diosa del agua
que riega la tierra fértil
con su lluvia bendita
y su poder de curar.

Meztlī, la diosa de la muerte
que castiga a los mortales
con su ira destructiva
y su destino fatal.

Meztlī, la diosa del fin
que anuncia el final de los tiempos
con su eclipse temible
y su sombra de terror.



Legado de cultura

Nezahualcóyotl, el rey poeta de Tetzcoaco, con su pluma y su espada defendió su pueblo, con su mente y su arte embelleció su reino, con su voz y su alma cantó a la vida y al cielo.

Nezahualcóyotl, el sabio que buscó la verdad,
que fundó la Academia de las Artes y las Ciencias, construyó acueductos, jardines y palacios, creó
leyes justas y respetó la diversidad.

Nezahualcóyotl, el hombre que amó la naturaleza, admiró la belleza de las flores y los pájaros,
respetó la armonía del cosmos y los astros, dejó un legado de cultura y de grandeza.



La flor de mi jardín

Te amaré aun cuando la luna
me niegue la magia de tus besos.

Te amaré aunque los dioses
me castiguen por querer tu amor.

Escribiré en cada estrella
que eres el sol de mi corazón.

Escribiré en cada pétalo
que eres la flor de mi jardín.

Escribiré en cada suspiro
que eres el aire de mi respiración.

Te amaré con el alma y el cuerpo,
con el fuego y la pasión.

Te amaré más allá del tiempo mismo,
más allá de la vida y la muerte.



Las flechas del destino

Mi cuerpo, blanco de flechas lanzadas por quien me llamaba amigo y hoy me hiere por la espalda con su traición.

Mi corazón, aún latiendo a pesar de las heridas infligidas por quienes comparten mi sangre y hoy me atacan con su rencor.

Mi espíritu, aún gritando en un acto de rebeldía contra el cobarde que me acecha con sus flechas envenenadas y hoy me desafía con su temor.

Mi alma, aún brillando como el sol sin importarle las estocadas que perforan mi corazón, porque el guerrero más valiente enfrenta al enemigo de frente y no por la espalda.

Cuentos y Leyendas de los Aztecas



Pablo Aguayo Rivera